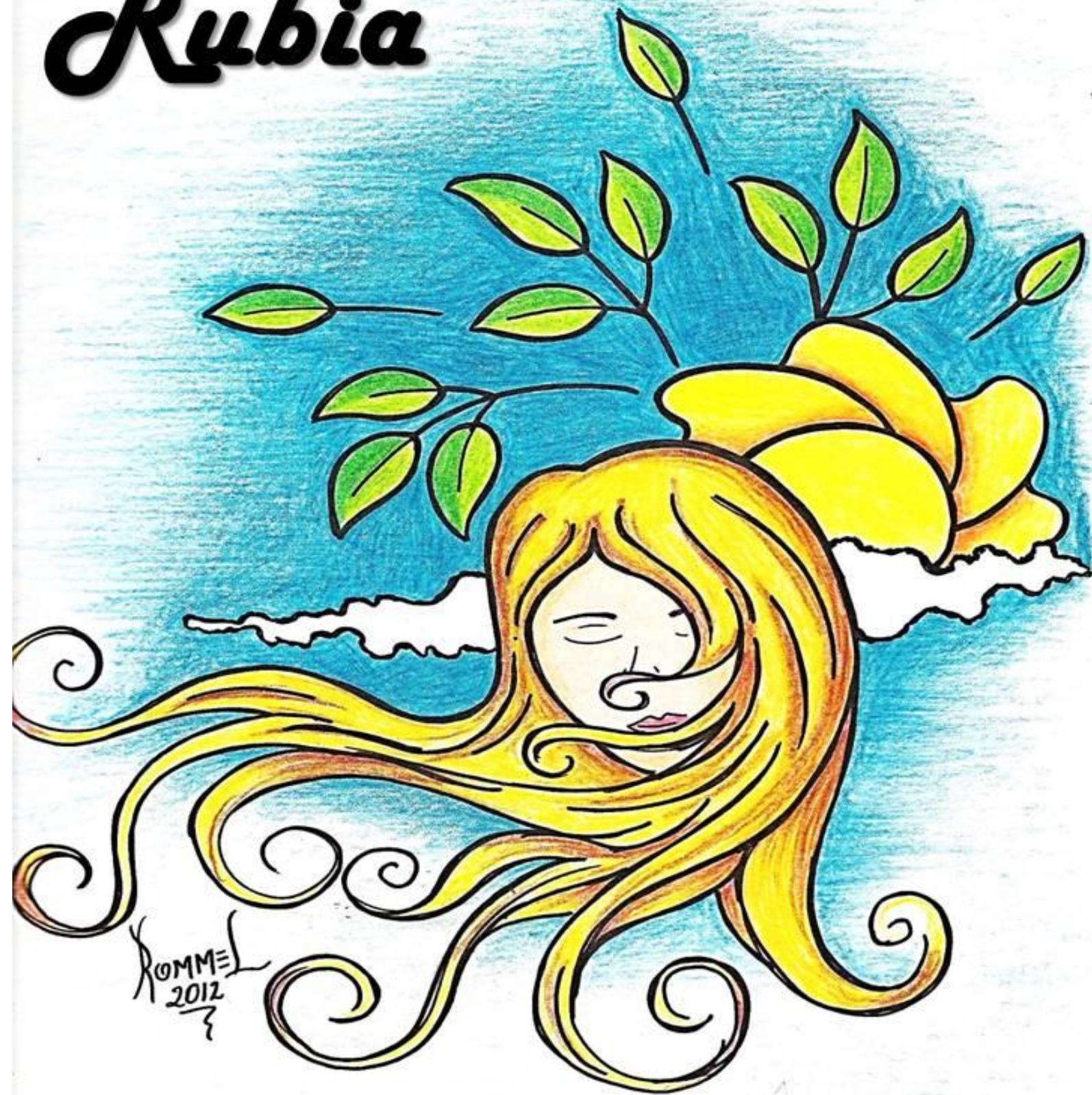


Rubia



ROMMÉ
2012

Gusmar Carleix Rosa Crespo

Autor: Gusmar Carleix Sosa Crespo.

Arte de Portada: Rommel Navarro.

Edición y corrección: Febe Mendoza.

Todos los derechos pertenecen al autor.

gusmarsosa@hotmail.com

www.gusmarcsosac.blogspot.com

www.minovelarubia.blogspot.com

Deposito Legal: if25220128002431

ISBN: 978-980-12-5714-1

Rubia

Gusmar Carleix Sosa Crespo

Cabimas

Rubia es un mundo, tan humano y tan real que estremece. No es sólo ella, es el paisaje que la envuelve, es su interior revuelto, las historias que la orbitan, el poder que hace el milagro en su vida. Junto a ella, descubrimos lugares fascinantes, paisajes sublimes, tanto internos como externos. No podemos más que sumergirnos en su historia, emocionarnos, sentir con ella, porque, al fin y al cabo, su historia no deja de ser la nuestra (y quien diga que no ha sentido nunca nada de lo que siente Rubia, miente o, lo que es peor, se miente a sí mismo).

Gusmar nos guía en este viaje, consigue hacernos entrar en profundidad en el corazón de los personajes con un trabajo esmerado de introspección y nos lleva a descubrir paisajes sublimes a través de las descripciones con toques legendarios para retomar el aire y sumergirnos de nuevo a lo más profundo.

El trabajo de documentación es exhaustivo, sobre todo en los recovecos del alma humana, y esto hace de la historia de Rubia una historia universal sobre el dolor y la restauración del alma a través de la gracia del perdón. También lo es en la descripción de los lugares y los orígenes de sus habitantes: nunca he estado en Venezuela, pero he respirado el aceite de cabimo junto a Rubia...

Febe Mendoza

Licenciada en Humanidades. Técnica Auxiliar de Biblioteca.

Cardedeu, febrero de 2012.

Rubia tiene esa magia de cautivar al lector desde el principio hasta el final, de hacerte retroceder y adelantar en el tiempo con la finalidad de ir conociendo los trasfondos o las situaciones vividas por los personajes. Su mensaje del perdón me conmovió y a mí en lo personalmente me dejó un rico aprendizaje, que estoy segura impactará a todos los lectores que tengan el privilegio de leerla.

Luisanna V. Jaimes

Publicista y Relacionista Pública.

Coordinadora de Sala en la Biblioteca Pública del Estado Zulia.

Venezuela, febrero 2012.

Rubia nos muestra la realidad de la vida, llena de belleza natural que nos ayuda a ver la hermosura y la grandeza de la creación. Nos describe los paisajes con su flora de una manera tan vívida que nos sentimos parte de ella

Así mismo nos plantea al ser humano, con ese trémulo de sentimientos, algunos encontrados, productos de la realidad de una sociedad que ha perdido sus valores pero que lucha para encontrarse nuevamente con ellos. Es allí donde Rubia nos enseña a expresar nuestros más profundos sentimientos y surge como una nueva propuesta para guiarnos por los senderos de la consciencia, llevándonos hasta la expresión del perdón para seguir viviendo.

Macaria del Carmen.

Lic. en Educación: Mención Lengua y Literatura.

Lic. En Teología.

Profesora de Teología en el S.E.P.A.D y Subdirectora del I.B. Celestino R. Quero.

Venezuela, febrero 2012.

A mis hijos: Efraín y Benjamín: sus ojos son faro de luz que guían mi destino.

Agradecimientos

Para mí, ha sido un viaje grato. Particularmente, he disfrutado tanto del trayecto del viaje, como de la llegada al destino. Y el trayecto recorrido en esta ocasión ha sido especial gracias a la compañía.

Debo agradecer a mi Dios: mi vida desorientada no tendría ningún sentido. Pienso que sintiéndole a mi lado el paisaje tiene nuevos colores cada segundo.

Gracias a mis padres: Gustavo Sosa y Carmen de Sosa. Ustedes han sido las manos que trazaron el útil mapa que siempre llevo conmigo.

Sin mis hermanas Gusleiry y Guslerby Sosa este viaje no habría tenido el mismo valor.

Gracias también a los amables lectores que me acompañaron en cada parada de este emocionante viaje: Beatriz Guerra, gracias por estar atenta del otro lado del mar; Celeste del Rosario, tu nombre desnuda el color de tu alma; María Eugenia Villareal, gracias por estar siempre. Gracias a Luisanna Veronica Jaimes por su constante apoyo. Muchas gracias a mi primo Enrique Crespo por su apoyo durante el trayecto.

A mis hermanos Argenis Yopez y Joel López, una hermandad que desafía los tiempos nos ha unido. Muchas gracias a Moisés Goncalves y su familia en Olivo Verde.

Mi gratitud va también para los buenos amigos reunidos como “Los Hijos de la Ruta”. ¡Fue una suerte haberlos encontrado en el camino! Y también a los amigos que a través de las redes sociales vienen apoyando mis viajes.

No puedo obviar a Selimar Olave, mi buena compañera, su optimismo y estímulo fueron como la brisa que acariciaba mi rostro. ¡Gracias compañera!

Quiero expresar mi gratitud a Richard Sabogal, buen amigo. También a Rommel Navarro quien volcó su talento artístico para darle vida al arte de la portada de esta edición. Agradezco también a Shirley y Ricardo Porras Solís, quienes han hecho posible esta edición.

He reservado dos nombres para el final.

Febe Mendoza, sabes que sin ti este viaje no existiría. Ya tenía el equipaje listo, pero no decidía qué dirección tomar, tu aparición fue un regalo de Dios. ¡Los ángeles también usan el facebook! ¿Recuerdas? ¡Y fue solo el inicio! No sé qué habría sido de esta aventura sin ti: siempre a tiempo con las patatas y los refrescos. Gracias por el tiempo regalado, me niego a tomar el próximo tren sin ti.

No puedo dejar de mencionar a su esposo Mayer. ¡Brother, aún quedan por desconectar! Gracias por el espacio cedido.

Querido lector, el camino ya está forjado, hay un tren que parte en unos minutos, espero que disfrutes del trayecto. A mi lado Rubia espera con ansias tu llegada, sus hermosos ojos azules no dejan de contemplar el horizonte, mientras, sentada junto al Arroyo del Cardón, debajo de un legendario cabimo, respiramos juntos el aroma que desnuda la presencia de la primavera.

Primera Parte

Capítulo Uno

Es mediodía. Da igual verano o primavera; por estas tierras el sol de mediodía empaña el clima con su calor. Sería casi insoportable de no ser por las ráfagas de aire fresco que nacen entre las montañas y se desprenden desde lo alto del valle, allá arriba, donde los robles lo bordean como custodiándolo. ¡Valle legendario! Escenario de tantas historias. El aire viaja danzando, viento recio y solitario, juega entre los árboles, acaricia los samanes, árboles de lluvia, cenizos y de porte asombroso; seduce a los cedros, legendarios como el valle y silba entre ellos; sigue su camino, agitando la hierba en las planicies, donde reposa el ganado. Roza el agua de los ríos, dispersa a lo ancho y largo de estas tierras, bebe del Arroyo del Cardón y su recia danza encuentra calma. Ya no es viento solitario, es brisa suave que pasea con elegancia por el valle, que busca compañía entre las calles de Piedrita y Cañaveral, y avanza hasta Rivera y Agua Santa, no se detiene hasta que llega a lo más profundo del valle: El Consejo de Ciruma, y allí se perfuma con el aroma del aceite de cabimo.

Da igual verano o primavera, el sol o la brisa; da igual la sombra del cabimo bajo el cual está sentada en uno de los bancos de la plaza del indio, ajena al aroma del aceite, indiferente al verdor de las montañas que aun a lo lejos coquetean majestuosas. No importa el mundo fuera de ella y el suyo se ha detenido, el futuro tiembla y se inclina junto al presente, el pasado reina y se burla; el espacio es un vacío reducido a la medida de los interrogantes, donde no caben sueños y deseos, donde muere la sonrisa y brota el dolor. En ella, el sol es odio

inclemente que empaña el alma con su calor y el valle, es su corazón que llora la ausencia de la brisa.

Ella es Rubia, la del nacimiento milagroso, la niña prodigio, la adolescente pródiga que una vez conoció el amor, la joven del millón de errores, la niña linda, la de los ojos de su abuelo; ella es una historia que aún no termina. Es hoy, un mundo distante y ajeno... Es un suspiro...

<<Soy Rubia, y tengo veintiocho años>> piensa, y es un lamento <<o tal vez soy veintiocho años llamados Rubia. Mi nombre debe ser sinónimo de desgracia, de desastre o constante aflicción. Sé que es inútil y tonto creer que puede cambiarse el pasado, pero... ¡Cuánto daría por cambiar aunque fuera un solo evento y desde allí caminar un trayecto distinto! entonces otro sería el presente y valdría la pena un futuro...>>

Al paso de la brisa una hoja se desprende del cabimo, es arrullada con ritmo lento, cae en el cabello de Rubia y allí reposa, sólo unos segundos, ella la toma con sus manos y siente la humedad del aceite en sus dedos, contempla el verde intenso y vivo de la hoja que la invita a despertar ante el mundo que la rodea. Sus ojos azules se funden en el horizonte, se pierde en el azul del cielo mientras suelta la hoja que cae al suelo. Frota entre sí los dedos aceitosos y regresa del horizonte, se encuentra con ella misma fuera de su mundo interior, bautizada con el aroma de la primavera.

<<El aceite de cabimo... si fuera tan fácil disipar el odio...>> piensa, y es un tímido deseo <<Las manchas del corazón son imborrables, no hay aceite que valga>>. Es una sentencia.

Recuerda el relato que una vez escuchó: en el año 1890 una extraña enfermedad azotó al estado Falcón, estado limítrofe con el estado Zulia. Una mancha aparecía en la piel y al cabo de dos semanas ésta se convertía en una llaga y, poco a poco, se extendía por todo el cuerpo. Las personas infectadas por esta enfermedad se iban pudriendo en vida, presentaban síntomas como fiebre y debilidad para ejercer cualquier tipo de actividad. Así, las víctimas de la enfermedad estaban condenadas a morir en un lapso de dos meses después de que la mancha se convirtiera en llaga.

Cuatro familias, los Quero, los Pachano, los Morles y los Suárez, decidieron abandonar el estado unidos como una sola familia, los más ancianos presentaban ya la mancha en la piel y en la familia Morles, un niño iba infectado también. Partieron en caballos, arreando sus ganados, con provisiones para un mes de camino, y la esperanza de encontrar un caserío en el estado Zulia donde poder establecerse lejos de la infección del estado abandonado. Llevaban también semillas de maíz, de auyama, y de otros alimentos, creían que, de no conseguir un caserío, podrían fundar en alguna tierra uno para las cuatro familias. Tras dos semanas caminando en medio de la selva falconiana y sin conseguir nada, el niño Santiago Morles presentaba fiebre con frecuencia y sus padres se desesperaban ante la idea de que pudiera morir en aquel peregrinaje. Los ancianos también se descomponían aceleradamente.

Encontraron un arroyo bordeado por cardones y se detuvieron para calmar la sed de los animales. Mientras las bestias se saciaban, un indio se les acercó. Se alarmaron al verlo, semidesnudo y de aspecto rudo. Cuando estuvo cerca, el temor aumentó al notar una cicatriz en su rostro que parecía dividírsele en dos. El indio parecía llevar un objetivo: sin distraerse, caminó directo hacia el niño, que estaba rodeado por sus padres y en los brazos de su madre, se abrió paso entre ellos y, ya frente a él, se inclinó a su altura. Nadie se resistió a su presencia. El indio miró el antebrazo del niño donde la mancha comenzaba a supurar.

— Esto— dijo tocando la llaga con su dedo— mal de ciudad. Hombre de ciudad mucho odio.

Luego señaló al frente del arroyo y agregó:

— Un día de camino, detrás de robles hay valle de cabimos, yo indio Ciruma pasar por allí y ver el árbol que bota aceite, aceite untar en piel de niño. Niño sano. Aceite cura odio.

Se levantó y sin esperar una palabra ni pronunciar ninguna otra, se alejó en sentido contrario al lugar que había señalado.

Por varios minutos, hubo gran discusión entre las cuatro familias, los Quero y los Pachano creyeron conveniente tomar otra dirección diferente a la que el indio les había indicado, pensaron que sus palabras podrían ser una trampa para desviarlos por ese camino y en compañía de la tribu despojarlos de sus bestias y mercancías. Sin embargo, la desesperación de los Morles les llevó a confiar en las palabras del indio Ciruma y, apoyados por la familia Suárez, decidieron dirigirse

hacia el valle de los cabimos. Las otras dos familias terminaron siguiéndolos también. Al día siguiente, ya al anochecer, llegaron al lugar, contemplaron el valle bordeado por los robles, en él varias docenas de cabimos distribuidos a lo largo y ancho del valle. Era primavera, el olor del aceite que segregaba cada árbol era agradable al olfato, daba la impresión de estar dentro de un nuevo mundo. Tomaron aceite de cabimo y lo untaron a los infectados por la enfermedad, sobre las manchas y sin frotarlo, como había indicado el indio con señas. Tres días después de que los pacientes padecieran una fiebre intensa por las noches, las llagas desaparecieron junto con la fiebre y los síntomas de la enfermedad.

Decidieron establecerse en aquel lugar y, en honor al indio, que nunca más volvieron a ver, llamaron al pequeño caserío “El Consejo de Ciruma”. Cada familia se adueñó de una porción de tierra suficientemente espaciosa para construir casitas de barro y fundar pequeños conucos en los que sembraron las semillas que traían y así asegurarse la alimentación de la población. Se proveían de agua del arroyo al que llamaron “El Cardón”, el mismo donde les encontró el indio. Tan pronto como se establecieron, un representante de cada familia volvió al estado Falcón exportando el aceite de cabimo para que pudieran salvar a los pacientes que agonizaban y a los que iban siendo alcanzados por la enfermedad. Así, la fama del pequeño caserío corrió con rapidez.

En 1900, la Iglesia Católica consideró que la aparición del indio había sido un milagro, y lo atribuyó a San Antonio de Pádua, a quien veneraban como un santo patrono de los viajeros y cuya fama entre los laicos era conocida desde 1890. Enviaron a un cura para que se encargara de guiar espiritualmente a los

habitantes del caserío, que aumentaban en número ya que la exportación del aceite al estado Falcón había servido como una puerta de entrada a otras familias que decidieron mudarse. El caserío creyó conveniente la presencia de un cura en aquel lugar y aceptaron la interpretación que la Iglesia Católica le dio a la aparición del indio, lo creyeron un verdadero milagro y no faltó uno que dijera haber sentido un impacto profundo tras las palabras del indio: “el odio del hombre de ciudad”. Sin embargo, nada acertada les pareció la elección de la santa iglesia con respecto al enviado cuando lo vieron llegar.

Rufino Pérez Valles era un joven de 25 años cuando llegó al pueblo. Acababa de salir del seminario, y una semana le bastó para cambiar la impresión que su llegada causó en los habitantes de El Consejo de Ciruma. Era joven e inexperto, pero apasionado y laborioso. Se ganó el respeto y la admiración de cada uno de los habitantes, quienes luego lo consideraron no solo el cura del pueblo sino también la máxima autoridad. El padre Rufino, llamado así al pasar los años, logró que las autoridades regionales posaran su mirada sobre el caserío. Consiguió que el gobierno regional construyera dos edificios destinados a la educación básica y diversificada de los habitantes del ya considerado pueblo y de los que habitaban los caseríos que se habían formado alrededor del mismo. También instauró la celebración del aniversario de la llegada a aquellas tierras de sus fundadores, la segunda semana de junio se festejaban las llamadas “Ferias de San Antonio”. Aquellas ferias fueron motivos de la visita de pobladores de otros estados.

En 1930 el gobernador de turno en el Zulia visitó la Feria de San Antonio y bautizó el pueblo como “El Jardín del Zulia”, nombre con el que luego el niño Santiago Morles, ya adulto, publicó una obra de poemas centrados en la fuerza y virtudes de la naturaleza. El gobernador prometió ese año construir un ambulatorio rural en el pueblo, y una plaza a la cual declaró que llamarían la plaza del indio, y que además, de ser electo de nuevo como gobernador del Estado Zulia, incluiría en su presupuesto un programa para la construcción de viviendas dentro del presupuesto regional, cuyo pago sería cómodo y ajustado a la economía de los habitantes del pueblo. Si bien todas esas promesas fueron charlatanería política y oportunista del gobernador, el padre Rufino se encargó de que las cumpliera todas. La Plaza del Indio quedó construida en el centro del pueblo, en medio de ella un cabimo era protegido como símbolo de esperanza y recordatorio de que el odio era una llaga que apagaba el espíritu del hombre.

Ya en 1950 el Consejo de Ciruma era un pueblo ajustado a la modernidad de la época. Ese año, la Iglesia Católica envió al gobierno nacional planos para que patrocinaran la construcción de algunas catedrales en las ciudades y pueblos que aún no tenían ninguna. El gobierno nacional los distribuyó a los estados correspondientes, quienes sortearon las construcciones para decidir cuales se llevarían a cabo ese año. Se aprobó la construcción de la catedral en el Consejo de Ciruma. Una confusión en los planos hizo que se iniciara la construcción basada en los planos de la catedral que debía corresponder a la ciudad de Cabimas. Cuando el gobierno regional hubo caído en cuenta de esto ya se había iniciado la construcción y así, el pueblo presumía de una catedral moderna y

lujosa. La confusión de los planos se le atribuyó al santo patrono del pueblo como un milagro.

La entrada del evangelio protestante al pueblo, a finales de 1960, habría sido imposible y no aceptada por los habitantes de no ser por la aprobación del padre Rufino, cuyas decisiones y avales eran respetados aun cuando contradijeran la voluntad del colectivo. A pesar de que el protestantismo por esa época representaba una amenaza para la Iglesia Católica arraigada en costumbres y tradiciones, siendo tal protestantismo una expresión de nuevas propuestas consideradas liberales por el sector ortodoxo, el padre Rufino expresó siempre su inclinación a un escenario plural, diverso, tolerante.

A los 95 años de edad murió, y en su honor se levantó un monumento en la Plaza del Indio junto al Cabimo que está en el centro del mismo. Fue recordado siempre por su carisma y sus obras. Meses después de su muerte, el gobierno inició la construcción de otra plaza frente a la catedral, la Plaza Bolívar, fruto también de los esfuerzos en vida del padre Rufino.

En el pueblo, todas las generaciones escuchaban la historia del indio y del aceite de cabimo que curó la enfermedad de la mancha de la piel. Y Rubia la escuchó de labios de su abuelo. Recordar esta historia es recordar al abuelo, es recordar la razón por la que está sentada allí. Limpia sus dedos, asqueada del inútil aceite, mira el monumento y lee debajo de la imagen del cura Rufino Pérez Valles: “El Odio puede llegar a ser...”. Suficiente para esquivar la inscripción, para no leer lo que sigue, para ignorar al mundo de nuevo.

<< ¡Te odio abuelo!>> Y los ojos se le humedecen. No es fácil luchar contra el odio, no cuando las heridas aun duelen, cuando no cicatrizan. Rubia no admite curación, quiere, pero no puede. No se lo permite. Para ello debe hacerse débil, y una vez lo intentó y de nada sirvió, otro intento es un lujo, los daños podrían ser mayores.

Se conmueve ante su declaración, el odio sigue vivo; se reduce de nuevo el espacio y desde el vacío se asoman los interrogantes, el “qué habría sido de mí”, “cómo sería yo”, “dónde estaría”, el “cuál es la razón por la que tuvo que ser así” y el “quién puede entenderme”; y cada pregunta es un leño que excita las llamas del odio y el dolor...

-¡Por qué no te consumió la maldición de la lejanía en Agua Santa!

Y no quiere llorar, pero las lágrimas huyen del ardor del fuego en el alma.

Capítulo Dos

En las montañas de Las Mercedes, al oeste del valle, nace el río Wilmará, río angosto de corrientes bravas que desciende con ímpetu, dispuesto a custodiar con su hechizo la virginidad de las montañas donde nace. Camina entre la selva, esparciendo el canto que producen sus aguas cristalinas y profundas, que seduce al alma y adormece el espíritu. A sus pies, árboles frondosos que se sirven del encanto de sus aguas, aves que posan sobre ellos atraídas por el canto de la corriente, hechizadas, olvidan su destino y permanecen allí, frente al río, sobre los árboles, afinando sus sonidos con el que se esparce por la selva. Avanza bravo, potente, indomable, pretencioso y orgulloso del rojo vivo de los corales que crecen a su lado, que reflejan el color de su pasión. “Son las aguas del Wilmará las que alimentan a los corales” así decía la leyenda que les atribuía a éstos la fuerza, robada de aquellas aguas, para sostener el cielo y proteger la tierra. Cruza hacia el sur y allí, cansado, enamorado, se rinde en los brazos de una quebrada dulce y tranquila, es la Quebrada de Agua Santa que, tímida, se esconde en las profundidades del sur-este del valle. Silencia al bravo río, adormece sus corrientes y así, se funden resultando en un temperamento, como si el gran río Wilmará no existiera, despistando la atención del hombre, alejándolo de las montañas donde tal vez tampoco nació.

En 1900 la impresión que causó el cura que llegó al Consejo de Ciruma motivó el desplazamiento de algunos miembros de la familia Quero. Caminaron hacia las montañas de Las Mercedes que están al oeste, y a mitad de camino, encontraron la vertiente del río Wilmará. A su alrededor, numerosos árboles de

coral se extendían hasta diez metros de altura, el rojo vivo de su apariencia les atrajo y el sonido de las aguas descendiendo les maravilló. Se sorprendieron siguiendo el cauce, contemplando los corales, disfrutando de la gran cantidad de aves que intentaban imitar el sonido del Wilmará. Y así, los Quero llegaron a orillas de la Quebrada de Agua Santa y allí se esparcieron, al este y al sur, unificando sus propiedades bajo el nombre de la quebrada: Agua Santa, que vino a denominar al pueblo que sirvió de puente entre los caseríos del este y el Consejo de Ciruma.

Don Carlos Quero dejó en el Consejo de Ciruma a su prometida con la intención de volver a por ella en cuanto encontrara junto al resto de su familia un lugar dónde habitar. Delimitadas las propiedades en la espaciosa tierra de Agua Santa invirtió toda su fortuna en la suya y levantó una hermosa quinta destinada a ser su hogar. Trabajó las tierras con sus propias manos, y las convirtió en una hermosa finca en la que recibió a su flamante esposa, María Quintero. Talló sobre madera el nombre de la finca: “La Lejanía” y lo colgó en la entrada. A 500 metros de la casa, a su lado, dos Cabimos yacían en cada esquina, y detrás de ellos una hilera de árboles pequeños hacía la forma de un extenso arco sobre el sendero que guiaba hasta la finca. Un año después del matrimonio, Don Carlos Quero y María Quintero tuvieron una niña. Transcurrieron cinco años de paz y prosperidad, y la finca se convirtió en la más fructífera de la zona. Una mañana, María Quintero salió a visitar unas amistades y dejó a la niña al cuidado de su esposo. Don Carlos contaba con dos cuadrillas de obreros, pero aun así se dedicaba a la siembra de yuca en esos días. La niña estuvo a su lado mientras él, concentrado, hacía su

tarea. No supo en qué momento ella desapareció. Cuando María llegó a la finca las dos cuadrillas de obreros estaban dedicadas a la búsqueda de su hija, al igual que su desesperado esposo. Tres horas más tarde, dos obreros se pararon frente a los padres mirándose las caras como sorteando quién daría la noticia. Uno de ellos se armó de valor y dijo mirando a Don Carlos:

— Patrón, el cuerpecito de la niña fue hallado en la Quebrada.

Los dos empleados tuvieron que esforzarse para sujetar a María Quintero, que golpeaba violentamente a su esposo culpándolo de la muerte de su hija.

Tan pronto el cadáver de la niña fue enterrado, María Quintero abandonó a Don Carlos. Él, al verse solo, se entregó a la bebida. Después de unos meses, vendió la propiedad y compró una pequeña parcela en uno de los caseríos más hacia el este. Un año después, el desventurado fue encontrado sin vida en su rancho: había ingerido veneno.

Para cuando se supo de la muerte del primer propietario, el segundo dueño de la finca ya se había mudado con su esposa. Eran una pareja de sesenta años, oriundos de Cañaveral, conocidos por el notorio afecto entre ellos. Se habían casado a los dieciocho años y, un año después, tuvieron dos gemelos, a los que llamaron José David y David José. El primero era de temperamento colérico, al contrario que su hermano, que mostraba rasgos melancólicos. Ambos se habían casado ya hacía un tiempo, y habían hecho propiedades en Cañaveral. Así que la legendaria pareja adquirió la finca por su belleza y productividad para pasar tranquilos el resto de sus días. Contrataron una docena de obreros que se

encargaban de las tareas del campo, y así, sin mucho esfuerzo, hicieron recuperar a La Lejanía su estado productivo.

Una mañana, el anciano reunió a sus obreros, les entregó a cada uno el salario correspondiente a un mes de trabajo y les concedió ese día libre. La acción del anciano pareció extraña a la cuadrilla, pero sin pedir explicaciones, tomaron el dinero y partieron de regreso a sus casas. Al día siguiente, los obreros encontraron al patrón ahorcado en un árbol, junto a la quebrada, y el cadáver de su esposa cuidadosamente acomodado a sus pies. La doña había sufrido un infarto la mañana anterior.

Fue el colérico de los gemelos, José David, quien quiso hacerse cargo de la finca. Su hermano creía que lo mejor era venderla, así que decidió pagarle la mitad del su valor a fin de volver al pueblo e instalarse en la finca.

La gente en el pueblo comentaba que el gemelo se había obsesionado por acabar con la maldición de La Lejanía. Su obstinada decisión le costó su matrimonio, ya que su esposa Elena no estuvo dispuesta a mudarse a la finca. Consideraba que la decisión de José David era un síntoma del encantamiento del que se hablaba en el pueblo. Para él, la separación no fue un evento importante ni lamentable, puesto que su meta era demostrar que él podía envejecer en la finca conservando su estado próspero, y así, burlarse de la supuesta maldición que le había arrebatado a sus padres.

Los años pasaron y el gemelo se fue convirtiendo en un hombre extraño. Pasaba las noches en el bar, siempre llevaba consigo un revólver. Se sentaba en

una mesa y, a medida que iba consumiendo más licor se volvía más sociable, y así, terminaba casi siempre rodeado de algunas personas que se beneficiaban de él, pues pagaba sus cuentas en el bar. Los beneficiados le escuchaban hablar de sus padres y de la finca, y presumir de ser quien acabaría con la maldición para vengar la muerte de sus padres. Una noche, quienes le rodeaban en el bar lo vieron desenfundar su arma y, antes de poder persuadirlo de lo contrario, introducir el cañón en su boca y, riendo, apretar el gatillo.

Pasaron muchos años antes de que su hermano David José pudiera vender la finca. En todos los pueblos cercanos se comentaba acerca de su maldición, y esto imposibilitaba su venta. Solo se preocupó por el constante mantenimiento de la casa y, eventualmente, pagaba a un par de obreros para que limpiaran los terrenos. La finca de la Lejanía fue perdiendo la belleza que, a pesar de los eventos desafortunados, la había caracterizado desde que Don Carlos Quero la fundó. La casa lucía descolorida a pesar de que su estructura seguía siendo atractiva, los potreros estaban descuidados y abandonados, los terrenos donde se cultivaban el maíz y la yuca, entre otros productos del campo, estaban cubiertos por malezas. Algunos árboles yacían caídos sobre las tierras, y los árboles frutales que daban al porche una exótica belleza, habían desaparecido.

Agua Santa es ya un pueblo organizado, aunque para la educación y la asistencia médica sus habitantes deben trasladarse al Consejo de Ciruma. No hay rivalidad entre ambos pueblos, y el origen de Agua Santa no se le atribuye al descontento de los Quero por la llegada del cura al Consejo de Ciruma en el 1900, sino al hechizo del río Wilmará que les sedujo con su canto y su color proyectado

en las flores del Coral, desviándolos del lugar donde nace: las enigmáticas montañas de Las Mercedes.

Hacia esas montañas mira Rubia, y piensa en el Wilmará y en la Quebrada. Ella conoce la historia y las leyendas, una vez fueron interesantes, pero hoy no, hace mucho tiempo pasaron a ser ridículas y tontas, como todo cuanto le rodea. Sin poder evitarlo escucha el recuerdo del río, el sonido de sus aguas. En su niñez, Alfonso, su padre, la llevó a conocerlo y le contó la leyenda.

<< ¿Qué será lo que escondes en el lugar de tu nacimiento? ¿Qué hay en las montañas de Las Mercedes? Tal vez sólo quieres conservar el recuerdo de tu nacimiento, tu niñez, quieres mantenerla virgen, intocable. Si yo pudiera hacer lo mismo, si tuviera una canción como la que producen tus aguas, la cantarías, hoy la cantarías y volverías a ser niña, pero ya no es posible, no quiero serlo de nuevo, no protejo mi niñez, no desvío a nadie del lugar donde nací, soy yo quien corro, soy yo quien me alejo, es mejor así>>.

Mantiene su mirada sobre el horizonte, como buscando la imagen de las montañas que parecen desaparecer entre la luz del sol...

<< ¡Te odio abuelo, la maldición de la lejanía debió acabar contigo!>>

Capítulo Tres

En Yaracuy, Estado ubicado en el centro-occidente de Venezuela al pie del cerro Quebrada Honda, está Aroa. Pueblo modesto, escondido entre mitológicas sierras, cuna de las minas del Libertador Simón Bolívar, escenario de históricas disputas; territorio que una vez dominó el tigre, a dónde se desliza lentamente la neblina que cubre el cerro dispuesta a conquistar las noches del pueblo; testigo de la competencia entre las cuencas del río Yaracuy y del río Aroa, cuyos recorridos se extienden a una distancia de 130 kilómetros y tributan hacia la vertiente del mar Caribe. Rodeado de selvas tropicales, donde yacen grandes e imponentes árboles como caobos, jabillos, bucares, y mijaos. En Aroa se consume el café con un respiro, la caña de azúcar derrocha su fruto y las fresas adornan el camino.

Allí nació, en el año 1932, Federico Hernández: el abuelo. Hijo del descuido de la prostitución y el abandono, su niñez estuvo en manos de la miseria y las calles, y la adolescencia, conquistada por el frío de la neblina de la sierra. Ya en su juventud parece poseer el espíritu del tigre que paseó en la tierra de Aroa cuando ésta aún era virgen y llamada por los indígenas “Uadabacoa”: tierra arbolada.

A la edad de dieciocho años, es un espectro humano. Delgado y de ojos azules opacos, de mirada perdida y vacía, silencioso y sin ánimo. Ocasionalmente, se emplea en los campos, cosechando el fruto del café, del plátano y del naranjo y cargando los camiones que transportan la cosecha a todo el interior del país. Demuestra en su jornada laboral una fuerza impresionante, en contraste con su

desgastada apariencia física pero muy en armonía con su carácter. Sin más interés que el de salvar el día, es decir, alimentarse y sobrevivir; sin más ambición que la de tomarse unos tragos de ron en la tasca de Aroa y darle rienda suelta a la promiscuidad.

—Tiene el temple del pico del tigre— Dicen los camioneros que lo observan concentrado en su labor. Y por esta razón deciden llamarlo “el tigre de Aroa”, apodo al que responde gustoso y complacido.

El Pico El Tigre domina con sus 1800 metros de altura a toda la Sierra de Aroa, tramo occidental de la Cordillera Central. Indiferente al inmortal invierno que lo azota, se sirve de éste para alimentar a los grandes árboles que crecen clavando las raíces en su piel, incrustándolas en el corazón del alto monte; así Federico, alimenta con el frío de su alma la amargura que crece perforando su corazón.

Cuando termina la tarea y recibe su pago, se sienta sobre alguna roca y contempla la sierra, identifica el pico que lleva su apodo mientras define la vida a su antojo, espera la noche sin sueños ni lamentos y cuando ya respira el aroma del café que pasea entre la espesa niebla que se desliza cuesta abajo desde el cerro Quebrada Honda camina hacia la tasca donde consume del más fuerte y barato ron. El calor del licor se funde con el frío de su alma y actúa como combustible que enciende su ira contra la vida, contra sí mismo y su desprecio hacia la mujer como fuente de dolor. Siente el deseo de dominarla, para rebajarla al precio de unas pocas monedas de las que se ha ganado con la fuerza que le

infunden su amargura y su rabia, descargando sobre ella el rencor por una madre que no fue madre: se complace en sentirse amo de tal insignificante criatura. Luego la echa de su lado mientras enciende un cigarro como si aquella fuera basura inservible.

— Hoy el tigre busca presa en uno de los cerros— dicen los camioneros cuando Federico se esfuerza el doble en su tarea para exigir mayor pago, y éstos pagan la cantidad exigida sin regatear, complacidos por el resultado del esfuerzo y apostando entre ellos por cuál de los cerros será el escenario de la cacería nocturna. Para ellos la vida infeliz del muchacho, predecible y simple, no es más que un entretenimiento. Se disputan entre ellos el contrato del muchacho tan pronto llegan a Aroa, y quién lo gana, siente el tonto orgullo de ser por unos días el amo del tigre, y además, beneficiarse de su rendimiento laboral.

Así pasan los días del joven Federico Hernández, rutinas inquebrantables sin guardar recuerdos en su memoria, pues con éstos no se compran tragos de ron.

A los veintidós años de edad, Federico deja de ser el tigre. No se le ve más entrar en la tasca del pueblo, hay quienes piensan que ha cambiado de tasca, que frecuenta la de Quebrada Honda pues hacia allá lo ven partir algunos días.

— Al tigre lo domaron en Quebrada Honda— dicen los camioneros que lo ven más afanado por ganar dinero y también preguntando mucho sobre el negocio de transportar mercancía. Tal como lo insinúan, el cambio lo causa el primer destello de amor que irradia en su oscura alma. Amor espontáneo sujeta el

espíritu del joven que no tiene esquema por el cual guiarse, que nunca recibió una caricia y es torpe para pronunciar palabras dulces. No sospecha si quiera que aquello que perturba su espíritu sea amor. Él solo sabe que antes de entrar a la tasca del cerro tropezó con una joven cuyos ojos son de color café y su silueta hermosa quedó grabada en su mente abatiéndole el alma.

— Olvídalo tigre, esa muchacha no es de las que se venden, esa es la hija de Juan Crespo— son las palabras del dueño de la tasca que imagina con malicia el interés del tigre tras las preguntas entre trago y trago, y hacen eco en su mente mientras contempla la sierra, ignorando los comentarios de los camioneros, para quienes el muchacho, aunque deja de ser el tigre sigue siendo un entretenimiento y el centro de sus apuestas.

Federico ya no busca el Pico El Tigre, sus ojos se posan sobre el menudo cerro entre las altas montañas Su definición de la vida ya no es miserable, de repente la vida es atractiva, color café, y tiene un nombre: Asunción... Solo que Asunción es la hija de Juan Crespo.

Juan Crespo llegó al cerro a los diecisiete años con una mochila que no se quitaba de encima, en la que guardaba algunas morocotas heredadas de sus antepasados provenientes de España. Con una parte de ellas compró quinientas hectáreas de tierras que nadie compraría ni a precio de gallina flaca, como decían entonces. Eran tierras en declive, cuya posición dificultaba a términos casi imposibles la siembra y la cría de ganado. De hecho, el cerro de Quebrada Honda cuenta con una planicie de solo doscientos kilómetros cuadrados, por lo cual sus

habitantes sólo se dedicaban a la cría de gallinas y cerdos, y sembraban algunas hortalizas para el consumo de las familias. Sin embargo, Juan Crespo ocupó sus tierras con la siembra de café, y por muchos años se encargó solo de las tareas hasta dominar las mil quinientas hectáreas de tierra que finalmente conformaron la Hacienda de Los Crespo y que administraba junto con sus nueve hijos por partes iguales. Éstos, protegían a su única hermana con el mismo celo que lo hacía su padre.

Los habitantes del cerro atribuían la suerte de Juan Crespo a un pacto con María Lionza. Cuenta la leyenda, conocida por cada habitante del Estado Yaracuy, que María Lionza fue una doncella, hija encantada de un poderoso cacique de Nirgua. El Chamán de la aldea había predicho que cuando naciera una niña de ojos extraños, ojos color verde agua, había que sacrificarla y ofrendarla al Dueño de Agua, al Gran Anaconda, de lo contrario vendría la ruina perpetua y la extinción de los Nívar. Pero su padre fue incapaz de hacerlo, y escondió a la niña en una cueva de la montaña, con veintidós guerreros que la vigilaban e impedían su salida. Ella tenía prohibido verse en los espejos de agua. Pero un día una fuerza misteriosa adormeció a los guardianes y la bella joven salió de la cueva y caminó hasta el lago, descubriendo su propio reflejo. Ella estaba encantada con su visión. Así, despertó al Gran Anaconda, quien emergió de las profundidades, enamorándose de ella y atrayéndola hacia sí. En el lago, María Lionza y la poderosa serpiente, celebraron una comunión espiritual y mística. Cuando su padre descubrió la unión, intentó separarlos. Entonces, la Anaconda creció, se hizo enorme y estalló, provocando una gran inundación que arrasó la aldea y su

gente. Desde ese día María Lionza se volvió la diosa protectora de las aguas dulces, los bosques y los animales salvajes. Se dice que una parte de la serpiente cayó en la Montaña de Sorte, donde nace la Serranía Interior que junto con la Cordillera Lateral conforman la Cordillera de La Costa. En Quebrada Honda aseguraban además que la única hija de Juan Crespo estaba destinada a ser sacerdotisa de la diosa como pago del supuesto pacto.

Si bien tales rumores no eran más que mitos de los hombres del cerro, conformes con poco, y acostumbrados a resolver con historias y leyendas todo lo que no entendían y no querían entender, cierto era el hecho de que Juan Crespo y sus nueve hijos protegían exageradamente a Asunción y no estaban dispuestos a entregarla en casamiento a ningún vago.

<<Si quiero a la hija de Juan Crespo para mí, debo ser alguien y no el tigre; mi nombre debe sonar en el cerro>>.

Dos años pasan desde el día que vio por primera vez a Asunción. En estos dos años logra acercarse a ella pretendiéndola. Inexperto, bruto, sin gracia y sin una mínima idea sobre el arte de la seducción pero decidido a conquistarla, causa en ella una impresión atractiva, que imagina ser la doncella que puede hacer de una bestia como él un adorable príncipe.

Federico Hernández es ahora un nombre que suena entre las calles de Quebrada Honda, es quien transporta en su camión el café que se cosecha en la Hacienda de Los Crespo y quien, además, compra la cosecha de los naranjos y guineos que para Juan Crespo representan solo un quinto de su riqueza. Federico

transporta el café al Estado Falcón, tierra de tunas y médanos de arenas que se movilizan como con vida propia a lo largo de la sabana falconiana, de clima cálido y apariencia casi desértica. Allí lo entrega a una industria que se encarga de procesarlo y vende también los frutos que le compra a Juan Crespo. Es en sus viajes cuando escucha por primera vez los relatos referentes a la fundación del místico pueblito del Consejo de Ciruma.

En el año 1956, después de un año de romance clandestino, Asunción, la hija de Juan Crespo que según los habitantes del cerro debía ser entregada a María Lionza como pago del pacto, es entregada en matrimonio a Federico, siendo él de veinticuatro años de edad y ella de veintidós. Un año después, el 5 de noviembre de 1957, nace su único hijo: Alfonso Hernández, el padre de Rubia.

En 1960 Juan Crespo muere “de repente”, como definían los del cerro a la muerte causada por un infarto en el corazón, concepto desconocido para ellos entonces, y atribuyen su misteriosa muerte al incumplimiento del pago por el pacto que, afirmaban, él había hecho en vida con la diosa María Lionza. La muerte de Juan Crespo marca el fin de la hacienda de Los Crespo, que se divide en diez parcelas independientes, cada una con nombre propio, la parcela que correspondía al difunto, la parte de la tierra que él mismo trabajaba los últimos años de su vida, fue heredada por Asunción, y Federico mismo se encargó de trabajarla.

— El hombre se salió con la suya— es el rumor en el cerro que baja hasta las calles de Aroa. Sus habitantes desconfían del supuesto sentimiento que lo

llevó a cambiar su estilo de vida, insinúan que buscaba adueñarse de la hacienda del suegro, pero que, por lo menos, logró quedarse con la parcela más productiva. Apoyan sus dichos en el hecho de que tres meses después de la muerte del magnate del cerro, Federico ha vuelto a bajar a la tasca de Aroa con la misma frecuencia de antes, saciando su sed por el licor y el placer sexual.

Es el alma atormentada que no ha sido curada, la rabia y la amargura, que sólo dormían aparentando estar rendidas ante el amor, fortaleciéndose en silencio, concentrando el veneno que de nuevo se inyecta en su interior. Lucha el amor, la bondad y la dulzura, representados en Asunción, contra el desprecio, el rencor y la rudeza que laten a través de los recuerdos que asaltan su presente. Está en el campo sudando, aniquilando la maleza que crece entre los vástagos del café. Sin compasión, amenaza el porvenir del aromático fruto, restándole las posibilidades de vida; el fruto garantiza la prosperidad de una familia y da utilidad a la tierra en declive que una vez fue inservible y despreciada. Así también en su alma, la amargura intenta ahogar el amor, evitando que su aroma invada por completo su vida, restándole posibilidades de ser feliz a una criatura que fue víctima del abandono, el desprecio y sus propias acciones.

Aparece en su mente la imagen de Asunción...

<<Ella no es como las mujeres que se venden>>

Ella es dulzura, palabras dulces ante la aspereza; ella es sonrisa en los amaneceres, es gracia; se dedica a él, teje un abrigo, un par de medias, a las

cinco de la mañana prepara el desayuno... Ella es diferente, llora callada cuando él llega borracho, tiembla ante su rudeza...

<<No merece mala vida>>

Le entregó su juventud, sus caricias, que ahora él rechaza. Se han vuelto amargas para él, sin querer: es el veneno que le roba el sabor a la vida. Ella no reclama, sufre los golpes en silencio...

<<No quiero golpearte Asunción, no sé qué me pasa>>

Desea que ella se esconda ante su ebria llegada... Él mismo tiene miedo de encontrarla, no puede controlarse, no sabe cómo ser débil. Son sus instintos, su naturaleza, no sabe cambiarla. La ira inverna, pero al despertar arrasa con todo, cual tigre hambriento...

<<La vida es una miseria, el amor es un engaño>>

Está en la tasca, el ron lo hace inmune a la disyuntiva, lo hace invencible. Sólo habla la ira que para él es armonía... El Tigre ruge.

Sale del bar de Aroa y el tumulto de emociones en su alma se debate en su interior. Enciende su camión y avanza por las calles del pueblo lentamente. Una joven camina hacia su casa, es medianoche, las calles están solitarias, la neblina es densa, la luna está escondida. Apaga el camión y se baja, toma a la joven violentamente y la arrincona en un callejón sin salida. El tigre devora a su presa con ira y amargura, como si con su acto golpeará a la miserable vida, como si maldijera a la madre irresponsable que lo abandonó. Se hace despreciable para

sentirse merecedor del desprecio. Mira a la joven semi-inconsciente, y la imagen corta su ebriedad. Es una niña, quince años tal vez, es linda y frágil; ella abre los ojos con notable esfuerzo, son de color café como los de Asunción.

<<No es de las que se venden>>

Es el eco en su alma que le recuerda que en la vida hay mujeres buenas, dulces, que se arriesgan a amar incluso a una bestia. La joven llora y sus lágrimas atormentan al tigre, como las lágrimas de Asunción. El tigre huye, pero Federico continúa allí parado, viendo el rostro de la joven, es como verle la cara a Asunción cuando él levanta su mano para golpearla, como ver al pequeño Alfonso asustado ante su bestial presencia.

<< ¿Esto soy yo?>>

Corre hacia el camión y lo enciende, sube el cerro acelerado. La joven tiene familia, podría reconocerlo. El pueblo tiene ley, ésta lo alcanzará, el pueblo lo linchará. Asunción lo escucha llegar y tiembla, el niño Alfonso, de diez años, corre hacia su madre para protegerla con un abrazo. Pero no es el tigre quien entra, no es el violento, es el hombre, está agitado y temblando de miedo, mira nervioso a través de las ventanas. Y abandona todo, el cerro y la hacienda, la neblina, el café, los naranjos y el guineo, se aleja del Estado Yaracuy, lejos del pico El Tigre... Sólo lleva consigo sus ahorros, su esposa y su hijo.

En julio de 1967 Federico y su familia llegan al Estado Falcón, limítrofe con Yaracuy al sur-este y con el Estado Zulia al Oeste. Desde allí, se trasladan ese

mismo año hacia el Estado Zulia para habitar en el escondido pueblo de Agua Santa.

Capítulo Cuatro

Mientras Rubia está sentada en la Plaza del Indio, consumiéndose entre las llamas del odio, Alfonso, su padre, está recostado sobre una hamaca colgada y sujeta a las ramas de un árbol de mamón. No reposa, su alma es agua turbia que imposibilita la calma.

<< ¿Por qué esperaste hasta este momento?>> Una pausa... Un suspiro... Cierra los ojos estimulado por un gran dolor... << ¿Por qué, papá...? ¿Por qué?>>. Es la agonía expresándose en el espacio donde una vez los pensamientos de Alfonso fueron de paz, tranquilidad y de satisfacción.

El presente es tan frágil... Es alegre y en un segundo se entristece, es tranquilo y el viento sopla moviéndolo todo, es soleado y una nube puede esconder la luz...

Una noticia ha estremecido el hogar de los Hernández, ha traído el silencio y la soledad, ha revuelto los recuerdos.

Rubia en la plaza despreciando al abuelo, debatiéndose en su interior con el odio, el anhelo de que muera, que desaparezca para siempre y esa pequeña voz que le dice en su interior que no debería sentir eso. Y Alfonso, debajo del corpulento árbol silvestre, de copa tupida y hojas alternas, compuestas, lisas y casi redondas, aparentemente observando los racimos de frutos, reviviendo sentimientos que creía vencidos. Siente la brisa acariciarle el rostro, respira su aroma, los rayos del ardiente sol se cuelan entre las tupidas ramas del árbol y ciegan por momentos su mirada, la brisa es constante, él sabe dónde se origina,

los caseríos que ha recorrido. Cierra sus ojos, no son los rayos del sol, es el recuerdo estimulado por los sentimientos que cobran vida, es la brisa que le invita a regresar hasta aquellos días, los días de la huida, de la llegada al pueblo de Agua Santa. Recuerda aquella tarde en la que llegó a Agua Santa después de vivir cuatro meses en el Estado Falcón.

Era el mes de noviembre, mes en el que las lluvias azotan sin piedad al Estado Zulia. Su padre había comprado una propiedad en Agua Santa que contaba con quinientas hectáreas de tierra cubierta de maleza, por la cual atravesaba la quebrada del pueblo, y una casa en ruinas cuyo aspecto expresaba el abandono de dos décadas.

<<La Lejanía>>, murmura con los ojos cerrados y cree estar respirando el olor que en noviembre anuncia la aparición de las lluvias.

Su llegada a La Lejanía fue el inicio de los años más tormentosos de su vida, así lo creyó en su adolescencia. Obligado a trabajar como único peón en la tierra rebelde por el abandono, a las cuatro de la madrugada se levantaba para ordeñar las vacas en el corral antes de ir a clase en el Consejo de Ciruma y, al llegar, después del almuerzo, trabajaba en las tierras. Así, los últimos años de su niñez y los de su adolescencia fueron de continuo trabajo, lo que su padre justificaba asegurando que era la única forma de que se convirtiera en un verdadero hombre. Maldijo cada noche el momento en que la Sierra de Aroa se minimizó ante la distancia hasta desaparecer del horizonte, pues hasta entonces el cerro había sido su único hogar y lo llevó en su corazón por muchos años. Soñó

algunas noches que despertaba y al abrir su ventana la neblina del cerro lo saludaba, que observaba los cafetales y respiraba el aroma único de aquellas tierras, que veía a la gente del cerro caminar sonriendo.

<<Si todo hubiera sido un sueño...>>

Pero nunca más despertó en Quebrada Honda. Una lágrima rueda en su mejilla, no es odio o resentimiento, es el dolor, el corazón que llora, el amor que duele. Le duele su padre, y llora sin ánimo ni emoción. Le duele su hija.

— Todo estará bien— es la voz de su esposa, que se ha acercado y lo ve llorar. Al escucharla, abre sus ojos y toma su mano.

— Mi padre desgració la vida de mi madre y la mía, yo lo he perdonado, sé que tú también, pero ¿cómo le exigimos a Rubia que lo perdone? — le dice.

Ella lo mira con amor y comprensión.

— Necesita hacerlo, confiemos en Dios— responde.

La llegada de los Hernández excitó a la población de Agua Santa y revivió comentarios sobre el mito de la maldición de La Lejanía. A su llegada, Federico tenía treinta y cinco años, pero su apariencia sumada a la barba que no se afeitaba lo hacía parecer como un hombre de cincuenta años. Desde el siguiente día de haber entrado al pueblo, Federico frecuentó la tasca de Agua Santa y consumió del ron en la misma forma y cantidad que lo había hecho en Aroa, pero esta vez controló su sed de castigar con su placer a la mujer, y un mes después de haber llegado al pueblo se referían a él como “el viejo”, seudónimo merecido

más por su sombrío temperamento que por su apariencia física. Asunción, por el contrario conservaba su jovial belleza y, a simple vista, se notó la contraposición de su carácter frente al de su esposo. Ella escondió cada día las marcas del maltrato del ebrio esposo y disimuló su tormentoso conflicto sospechado por los vecinos a pesar de la hermosa sonrisa que mostró siempre en su rostro.

Guiados por los antecedentes de la maldición, los habitantes del pueblo vaticinaron un trágico final para la nueva familia propietaria de la mítica hacienda. Apoyando sus predicciones en la entrega del viejo a la bebida y en sus actitudes, calcularon que a La Lejanía le llevaría consumir a sus nuevos habitantes la mitad del tiempo en el que había acabado con sus antecesores. Contrario a las trágicas predicciones, Federico levantó la finca de sus ruinas, y en un año restauró su estado próspero y atractivo. Ocupó la tierra con sembrados de yuca y maíz cuyos frutos vendía él mismo en los mercados de Maracaibo, capital del Estado Zulia. Construyó corrales en los potreros, en los cuales rotaba el rebaño de ganado vacuno con días de ocupación y días de descanso, conseguía así una alta producción por hectárea con mayor calidad de forraje sin deteriorar la persistencia del pastizal y el control de las malezas. Fue el primero en implementar en aquellos pueblos el pastoreo rotativo, contrario al pastoreo tradicional, y mantuvo números de animales relativamente bajos que le permitieron obtener buenas ganancias de peso individual. Su negocio se limitaba al engorde del ganado que, cumplido el peso deseado, transportaba y vendía a los mataderos del Estado Falcón. Aprovechaba también la leche del ordeño de las vacas para distribuirla por la zona.

Federico escuchó siempre los rumores de la maldición de La Lejanía y disfrutaba de lo que, a su criterio, eran tonterías de pueblos. Tampoco ignoró las críticas sobre su duro trato hacia su hijo, pero poco le importó. La culpa que lo obligó a huir de Quebrada Honda y originó en él un temor desconocido, terminó fortaleciendo su amargura, desensibilizándolo aun más, y Alfonso y su madre sufrieron las consecuencias de esto.

Alfonso recuerda a su madre, sonriendo, preparando el desayuno en la cocina, recibéndolo cada mañana con un “buen día mi niño Alfonso”; le ahoga el recuerdo, pues es consciente del esfuerzo de su madre.

— Mi madre trató siempre de evitar que yo odiara a mi padre— le dice a su esposa, que ahora está recostada junto a él en la hamaca.

Sus ojos se fijan en el horizonte, en dirección al pueblo que lo recibió en la víspera de sus once años. El alma se queja una vez más y el corazón se acelera: es la agonía del reencuentro anunciado, del “tarde o temprano sucederá”, es la vida que continúa, es el tiempo que no hace treguas, es lo correcto que no admite opciones... Los traumas le gritan al perdón sus reproches. Y los recuerdos siguen desfilando, despertando cada vez emociones más intensas, como una galería de cuadros recién pintados cuyas imágenes aunadas al fresco olor de la pintura, despiertan en el alma de quien las observa la sensación de estar dentro de los marcos bautizados con el concepto de quien los creó.

Se estremece al sentir la herida de aquella mañana de agosto cuando despertó y al llegar a la cocina no encontró a su madre. La evidencia fue suficiente

para la lógica conclusión: se había marchado, había huido de los maltratos del viejo. Pasó de largo a los potreros, cumplió su tarea matutina y se fue a clase con un nudo en la garganta y el corazón, un millón de preguntas mudas y el sueño de huir también para unirse a su madre en Aroa. Un extraño sentido de la responsabilidad le hizo decidir esperar hasta su mayoría de edad: le faltaban tres años.

La desaparición de Asunción fue interpretada en el pueblo como un evento causado por la maldición a la cual imputaban también el repentino cambio de carácter en el adolescente Alfonso.

Un año después de la huida de su madre, Alfonso se enteró que había muerto a causa de un tumor maligno en su cerebro, que a su juicio fue el producto del maltrato del viejo y su suposición fue suficiente argumento para admitir y abrazar el odio que hasta ese momento intentaba distraer. El duelo y el deseo de venganza hicieron nacer un sueño en su corazón: matar a su padre. Y lo acarició con la misma pasión con la que había deseado su regreso a Aroa. Para ello, trazó un plan para robarle a su padre en tres años suficiente dinero para comprar un arma y costear su regreso a Quebrada Honda.

<<Dios, de no haber sido por tu intervención, la tragedia habría sido peor>> piensa, mientras rememora el día en que compró el arma y la escondió debajo del árbol junto a la quebrada de Agua Santa, donde el anciano padre de los morochos y segundo propietario de la finca de La Lejanía se ahorcó. Sobre el lugar en el que la arena cubría el cajón donde estaba el arma, había acomodado el anciano el

cuerpo sin vida de su esposa. Y en la quebrada, frente al árbol, fue donde los peones de Don Carlos Quero habían encontrado el cuerpo ahogado de la niña.

<<Tal vez lo de la maldición sea cierto>>, fue el pensamiento que aquel día relampagueó en su alma y hoy recuerda con exactitud.

<<Cierto o no, La lejanía fue el escenario de mi trágica adolescencia>> piensa ahora mientras siente la cálida respiración de su esposa que se ha quedado dormida, tal vez cansada del conflicto despertado este día.

Tres meses antes de cumplir la mayoría de edad y llevar a cabo su siniestro plan justificado en el odio hacia su padre, en una de esas noches en las que acostumbraba a tomar el camión y trasladarse al Consejo de Ciruma mientras su padre consumía ron en la tasca de Agua Santa, llegó a la plaza del indio, donde acostumbraba a sentarse para distraer el dolor. Esa noche, un hombre daba un discurso en la plaza, rodeado de muchas personas, y se detuvo a escuchar. No olvidó jamás las palabras de aquel hombre cuando ya concluía su discurso: “En el Cristo hay un mejor porvenir, en su ejemplo de vida, en las actitudes que modeló. Ríndete ante ÉL, entrégale tu futuro, decídetete a imitarle. En ÉL, en su ejemplo de vida está encarnado el amor y el perdón. Ven al frente y permítete guiarte con una oración a Sus amorosos brazos que aún están abiertos para ti”.

Su corazón ardió, era una llama diferente a la del odio que quemaba su alma, sintió que aquella invitación era para él. Llorando, esperanzado en la veracidad de aquellas palabras que latían dentro de él, pasó al frente y repitió la oración mientras sentía que despertaba por primera vez. Era como un nuevo

amanecer, como las mañanas en Quebrada Honda, como sumergirse en las aguas del bondadoso río Yracuy, como respirar la neblina y el aroma del café fundidos... Los argumentos del odio cayeron de un golpe, fue extraño e inolvidable, como lo habían sido las mañanas acompañadas del “buen día mi niño Alfonso” de su madre. Es la esperanza que se anida en el corazón y aliada con el deseo de ser diferente brota en la voluntad de caminar hacia otras direcciones.

Alfonso llora de nuevo, mientras las hojas del árbol de mamón bailan al ritmo de la brisa; esta vez, no es el amor que duele, es el amor que rinde la voluntad del dolor, es el perdón que rememora, es la gracia que no busca ser entendida, la tímida esperanza que se asoma, el ruego de un niño para quien los argumentos son ridículos. Es el “todo estará bien” que escuchó hace unos minutos de su esposa y que ahora escucha desde adentro, o desde el cielo, es tal vez la promesa no anunciada pero creída de que hoy Rubia encontrará un nuevo camino.

<<Buen Dios que cambiaste mi destino y has tenido cuidado de mí, te pido que esta noche hagas un milagro en ella, como lo hiciste con su nacimiento... Esta noche hazla nacer de nuevo>>

Capítulo Cinco

Está hastiada de pensar, tantos años dormida y en un instante le asaltan emociones implacables, reforzadas en el tiempo. Se levanta y camina, es mejor volver y dormir ignorando todo, es mejor esperar que caiga la noche y disfrutar del morboso placer de ver agonizando a quien originó su apocalíptica desgracia. Camina en dirección a casa, ajena aun al paisaje, esquivando la mirada de las imágenes que despiertan el recuerdo.

¡Allá va Rubia, la hija de Alfonso y Ruth!

El destino es frágil, pero siempre perfecto, no depende del hombre, finito y débil, imposibilitado por sus actitudes; depende de Dios, ser infinito y soberano, que traza senderos misteriosos, que permite acontecimientos interpretados injustos y cuestionables, como si la naturaleza humana pudiera medirse con Su divinidad. Sólo de Él se desprende el concepto pleno de la perfección y la justicia. Él es perfecto y justo, no son cualidades que se desprenden de Su ser, son su esencia. Él es quién conoce los tiempos y cuya mirada lo abarca todo. Él, quién tiene control de lo incontrolable y guarda la esperanza, que en Él es el hecho, de que un día el hombre lo comprenderá todo, y verá a través de Su mirada, a través de Su conocimiento, que eleva el nivel de la humanidad, que viste al hombre y le permite admirar la fragilidad del destino que sólo Sus manos pueden acariciar. Entonces el silencio hablará y la sonrisa captará la sencillez de la vida, de lo vivido. Sí, tal vez Dios es destino, tal vez Dios es todo aquello que no puede ser explicado, que se pretende alcanzar, puede que Dios sea mucho más que eso,

que sea la propia sed humana de perfección, de eternidad, de justicia; tal vez Dios es la misma esperanza latiendo desde el corazón humano, la misma agonía que nos obliga a levantar la mirada al cielo, extender la mano hacia adelante para pedir ayuda.

¡Allá va Rubia, cuyo frágil destino es acariciado por Dios!

El día que Alfonso cumplió sus dieciocho años, después de ordeñar las vacas en los corrales, se sentó frente a la quebrada de Agua Santa. En el lugar donde había escondido el arma con la cual pensaba asesinar a su padre guardaba ahora un ejemplar de la Biblia que alguien le regaló indicándole que a través de ella podría conocer las historias relacionadas con el Cristo. La sacó, y leía cuando el viejo Federico lo encontró.

— Ya sabía yo que algo te pasaba, ¡Así que ahora pierdes el tiempo leyendo tonterías!— le dijo ignorando que ese día pudo haberlo encontrado sosteniendo un arma y no un ejemplar de la Biblia. Lo echó de su casa argumentando que no estaba dispuesto a mantener a un vago romántico o religioso. Alfonso se fue llevándose consigo la cantidad de dinero que creyó justa por sus años de trabajo en la finca. Se mudó al Consejo de Ciruma, donde alquiló un local que le sirvió de vivienda y que habilitó para las ventas de alimento para el ganado.

A juicio de la gente en Agua Santa, la soledad que arropó al viejo Federico con la partida de Alfonso fue resultado del influjo de la maldición de la finca que, con él, caía en el abandono, pues más era el tiempo que el viejo dedicaba a la

bebida que al trabajo en las tierras, y éstas, poco a poco fueron víctimas de la inmisericorde maleza que devolvió a la finca el aspecto deplorable con el que había sido adquirida. Y mientras se consumía el inminente destino al cual, según el mito de la maldición, se sometía todo aquel que osara desafiarla con la compra de la propiedad, Federico era víctima de su alcoholismo. Deambulando entre los límites de la finca, trataba de mantener el intermitente esfuerzo de recuperar los sembrados, sufriendo alucinaciones en las que el fantasma imaginario de su difunta esposa lo castigaba y rechazando persistentemente todos los intentos de su hijo por ayudarlo.

El hombre que Alfonso había encontrado en la plaza del indio, tres meses antes de que su padre lo echara, resultó ser el Emilio Medina, un pastor protestante.

Emilio nació en el Consejo de Ciruma, donde vivió su niñez criado bajo estrictos preceptos católicos. Sus padres eran oriundos del Estado Falcón y al escuchar la fama del aceite de Cabimo decidieron mudarse al pueblo de donde provenía el milagroso aceite. Gozaban de buena posición económica gracias a la venta de los terrenos que poseían en el Estado Falcón. Pero cuando Emilio era adolescente siguieron su peregrinaje hacia la ciudad de Cabimas, estimulados por el espíritu nómada que los caracterizaba y seducidos por la modernidad que prometía la ciudad ubicada más hacia la costa oriental del Lago, a sólo cuarenta y cinco minutos de Maracaibo, capital del Estado Zulia. En Cabimas conoció a Margarita Ortiz, con quien se casó y tuvo una niña a la que llamó Ruth; conoció también un protestantismo menos estricto que el catolicismo bajo el cual se formó,

abrazó la religión protestante entendiendo que la salvación del alma que hasta ahora se le obligaba a alcanzar a través de preceptos tradicionales y metódicos solo podía recibirse por gracia y bondad de Dios, y debía expresarse en actos que sobrepasaran la ambición egoísta que descansan en el deseo de salvación, creyó entender que la gracia y bondad divina debía desbordarse a través de un comportamiento inclinado hacia el bienestar común. A finales de los sesentas, con treinta años, viudo y con una niña de tres años de edad volvió al pueblo de su infancia con el firme propósito de presentar a sus habitantes el evangelio que había creído. Compró una modesta casa a la que invitaba a sus vecinos algunas noches y, en reuniones informales les hablaba sobre una cosmovisión cristiana más amplia, asomando otra significancia y propósito a las creencias y a los valores religiosos que regían las tradiciones del pueblo. En un principio, las charlas chocaron contra las creencias del pueblo y algunos intentaron oponérsele buscando apoyo en el padre Rufino; contrariamente a lo esperado, el ya anciano párroco manifestó su agrado hacia el trabajo evangelizador de Emilio, a quien recordaba como el niño inquieto y rebelde hijo de Don Sebastián Medina, y su reacción tranquilizó los ánimos del pueblo, que paulatinamente aceptaron su obra. Después de la muerte del padre Rufino, los esfuerzos del pastor Emilio dieron fruto, y la cantidad de personas que iban aceptando el evangelio predicado por él lo obligó a comprar el terreno al lado de su casa en el que construyó un templo que servía para las reuniones dominicales.

Desde la noche en la que Alfonso pasó al frente dejándose guiar en oración el pastor Emilio le brindó su apoyo incondicional, ayudándole a superar los

traumas de su niñez. Cuatro años después bendijo la unión matrimonial de Alfonso con Ruth, su hija. El mismo año de su matrimonio, Alfonso decidió realizar un trabajo evangelizador en Agua Santa, y con el apoyo de su suegro, e invirtiendo parte del dinero que le producía la venta de alimentos para ganado, construyó una edificación con el nombre de “Nuevo Remanente” donde realizaba reuniones cristianas y pastoreaba con sus enseñanzas a todo aquel que en Agua Santa abrazaba la fe cristiana, manteniendo su residencia en el Consejo de Ciruma.

Un año después de la unión, Ruth quedó en estado. La felicidad que trajo la noticia fue amenazada a los tres meses de embarazo, cuando los médicos pronosticaron un embarazo de riesgo por las hemorragias que sufría Ruth, y pusieron en duda el buen fin de la gestación.

— Sólo un milagro puede cambiar las cosas, y un estricto reposo— concluyeron los médicos, y con esta declaración pretendieron más bien ilustrar la gravedad de la situación y no darles muchas esperanzas.

La angustia de la realidad llevó a la pareja a colgar sus esperanzas en Dios, conscientes de que nada podían hacer por sus propios medios. Rogaron por el favor de Dios durante los meses restantes hasta el alumbramiento, siendo apoyados por las oraciones de los creyentes del Consejo de Ciruma, Agua Santa y de todos los caseríos evangelizados hasta la fecha.

El 3 de enero de 1982, a las once de la noche, nació Rubia, después de casi diez horas de trabajo de parto. Nació totalmente sana, en total normalidad, sin ningún tipo de complicaciones, y no hubo un rincón de toda la zona rural de la

costa oriental del lago donde no se comentara sobre el milagro concedido por Dios a la feliz pareja. Esa misma noche el viejo Federico, atormentado por el fantasma de su esposa y en estado de ebriedad, condujo hacia la casa de su hijo Alfonso y los vecinos le informaron sobre el parto. Llegó hasta el ambulatorio médico, cercano a la plaza del indio. Ruth sostenía a la niña recién nacida en sus brazos cuando el viejo entró en la habitación, y Alfonso se estremeció al verlo a su lado, dócil y tranquilo, desecho y ebrio. Tomó a la niña de los brazos de su esposa y la sostuvo mostrándosela a su padre mientras le decía:

— Mira papá— viendo sus ojitos azules— ella es Rubia, tiene los ojos de su abuelo.

Capítulo Seis

A mil quinientos kilómetros hacia el sureste en dirección a La Plata, puerta de entrada del Consejo de Ciruma y toda la zona rural, desde la avenida automovilística que atraviesa toda la costa oriental del lago conocida con el nombre de “intercomunal”, después del caserío Cañaverál, hay una entrada que se extiende a doscientos kilómetros al oeste y guía al Purgatorio.

El Purgatorio es un caserío de no más de cincuenta habitantes, punto ignorado por la geografía nacional y habitado por ancianos que conservan rasgos físicos de los aborígenes que habitaron esas tierras y se niegan a aceptar el paso del progreso. El único beneficio recibido en los últimos diez años de parte de los gobiernos que han pasado por la nación ha sido la construcción de pequeñas viviendas para sus habitantes que cuentan con dos habitaciones, una sala comedor y un cuarto de baño, todas pintadas de un mismo color, azul cielo las paredes y blanco las ventanas, y cercadas con alambre de púas sujeto a estacas de madera enterradas en el suelo y pintadas con cal. Solo una calle atraviesa el caserío y lo divide en dos hileras de casas uniformes. Adornada con el amarillo que florece del araguaney, árbol de mediano tamaño, cuyo tronco puede crecer derecho o torcido, en los bosques del Purgatorio, tierra seca y árida, visitada por la bondad de escasas lloviznas durante la primavera, escasas pero suficientes para el árbol que se distingue por una floración masiva, y se presenta luminoso después de perder sus hojas por la sequía.

Los domingos, el caserío recibe a los hijos y nietos, y la calle se alegra con los juegos de los pequeños que disfrutan la libertad que les niega la gran ciudad. Sólo un anciano no ha recibido visitas en los 16 años que lleva viviendo allí, y en los últimos dos meses su vivienda ha estado vacía. La piel marchita, el cabello ausente, el azul borroso de sus ojos, la mirada débil y el alma rendida, queriendo abrazar la muerte que se esconde y se burla de él. La insuficiencia renal ha hecho estragos en él. Nunca pensó que desearía la muerte con tanta pasión y que le sería tan difícil de hallar. Agoniza desde hace dos días y durante las noches de agonía, delirando de fiebre, litigan los recuerdos cual verdugos insensibles sedientos de venganza.

Sesenta y dos años tenía Federico cuando llegó al caserío El Purgatorio, aunque la apariencia del forastero destilaba un aire sombrío y misterioso, su estado físico era vigoroso, insospechado para todo aquel que pudiera observarlo en este momento. Fue recibido por Guillermo Montero, quien le vendió un terreno con las mismas medidas que tenían todos los terrenos del resto de los habitantes. El gordo Montero, como le decían en el Purgatorio, era obeso y de aspecto rudo, pero contrariamente a lo que reflejaba, demostraba actos de compasión. Era capaz de mostrar empatía con todo aquel que le rodeara, una facultad concedida a quien ha transitado ya los caminos de la tragedia. Y la suya se remonta al 26 de marzo de 1979, cuando un expreso de occidente que había partido del Estado Lara a las nueve de la noche anterior, chocó a las dos de la madrugada contra las barandas del Puente Rafael Urdaneta. No pudiendo estas detenerlo, el autobús cayó a las aguas del Lago de Maracaibo. Para cuando el cuerpo de bomberos de

la ciudad de Maracaibo llegó a la escena doce personas habían muerto ya, y a las cinco de la mañana habían sido identificados sus cuerpos. A las seis el gordo Guillermo Montero cruzó el puente en dirección a la terminal de Maracaibo, y al llegar, se encontró con la noticia y la lista con los nombres de los fallecidos en la tragedia de la madrugada entre los que se encontraba el nombre de Inés María, su esposa.

El gordo Montero sospechó la vida trágica sellada en la mirada de Federico Hernández y, con el tiempo, ambos consolidaron una estrecha amistad. Desde el momento en que la insuficiencia renal amenazó con inutilizar a Federico decidió mudarlo a una de las habitaciones de su propia vivienda y atenderlo. Y hoy, movido por la gravedad del amigo, sospechando que está cerca de cruzar el umbral de la muerte, ha decidido ir al Consejo de Ciruma e informar al hijo de su amigo sobre su gravedad, contando con la aprobación del viejo. Al volver de la diligencia, entra en la habitación y ve al viejo amigo, lleno de compasión se sienta a su lado y antes de permitirle una forzada reacción le dice:

— Ánimo Federico, ésta noche tendrás visita, ahorra tus energías, seguro querrán escucharte.

— Ella...

— ¡Ah! Tienes una nieta preciosa- interrumpe el gordo, ocultando la reacción de Rubia— ¡Es toda una mujer!

Se agita Federico, pero guarda silencio. ¿Para qué preguntar? ¿Para qué agregarle agonía al alma? Después de todo, tal vez esta noche habrá muerto.

<<Rubia...>>, murmura. Suspiro y lamento, culpa y cobardía... Remordimiento. Sentimientos que podrían guiar hacia el arrepentimiento, a sólo un paso de distancia: decisión. Pero tal decisión nace del conocimiento de la necesidad de arrepentimiento y, para obtenerlo, es imprescindible sentir atracción por el perdón, ideal que es atractivo cuando el alma percibe el deleite de sus beneficios. Pero el alma de Federico, acorazada de argumentos lógicos y racionales para él, propios de quien acepta la fatal condición como merecida e ineludible, consecuencia de los malos actos cometidos en nombre de la amargura, no los percibe. Expone su discurso el “estoy pagando todo el daño cometido” y grita el “este es el infierno que merezco”. Canta el lamento y danza la culpa, se excita la cobardía, hiere el remordimiento. ¿Dónde está la muerte escondida?

<<Rubia...>>

Duermen sus ojos, pero el alma se perturba en eterna vigilia.

<<Es toda una mujer>>

<<Tienes una nieta preciosa>>

<<Tiene los ojos de su abuelo>>

Y viaja en el tiempo. ¡Desdichada manía del alma inquieta! ¿Dónde están los límites del tiempo transcurrido? ¿Dónde las riendas del espacio muerto? ¿Quién sujeta el alma en pena?

<<Tiene los ojos de su abuelo>>

Es la voz de Alfonso, es Federico que mira a la niña recién nacida. Es la ternura que quiere despertar, el deseo de ser mejor, la esperanza de un mejor porvenir, la visión de un camino distinto, un nuevo nacimiento que se asoma. Es el recuerdo de aquel día, cuando llegó al ambulatorio justo después del nacimiento de su nieta.

<<Asunción...>>, murmura al ver a la niña y descubrir en él los mismos sentimientos que le despertó la joven de los ojos color café.

<<Asunción...>>, es el alma que vigila mientras sus ojos duermen.

¿Pudo acaso aquella niña llegar a dónde Asunción no llegó?

Alfonso, que mira a su padre mientras sostiene a la niña, capta la chispa que se enciende en su mirada. <<Tal vez mi padre pueda cambiar, hoy puede ser el inicio>> Una vez más, le extiende la mano para ayudarlo. Y se sorprende al ver que su padre aceptó esta vez.

La Lejanía se ofrecía en venta. Federico se hacía cargo de la venta de alimentos para el ganado mientras Alfonso se dedicaba a tiempo completo a la administración de la congregación. Veía a la niña crecer y por ella se esforzaba ignorando la inclinación que sentía hacia el licor y la vida desordenada que apaciguaban su amargura. Era una lucha constante. Despierto lo acosaban pensamientos que cuestionaban su buena intención. A veces mantenerse sobrio era una demostración de su fuerza de voluntad, otras veces era una estupidez que lo rebajaba y hacía sentir débil. Dormido sufría las pesadillas que revivían las

imágenes de su niñez haciéndolo despertar, en ocasiones, con un trágico sabor en el alma y el temperamento alterado.

Era un hombre y dos almas, víctima de una guerra a muerte, sin treguas, sin puntos medios. Intentaba mantenerse ocupado pero algunas noches sucumbía y lo dominaba la sed por el licor, los sentimientos negativos que turbaban su mente y los recuerdos turbios de su vida. Veía a Asunción, a la chica quinceañera víctima de su amargura, pero era Rubia, y de nuevo odiaba el ron o, fortalecido, odiaba a Rubia, cuya mirada amenazaba su naturaleza y propiciaba la guerra. Y en sus ojos veía el vacío de su alma, el lugar dónde debían estar los recuerdos de su madre cuidándolo, acariciándolo, contándole historias antes de dormir, solo así no existiría la indomable bestia que rugía dentro de él.

Algunas tardes colgaba una hamaca debajo del árbol, donde ahora está Alfonso, y cerraba sus ojos y recordaba a Aroa, se veía a sí mismo sentado sobre una roca y desde allí, en su mente, decidía si mirar Quebrada Honda o el Pico el Tigre. Unos días se decidía por el pico, sentía el frío acariciándole el alma y escuchaba a los camioneros llamarlo "el tigre". Ante el recuerdo se despertaba la ansiedad, encendía un cigarrillo para dormirla de nuevo y en cada fumada se escapaban sus inevitables y míseras reflexiones sobre la vida, como si en verdad estuviera sobre la roca en los días de su juventud <<a quién quiero engañar, soy lo que soy... Tal vez eso es la vida, un espejismo, un engaño>>. Otros días, debajo del árbol con los ojos cerrados, decidía mirar Quebrada Honda y encontraba paz por unos minutos <<si puedo cambiar, lo hice una vez, quizá deba abrirme totalmente al amor... ¿Cuánto tiempo durará todo esto?>>. Y al abrir sus

ojos, estaba Rubia a cincuenta metros de distancia jugando contenta; Federico sonreía a medias, observándola, deseando sonreír completamente, pero sus labios sujetos por el pasado tortuoso se quedaban a medias. Miraba a la niña, para quien él era el abuelo, tan indefensa y frágil, linda y afortunada, inocente, digna de un esfuerzo.

<<Vale la pena ser un buen recuerdo para ella>>.

Hoy la calle de Purgatorio está de fiesta, es domingo. Los niños juegan al escondido.

— ¡A la cuenta de treinta voy a buscarlos!— son los gritos de un niño que cubre sus ojos con las manos de espalda al resto que, a la voz, corren a esconderse. Algunos escogen los araguaneyes como escondites. El gordo Montero los observa sonriendo, sentado en el patio de su casa. El clima cálido lo abraza y un cristofué deja escuchar el eco de su silbido entre las amarillas hojas de los quietos araguaneyes, árboles testigos de antaño, guardianes del caserío y sus secretos, vigilantes de la calma.

<<Mientras exista un araguaney sobre estas tierras, habrá Purgatorio>>

Recuerda el gordo Montero el dicho que por generación ha sido pronunciado y que él ha heredado, al igual que el carácter del araguaney, que está impreso en su temperamento. Guarda el secreto de Federico, sin prejuicios, esperanzado en que en el lecho de muerte su anciano amigo pueda encontrar la paz que necesita y purgar las penas de su alma. Se escucha el silbido del ave cuyo sonido pronuncia su nombre: “cristofué”, silba el ave; se pueden purgar las

penas porque Cristo fue. Se levanta el gordo para vigilar la agonía del moribundo, lo encuentra sudando de fiebre.

<<No te escondas Federico, que no comienza el conteo>> murmura al verlo, pensando aun en los niños que juegan afuera. Una brisa se cuele por la ventana, trayendo el aroma de las flores amarillas del araguaney y el eco del silbido del ave.

<<Rubia>> murmura el anciano en lecho de muerte y él se queda a su lado, sabiendo dónde está su alma, deseando trasladarse con él y recordarle que sólo delira, que soporte unas horas, pues él confía en que esta noche podrá descansar.

Y mientras tanto, Federico recuerda esa noche...

¿Cómo explicar qué pasó por la cabeza de Federico esa noche? La ansiedad y la presión de su mente eran tan grandes que necesitó acudir a su botella de ron aparentemente olvidada. La confusión de su alma no se acalló con el licor, y la ansiedad y el dolor se hicieron más fuertes. Su corazón y voluntad luchaban ferozmente contra su carne, y el tigre de antaño, que creía adormecido, desgarraba su alma y lo destrozaba.

Los pensamientos, los deseos, recuerdos y sentimientos le embotaban la mente, y el alcohol llenaba sus venas y le hacía presa del tumulto de su alma.

El deseo le arrebató el juicio, y el animal que una vez había sido despertó con fiereza. Se dirigió a la habitación de Rubia y abrió la puerta bruscamente.

Palabras gritadas sin sentido llenaron la estancia. Los ojos de Rubia, aterrorizados, trataban de entender qué estaba pasando.

¿Cómo explicar qué sucedió en esa habitación esa noche? La inocencia de Rubia le fue arrebatada, y su alma se rompió en mil pedazos, y fue sumida en el dolor. Su mente era incapaz de entender qué había pasado, y sólo era capaz de llorar asustada, temblando, sintiendo la sangre bajar entre sus piernas.

Allí, el hombre que parecía haber aprovechado la oportunidad que la vida le ofrecía de ser feliz, rechazó cualquier atisbo de felicidad, dejando caer como una losa sobre él, el peso de su acto atroz.

<<Rubia>> Es un grito ronco, cansado, abre sus ojos.

—Tranquilo amigo, todo estará bien— es el gordo Montero quien le habla, reconoce su rostro tras la imagen borrosa a causa del sudor que empaña sus ojos cayendo de su frente, de las lágrimas que intentan lavar el alma...

— No Montero, nada está bien, nada estará bien— es Federico, resignado a su tormento.

Guillermo guarda silencio, dejando escuchar el conteo de los niños que juegan al escondido “cuento treinta y los busco”, se escucha el paso de la brisa entre las ramas del araguaney y el eco del silbido de un cristofué.

— No viejo, mientras exista un araguaney sobre estas tierras habrá Purgatorio; mientras exista vida, hay esperanza.

Federico cierra los ojos.

<< ¿Dónde está la muerte, por qué se burla de mí?>>.

Segunda Parte

Capítulo Siete

El sol no despertó aquella mañana. El cielo amaneció vestido de gris y las montañas que bordean el valle parecían borradas del horizonte. La primavera de mil novecientos noventa y dos es recordada como “el abril gris”. Nadie sospechó que la esperada lluvia matutina que da comienzo a la primavera sería más bien el inicio de un devastador aguacero de seis días sin interrupción que causaría el desbordamiento de algunos ríos y la consecuente inundación de los pueblos de Piedrita, Cañaveral, Rivera y Corral de Navas. Los habitantes de esos pueblos fueron obligados a desplazarse hasta Agua Santa y el Consejo de Ciruma, donde se les brindó refugio hasta que cesaron los aguaceros y pudieron volver a sus casas. La catástrofe dejó un saldo de cuatro muertos y el terror en el alma de los habitantes de los pueblos afectados, terror que despierta cada abril, cuando cae la primera lluvia de la primavera.

Había sido el mes favorito de Rubia. Cada año se levantaba al sentir la lluvia caer y ese día se ausentaba de clases.

<<La primera lluvia de abril limpia el alma>>, decían los ancianos del valle, y Rubia lo había creído desde su niñez. Corría hasta el patio y allí extendía sus brazos hacia el horizonte, de cara al cielo, con los ojos cerrados, sintiendo la lluvia caer sobre su cuerpo. Al detenerse la lluvia, respiraba con melancolía, inhalando el primer aroma del aceite que segregan los cabimos durante la primavera, al mismo tiempo que los tímidos rayos del sol matutino de abril se reflejaban en sus lindos ojos azules, como si ellos fueran un pedacito del cielo. Pero así como nadie

sospechó que la primera lluvia de la primavera del noventa y dos sería el inicio de un prematuro y trágico invierno de seis días, tampoco los padres de Rubia sospecharon la razón por la que esa mañana ella no había salido de su habitación para disfrutar de su acostumbrado ritual.

Fuera de la habitación Alfonso y Ruth extrañaban al viejo Federico.

<<A esta hora debería estar en la cocina sirviéndose un café o sentado en la sala leyendo el diario>>, pensaba Alfonso.

Caminó hasta la habitación de su padre. Después de tocar repetidamente y cada vez con más fuerza la puerta, se dio cuenta de que estaba sin seguro. Entró con cuidado y notó la ausencia de sus pertenencias.

<< ¿Será posible qué...? ¿Se habrá ido?... ¿Por qué?... ¿A dónde?...>>

Ruth entró en la habitación de Federico y encontró a su esposo Alfonso sentado sobre la cama, cabizbajo y pensativo.

— Tal vez sólo decidió viajar por algunos días— le dijo para tranquilizarlo, sabiendo que incluso tal sugerencia despertaría grandes interrogantes.

A las nueve de la mañana la lluvia que había irrumpido sobre el valle antes del amanecer continuaba cayendo. Alfonso desayunaba junto a Ruth, y pensaba en su padre.

<< ¿De viaje a dónde? ¿Por qué sin avisar?...>>

La preocupación le hizo olvidar que era viernes y debía visitar a algunas familias de la congregación en Agua Santa. Ruth se lo recordó con el propósito de distraerlo de sus pensamientos, y lo logró. Tan pronto terminó su desayuno, Alfonso se levantó y se despidió de su esposa para cumplir con sus compromisos. Ruth, sentada aun, tomó consciencia...

<< ¡Es la primera lluvia de abril!>>

Tocó con insistencia la puerta de la habitación de su hija.

— ¡Rubia! ¡Levántate!

Segundos después la puerta se entreabrió a causa de los golpes. Ruth se asomó entre la penumbra sin atreverse a encender la luz, manteniéndose en el límite de la entrada.

— Rubia, ¡hoy es el día! ¡Está lloviendo! — le dijo dulcemente.

Rubia ya la había escuchado tocar. Pero se sentía sin fuerzas para levantarse, sin aliento para responder. Ya había escuchado las gotas caer sobre el techo y golpear ocasionalmente, y guiadas por las ráfagas de viento, la ventana de su cuarto. Ya había abierto sus ojos en la oscuridad y había querido sonreír, había querido salir corriendo y, fuera de la habitación, contemplar por segundos el horizonte nublado y empañado, bautizado por las aguas que el cielo no había podido sostener y que, por consiguiente, caían bendiciendo la tierra, limpiando el alma de los seres aquí en la tierra. Rubia había querido que lo vivido la noche anterior no hubiera sido más que una pesadilla que olvidaría al extender sus

manos hacia el horizonte bajo la lluvia. Pero apenas intentó levantarse, el dolor en su vientre evidenció lo que resultó ser la realidad. Y una vez más había llorado, escuchando la lluvia caer, con los ojos abiertos e inundados de oscuridad. Y había cubierto su rostro con una almohada para que su llanto no se escuchara y para no escuchar más la lluvia caer sobre el techo y golpear la ventana, pues el eco del agua golpeaba también su alma. Había cubierto su rostro para no sentir el dolor de la oscuridad. Todo su intento había sido inútil: escuchaba aun la lluvia, sentía aun el dolor y escuchaba también a su madre.

— No me siento bien, mamá— musitó.

— ¿Vas a quedarte en la cama?

— Sí, por favor...

— ¿Quieres que te traiga algo?

— No gracias, sólo quiero dormir...

Ruth cerró la puerta. Sospechó que tal vez la partida de Federico no había sido en la madrugada sino la noche anterior y que quizá Rubia sabía algo al respecto. Ya después del mediodía se asomó de nuevo a la habitación de Rubia.

— Rubia, cariño, tu papá se ha ido a visitar algunas familias en Agua Santa, yo voy a pasar la tarde con tu abuelo Emilio. ¿Te gustaría acompañarme?

— No mamá, me quedaré en la habitación.

— De acuerdo. Vendré a las seis de la tarde, recuerda que esta noche vamos a la iglesia porque usted, señorita, no fue anoche...

Estas últimas palabras dichas por Ruth con cierto tono de dulzura e ironía, alimentaron el sabor amargo en el alma de Rubia. Escuchó la puerta cerrarse y a su madre alejarse en el auto. Encendió la luz de la habitación con miedo y descubrió, al levantarse, sangre seca entre las sábanas y sus piernas. Se asustó, nerviosa revolvió toda la cama hasta deshacerla por completo. Cogió las sabanas y se encerró en el baño; tenía el corazón encogido por la ansiedad y la mente embotada de tanto miedo y llanto. Encerrada en el baño lavó las sabanas, su ropa y su cuerpo, frotando con fuerza mientras dejaba que las lágrimas acompañaran el agua y el jabón. Al salir del baño y encontrarse de nuevo en la habitación, con la ropa húmeda y las sábanas entre las manos, miró la puerta que debía atravesar para tender la ropa y, por primera vez en toda su vida, sintió el miedo de vivir, de enfrentar al mundo, y el miedo la paralizó...

<<Él podría estar afuera>>

“Tu papá se ha ido a visitar a unas familias...” “Voy a visitar a tu abuelo Emilio...”. Había dicho su madre.

<<Estoy sola>>

Su corazón se aceleró y su respiración se hizo honda y afligida. Sus ojos fueron los primeros en reaccionar, ardían, las lágrimas quemaban, adentro, en el alma, dónde nacen; quemaban afuera, en las mejillas, por donde ruedan. Ella, vulnerable y pequeña se quedó quieta con la mano sobre la manilla de la puerta,

sin sentirla. No sentía la mano, aunque pesaba, no sentía la manilla, aunque estaba fría. Ya no escuchaba la lluvia gotear sobre el techo y ya no sentía su corazón acelerado, aunque latía a mil por segundo, ya no sentía el ardor en sus ojos ni las lágrimas rodar, pero rodaban, compitiendo unas con otras, desbordándose angustiosamente cuesta abajo, hasta llegar al piso, como lo hace la lluvia que se desborda del cielo. Su alma se hacía más pesada, como una roca, como una montaña, como las montañas de Las Mercedes, montañas que guardan secretos. Finalmente, abrió la puerta y salió de la habitación, cruzó la sala, luego la cocina, pasó frente a la habitación del abuelo y llegó hasta el patio donde está la lavandería. Allí se detuvo de frente al paisaje.

La luz del día era débil y bañaba con timidez el horizonte, levemente empañado por la llovizna de ritmo curioso: gradualmente aumentaba, transformándose; las pequeñas y delgadas gotas que reflejaban fragilidad mutaban en gordos, violentos y acelerados goterones, luego, volvían a ser llovizna casi silenciosa, que susurraba el sonido del cielo. A lo lejos, las montañas parecían borrarse y dibujarse nuevamente. La lluvia danzaba a su antojo como presumiendo de libertad entre los mortales.

Es hermoso el sonido de la lluvia, es como si ríos corrieran sin cauces por el aire, como una melodía que calma el alma y la mantiene despierta, despierta y tranquila. Es grato el olor de la lluvia, es aroma de tierra virgen y primitiva, como si todavía estuviera fundida con los mares, es el perfume con el que tal vez se perfumó la tierra en el principio. Pero Rubia solo está frente al paisaje, sin observar ni percibir. Para ella aun es de noche. Cuelga la ropa en el tendedero

bajo el techo y regresa a paso acelerado a la habitación. Rompe el orden con el que la había mantenido por años: tira las fotografías a la basura, guarda las muñecas que exhibía, quita las persianas rosas con las que cubría la ventana, mueve la cama al rincón opuesto al que estaba y limpia una y otra vez la habitación hasta quedar exhausta y sentir que no es el mismo cuarto en el que había dormido la noche anterior. Cuando termina, trata de dormir pero no puede; toma uno de los muchos libros que su padre le ha regalado y al ver la portada y leer 'La Biblia, versión ilustrada' lo devuelve a su lugar y toma otro. Sin mirar el título camina con el libro en sus manos hacia la sala. Se sienta sobre su butacón preferido e inicia la lectura. Quince minutos después está durmiendo.

Dormida es de noche, dormida confunde el presente con el pasado que respiró del aire del presente apenas hace algunas horas. Dormida vuelve a la noche anterior, la oscura habitación se hace pequeña, la puerta se abre lentamente y rompe el silencio nocturno, ella cubre su cuerpo con la sábana y su rostro también, no quiere ver quién entra. Pero a través de la sábana ve la silueta, entonces, cierra sus ojos pero y aun así ve la silueta y siente una mano sobre ella, la mano le agita el cuerpo y ella tiembla, la habitación aprieta, las paredes se encogen a la medida de su cuerpo, ahogan, la noche es cada vez más espesa y se introduce en ella. Escucha la voz que quiere olvidar, la escucha susurrar su nombre justo detrás de su oído. De pronto ella es la noche, también el miedo, el miedo que llora... Escucha la voz, una, dos, tres veces, cada vez más fuerte...

— Rubia... Rubia...

Abrió sus ojos y dejó escapar un grito que silenció por segundos el sonido de la lluvia. La noche, la habitación, el miedo, las lágrimas, la silueta... Todo era un sueño. Pero seguían adentro, en su alma. La voz era su padre...

— Rubia, tranquila, era sólo un sueño, ya estás despierta, estás en los brazos de papá. Ya Rubi...

La mano de su padre ascendía y descendía con amor frotando su espalda, intentando calmarla. Rubia, entre los brazos de su padre, mantenía sus ojos abiertos, llena de terror. La voz de su padre le parece ahora como la del abuelo, su rostro y su respiración, es como la del abuelo, y sus manos... sus manos se sienten como las manos del abuelo...

Abril del noventa y dos... Recordado en el pueblo del Consejo de Ciruma por los seis días de lluvia ininterrumpida.

“Seis días de lluvia hicieron renacer al valle... Seis días y al séptimo descansó el cielo... Como en el principio de la creación...” Cuentan los ancianos y sentencian: “Es que el alma del valle necesitaba una buena limpieza”.

Abril del noventa y dos, seis días de lluvia, invierno prematuro... Abril gris... Invierno en tiempo de primavera... Como el alma de Rubia: gris, prematura... Invierno en primavera.

Capítulo Ocho

Las flores rojas del ceibo, las amarillas del araguaney, la cayena: arbusto de dos metros de hojas simples y sus flores dobles de color medio morado. El verde del monte, sabana a lo lejos, montañas más allá. El samán y el cedro. El canto de los turpiales que anuncian el amanecer, el silbido del cristofué y el alboroto de los pericos que cruzan el cielo, que van o vienen. El chupaflor bailando entre las flores de las cayenas, las aves escondiéndose entre las ramas de los árboles agitados levemente por la brisa... El mugido de las vacas, manchas marrones y negras en el horizonte lejano... Todo fundido en un solo paisaje.

¡No hay vista más hermosa! ¡Obra de arte natural! ¡Espontánea e insuperable! ¡Escultura viva!

No hay artista que pueda igualar sublime cuadro, tal vez hubo un autor, tal vez es la marca de lo divino. Y puede contemplarse a través de cualquier ventana en cualquiera de las casas construidas sobre el valle cuando es primavera en el jardín del Zulia, estado occidental de Venezuela. ¡El Consejo de Ciruma! Hogar soñado por todo poeta, por los peregrinos que buscan la paz del alma, la tranquilidad del espíritu. Es el caos de la tranquilidad y la armonía. Es el concepto exacto de belleza; belleza que enloqueció una vez a los españoles, cuando creyendo haber descubierto un continente se vieron descubiertos por la naturaleza superior e indómita. Es el espíritu de la primavera que no muere, solo descansa y duerme, pero despierta y se mantiene viva porque juró ser eterna y ni siquiera el

prematureo invierno del abril gris pudo ahogarla; primavera bella, recia y armoniosa como lo fue una vez Rubia: bella, recia y armoniosa.

Cuando terminaron aquellos seis días de lluvia el alma del valle nació de nuevo dando paso a la más hermosa primavera que borró por completo las huellas del verano e incluso las del pesado, anticipado e insospechado invierno. Pero las huellas en el alma de Rubia resultaron imborrables, las heridas incurables; heridas y huellas que alteraron sus sentidos y le impidieron apreciar la vida, la hermosura del valle y la propia, llegando así a despreciarse. Algunas noches, la oscuridad se fundía con el dolor para ahogarla, eran noches de llanto silencioso, en las que descubrió que encender la luz era inútil contra la oscuridad. Los días pasaron, y con ellos, no llegaron noticias del abuelo. Cada vez que se comentaba el tema en casa, Rubia parecía desaparecer. Se fue volviendo callada y taciturna, como lo había sido Alfonso en su juventud.

Ruth la miraba de lejos, sin saber cómo acceder a ella. Los intentos que había hecho de acercarse a su hija habían resultado estériles. Ella achacaba su estado a la pena por la partida del abuelo, y las veces que había tratado de hablarle del tema no habían conseguido mejorar su estado. Finalmente, pensó que tal vez podría ayudarla regalándole un diario.

<<Así podrá desahogarse, aunque no sea conmigo... quién sabe si esto la puede ayudar a expresar sus sentimientos...>>

Rubia recibió el regalo con suspicacia, y guardó el libro de tapas estampadas en un cajón de su mesita de noche, no pensando en darle uso.

Después de unos días, sin embargo, sintió la necesidad de romper su largo silencio, lo abrió, y comenzó a escribir:

“Hoy he decidido usar esto que me ha regalado mamá. No sé muy bien qué contar... mi vida es monótona y aburrida: no me gusta la escuela, no me gusta la iglesia, no me gusta mi casa, pero tengo que estar en todos estos lugares sin rechistar. Me gustaría poder volar entre las montañas y conocer otros mundos, otras gentes... seguro que hay un lugar tranquilo en el que sería más feliz...”

Se detuvo un momento y pensó que lo que hacía era ridículo, pero el sentimiento contradecía su pensamiento. Leyó lo recién escrito y pensó que aquella hoja era como una ventana y a través de ella podía asomarse y respirar aire fresco. Sintió que ya no podía detenerse, también sintió el dolor de su silencio y entonces pensó en el diario como en una amiga muda, con la que podía contar, sobre quien podía dejar las cargas de las palabras de su silencio.

“¡Estoy harta de ir a la iglesia! ¿Por qué no puedo ser cómo las demás personas normales? ¿Por qué mi padre tiene que ser pastor? Si al menos sólo tuviera que ir una vez a la semana... ¡¡Pero me obligan a ir casi cada día!! ¿No se supone que somos libres para escoger en qué creemos? Pues yo sé en lo que no creo: si Dios fuera como ellos dicen no hubiera permitido que me pasara esto... pero ese día debía estar en la iglesia... Y son todos tan santitos y me miran de esa manera... y no tienen ni idea de nada...”

Había días en los que acudía casi desesperada al diario, escribía con necesidad, con fuerza. Se detenía por unos segundos para darle reposo a su

mano y a su corazón desbocado y seguía escribiendo, tenía tanto que sacar, tantos sentimientos reprimidos y pensamientos intensos que la sentía torpe e insuficiente.

El diario la hacía sentir libre: no la juzgaba por sus palabras, no mostraba prejuicio ante sus sentimientos, aunque estos parecían contradecirse en ocasiones:

“Me gustaría ser como antes... Feliz... Correr y jugar... Bañarme en la lluvia... Hace unas semanas cayó sobre el valle la primera lluvia de la primavera, pero no se detuvo... Tal vez me esperaba... Tal vez deseaba que me sumergiera entre las gotas que caían apresuradamente, seis días de lluvias, pero no pude hacerlo... ¡Es tan estúpida la creencia de que la lluvia puede limpiar el alma!, de que la primavera anuncia el renacimiento del ser... Yo ya no puedo renacer... Me gustaría... Pero es imposible... Si tan solo pudiera retroceder el tiempo, si no hubiera ocurrido... ¿Para qué seguir pensando en tonterías? Ya está hecho, estoy manchada, no valgo nada. ¿Qué puedo hacer? ¿Olvidar? También es imposible, he querido hacerlo, pero... Cada calle de este pueblo... Cada rincón de esta casa... ¡Por qué a mí! Me gustaría irme de aquí, dejar todo esto atrás y empezar de cero...”

Escribía y escribía. Y en ocasiones lloraba hasta quedarse dormida. Un día, al despertar, vio el diario junto a la almohada, lo guardó de nuevo dentro del cajón de su mesita de noche, observó el libro con melancolía unos segundos antes de cerrarlo. Luego del baño, ya lista para ir a clases, todavía dentro de la habitación

se sentía más ligera, se sentó frente al espejo para peinarse y sintió dolor al verse reflejada, sintió rabia. Dio la espalda al espejo y continuó peinándose. Salió y desayunó junto con sus padres en absoluto silencio. Luego Alfonso la llevó al liceo.

Capítulo Nueve

Días...Semanas...Meses. El tiempo... Transcurre sin treguas, a veces se le percibe lento, otras veces acelerado; cierto es que no se detiene, tampoco muere. Pasado y presente suelen fundirse y así el pasado se hace presente en el espacio de la mente y mezclados son como un atentado contra el futuro que, muchas veces, deja de existir por no tener espacio en la mente.

Para Rubia, ocho meses fueron como un solo amanecer, y su mente un espacio en conflicto.

El primero de diciembre abrió la ventana de su habitación para recibir la brisa de diciembre, un poco más recia y notablemente helada. No recordaba ya cuándo había sido la última vez que había abierto la ventana. Apoyó sus codos sobre el marco dejando caer su rostro sobre las palmas de sus manos, sintió el frío acariciar su cara y, sutilmente, los recuerdos asaltaron su mente, hasta entonces habían estado congelados en su alma fría, como la brisa. Desfilaron los diciembres de sonrisas, de regalos e intercambios, evocó el aroma del guiso de hallacas.

Observó a través de la ventana las casas a lo largo de la calle, adornadas con luces. En algunas se veía a las familias en el afán de la decoración, en otras se exhibían réplicas rurales del nacimiento del “niño Dios”. Continuaban los recuerdos desfilando, colgándose de alguna imagen a través de la ventana, y entonces apareció de nuevo la razón por la que debían permanecer congelados en el alma. Cerró nuevamente la ventana y pensó que también su alma debía

permanecer cerrada. Después de un baño se sentó frente al espejo y como en ocasiones anteriores, le dio la espalda. Su mirada reposó sobre la mesita de noche y, de un impulso, abrió el cajón que había permanecido cerrado por casi un mes, sacó el grueso diario y sentada en la cama comenzó a escribir: necesitaba hacerlo. Si bien hasta ahora escribir en su diario no le había ayudado a olvidar la noche en que fue abusada, y tampoco le servía para encontrar respuestas a sus agobiantes interrogantes, por lo menos le ayudaba a drenar sus amargos sentimientos por momentos.

“Odio los espejos, odio mirarme en ellos. Me han dicho que soy linda, que tengo cara de ángel, que me veo tan inocente y tiernita. Tengo que soportar a esos tontos creyentes que dicen: ¡ay la hija del pastor, tan linda! Si supieran que los odio, los odio, ¡los odio a todos! Aborrezco a Marcos, ese baboso del liceo que me mira con cara de idiota y me dice cosas. ¡Qué clase de estúpida cree que soy! Y Mariana que me dice: Rubi, Marcos te está mirando, tan lindo que es Marcos, ¿por qué no te empatas con Marcos?... Marcos... Marcos... Marcos...”

Y yo odio que me digan Rubi. Si a Mariana le parece tan lindo Marcos, ¿por qué no se hace novia de él? A mí no me interesa Marcos, yo no quiero tener novio. A veces odio a Mariana también, no quisiera odiarla, pero es que es tan fresita, siempre hablando de sus sueños, de su vida feliz, siempre en su mundo; yo no tengo mundo, sólo esta habitación. Odio tener que ir al liceo también, quisiera terminar mis estudios para no ir más, para irme de este pueblo. Odio este pueblo...”

Sus manos temblaban, llevaba tiempo llorando. Dejó de escribir para secárselas y levantó el rostro encontrándose con el espejo. Cerró violentamente el diario y estuvo a punto de lanzarlo contra el espejo. Pero en cambio, lo abrió de nuevo y, tras un punto y aparte continuó escribiendo sobre la misma hoja.

“... Hasta hoy estará ese espejo en mi habitación. Cada vez que me miro me siento...”

Y papá que me dice: Rubi, niña linda, tienes los ojos de tu abuelo. Y Mariana con su: Ay, Rubi, si mis ojos fueran azules como los tuyos. Y viene Marcos a decirme ayer: Lo más lindo de ti son tus ojos. ¡Es que no soporto al sonso ese de Marcos!

Si supieran que odio los espejos por eso, porque me obligan a ver el reflejo de mis ojos. Me gustaban mis ojos antes; eran azules como el cielo, para mí el azul era el color de la libertad, de la inmensidad, pero eso es una tontería... El azul es el color de los ojos de... del viejo Federico y cuando veo mis ojos en un espejo... lo veo a él. Y lo odio, lo odio más que a nada en este mundo. No es mi abuelo, es solo un viejo asqueroso. Hoy le diré a papá que no me diga mas que tengo los ojos de ese viejo asqueroso...”

Alguien tocó la puerta de la habitación. Rápidamente cerró el diario y lo escondió en su lugar. Ruth se asomó a la habitación.

— Rubi, niña linda, Mariana te está esperando. Date prisa que vas tarde a clases.

— Dile que ya voy. Por cierto, mamá, ¿podrías sacar el espejo del cuarto antes de que yo regrese? Ya no me gusta ese espejo.

— Está bien Rubi, no te preocupes la próxima semana te regalo otro.

— ¡No! No quiero otro espejo... Con el que está en el baño es suficiente... Es que me gustaría despejar más el espacio de la habitación, no sé, la veo cargada... Y mamá... Te he dicho que no me gusta que me llames Rubi. ¡Ya no me trates como a una niña! No soy una niña.

— Es cierto eres toda una adolescente. Pero para mí serás siempre mi niña linda— Respondió Ruth sonriendo para esconder su melancolía.

La verdad es que desde hacía unos meses Ruth extrañaba a la niña dulce y cariñosa, sonriente y cálida que una vez fue Rubia. La actitud de la niña era una constante en sus preocupaciones y en las pláticas con Alfonso. En el afán de encontrar el porqué de sus actitudes y la forma cómo desenvolverse con la niña adolescente, ellos no encontraban otra razón que la de “son cosas de la adolescencia”. Algunas veces Ruth la percibía más fría y los destellos de cariño que según la ocasión insistía en mostrarle para intentar romper su frialdad parecían ser asimilados por Rubia como puñales que se incrustaban en su alma, y ante ellos, respondía con más frialdad aún.

<<Es como si fuéramos sus enemigos>> pensaba Ruth. Optó por informarse sobre la confusa y complicada etapa de la adolescencia, pero aun así se sentía torpe y lastimada por la distancia que la niña marcaba, creando entre ellas un abismo cada vez más profundo.

Ruth cerró la puerta y volvió a la sala. Diez minutos después salió Rubia y se despidió de ella con un frío “chao, recuerda sacar el espejo de mi habitación”. Y Ruth la vio alejarse con su amiga Mariana, extrañando una vez más las mañanas en las que la niña se despedía con un beso y un abrazo.

Capítulo 10

Días... Semanas... Meses... Años...

Se reduce el mundo cuando se vive sin propósitos; se vive sin propósitos cuando vivir pierde sentido. Se pierde el sentido de vivir cuando las heridas del alma no se admiten y no permitimos que sean tratadas.

¿Cómo pueden éstas cicatrizar cuando el mismo ser humano se empeña en desconocer la gravedad de sus heridas, incluso la existencia de sus heridas? ¿Cómo cicatrizan si el ser humano se empeña en caminar a otras direcciones, guiado por el mismo dolor que emana de ellas, exponiéndose a aventuras en las que nuevamente podría sangrar?

¿Cómo cicatrizan si desde el momento en que el alma es herida el ser humano se niega incluso a mirar la vida buena, bien vivida, bonita, la vida que fue mucho antes de las heridas?

<<Quién bebe del agua del Arroyo del Cardón vuelve siempre al Consejo de Ciruma, por mucho que intente resistirse y sin importar las razones por las que lo haga>>, así dijeron una vez los fundadores del pueblo y aun continúan diciéndolo sus habitantes...

¿Qué sucede con quién ha bebido del amor y la bondad de la vida y luego intenta alejarse de esa realidad, ciego y herido? ¿Podría ser finalmente atraído por el amor y la bondad vivida sin importar cuánto se resista y por qué razones?

En dos años, Rubia caminó en todas direcciones y apuntó hacia cualquier punto cuya posición pudiera traducirse como estar de espaldas a la vida, desarrolló casi inconscientemente dos estilos de vida, por un lado no le quedaba de otra que acompañar a sus padres a la iglesia y aparentar estar conforme, pero tan pronto estaba fuera de la vista de ellos permitía la oscuridad en su alma, que se traducía en su lenguaje, en su comportamiento, incluso delante de sus padres algunas veces dejaba escapar su rebeldía, y aunque ella no lo sabía su rebeldía no era más que un intento por silenciar el rencor que gritaba desde su alma. Algunas noches se hacía consciente de su dualidad y esas noches eran para ella como el sudor de todo el rencor reprimido que insistía en ignorar. Se entregó a un “qué mas da, debo seguir viviendo”, y ya a sus quince años, había decidido que el viejo no merecía ni su rencor, porque tal sentimiento la seguía uniéndolo a él. Aun así el rencor seguía dentro de ella, latiendo, con corazón y vida propia, empañando sus actitudes.

Una de esas tantas noches en las que el rencor sudó fue precisamente la noche de sus quince primaveras: el 3 de enero de 1995. Había insistido con fuerza y expresado de mil maneras a sus padres que no quería una celebración y creyó que los había convencido. Así, aceptó en son de tregua un paseo con ellos al famoso Arroyo del Cardón, del que tanto había escuchado y que hasta entonces sólo conocía a través de las pinturas en la galería de artes local.

Al llegar, notó un cierto aire de magia en el lugar, o tal vez lo percibió de esa forma por las historias escuchadas al respecto. El arroyo, alimentado por las aguas de todos los ríos que pasean en la inmensidad del valle, parecía interpretar

una dulce y suave melodía de amor, sus aguas puras y cristalinas, tenían el efecto de un espejo pulcro y fiel. Adornaba la sabana, desde allí podía observarse el verde del pasto adueñarse de todo el horizonte e ir evolucionando en la distancia hasta percibirse los grandes y legendarios cedros que parecían señalar el mítico camino hacia la tierra de los cabimos. Justo en el lugar donde el indio Ciruma examinó al niño Santiago había un monumento idéntico al de la plaza del indio, sólo que la leyenda al pie del monumento no expresaba las mismas palabras, aunque sí tenía el mismo tono mítico:

<<Quien beba del Agua del Cardón estará ligado para siempre al Consejo de Ciruma>>

Rubia lo leyó y sintió terror. Fue suficiente para decidir mantenerse al margen del arroyo. Su padre tuvo que insistirle mucho para que se sentara a su lado en la orilla del arroyo. Finalmente lo hizo y encontró otra razón para guardar distancia: el arroyo reflejaba su imagen y el color exacto de sus ojos que se confundía con el azul del cielo sobre las aguas cristalinas. Aguardó con paciencia y disimulo la hora de volver a casa, como lo hacía cuando estaba en ánimo de tregua. Paciencia y disimulo eran unas de tantas habilidades que desarrolló gracias a esa doble vida que a veces pesaba, y pesaba a morir.

De regreso a casa respiraba aliviada de que ya terminaba el día que había percibido como el más largo de su vida. Sin embargo, se sentía complacida de haberlo superado sin enfrentar una celebración formal de cumpleaños con todo el peso que pudiera traer consigo el hecho de que era el número quince, edad en la

que por medio de un ritual de celebración se presentaba a la quinceañera como toda una señorita ante la sociedad, y ella había sentenciado que ni era señorita y que le importaba un pepino la estúpida sociedad. Apenas divisó la casa a lo lejos se encendió en ella una ansiedad que le reclamaba el encierro en su habitación y derramar su alma sobre las páginas de su diario. La ansiedad aumentaba mientras la distancia se acortaba. En cuanto su padre estacionó el auto bajó, y como un relámpago, atravesó la lavandería, la cocina y apenas se adueñó de la manilla de su habitación para abrir la puerta y entrar alguien encendió la luz de la sala y escuchó un grito como de mil voces en coro diciendo: “sorpresa”. La primera en acercarse, sin darle tiempo si quiera a asimilar el cuadro frente a ella, fue su amiga Mariana. La abrazó felicitándola y apoyando su rostro en el hombro de Mariana fue reconociendo uno por uno los rostros que estaban frente a ella con sonrisas enfáticas mirándola con emoción. Vio a Marcos, luego María, Elena, Carlos, Juan, hasta darse cuenta que todos los compañeros de clase estaban allí, luego vio a los que asistían a la congregación y que nada tenían que ver con su verdadera vida. La sala parecía una celda de cárcel con una cantidad de reos mal distribuidos y oprimidos por la falta de espacio. En los segundos en que Mariana la mantuvo abrazada vio a casi una docena de los invitados con globos armados, y toda clase de adornos salir hacia el porche, escuchó a uno gritar “rápido, vamos a acomodar las sillas y las mesas”, y lo vio con una pila de gente cruzar hasta la lavandería. Comprendió que no había notado nada por la rapidez con la que entró. La decoración en el porche fue veloz como si aquellos hubieran consagrado toda la vida para ese momento. Cuando Mariana la soltó estuvo a punto de estallar de ira y echar de su casa a todo el mundo. Giró hacia la lavandería para empezar la

limpieza de tan incómoda multitud y encontró a sus padres de frente, abrazados el uno al otro mirándola con una sonrisa de tontos adultos dibujada en sus rostros. En un segundo se libró una batalla de cien años en su alma y supo que la había perdido desde el momento en que, por tregua, había aceptado ir al paseo del Arroyo del Cardón, comprendió una vez más que sólo podría ganar su guerra cuando estuviera lejos de ellos y lejos del pueblo.

Se resignó a la fiesta con cara de alegría y con el orgullo de que su resignación había sido su decisión. La noche transcurrió sin que ella hiciera algún esfuerzo por grabarla en su memoria para recordarla. Fue una noche más y la habría olvidado por completo de no haber sido por las fotografías tomadas y exhibidas en la galería de fotos de la sala, a la que Ruth llamó siempre: “el espacio de Rubi”, y que desde entonces señalaba al mostrarla a sus visitas dividiéndola en dos partes: “la Rubi niña y la Rubi señorita”. Para Rubia no existía ni el espacio ni la división y esquivaba su mirada de las fotografías cuando atravesaba la sala.

Cuando la fiesta terminó, uno a uno se despidió de ella, algunos con felicitaciones y otros con bendiciones de tono religioso, y ella olvidaba una, tan pronto la otra era pronunciada. Le pareció que el tiempo que había transcurrido con rapidez durante la noche se cansó haciéndose lento en el momento de las despedidas, y cuando terminó, una sola quedó grabada como una puñalada clavada entre el corazón y el alma: <<Hoy las estrellas que más brillan son tus ojos, creo que ahora que eres toda una señorita, ya puedes empezar a pensar en tener novio...>>. Fue precisamente Marcos quien se lo dijo. Con toda su fuerza y su aliento le borró su babosa sonrisa con una cachetada que bien pudo haber

derribado un cedro si este hubiera sido el objetivo. Nadie lo vio y, afortunadamente, Marcos no la sintió porque Rubia limitó el golpe dentro de los marcos de su imaginación; en cambio, le dejó ver una filosa sonrisa que el pobre, ciego de ilusión, quiso interpretar como una chispa de esperanza. Castigó a sus padres esa noche de la mejor forma que sabía hacerlo y tan pronto desapareció la última persona: no dándoles lo que esperaban. Y ellos esperaban una sonrisa de satisfacción, un abrazo de gratitud y un “los amo”, ya no recordaban cuando había sido la última vez que habían escuchado un “los amo” de labios de ella. Al quedarse sola y frente a ellos, les dijo un seco y frío “hasta mañana” que los ahogó en horas de miseria e incomprensión que ni el ya consolador “son cosas de la adolescencia” logró consolar.

Cerró la puerta de su habitación y, apoyándose de espaldas sobre la puerta, lloró, lloró de odio y de rencor, lloró de amor e insatisfacción. Lloró por sus quince años, por haber nacido. Lloró por las palabras de Marcos y por su “hasta mañana” a sus padres, lloró tanto que sus piernas lloraron también y cayó sentada apoyada sobre la puerta. Lloró, y su llanto era un grito mudo de desprecio hacia la vida, lloraba y secaba las lágrimas con la misma violencia con la que éstas salían de sus ojos. Con el mismo esfuerzo con el que un soldado herido se desliza por las trincheras que lo mantienen entre el límite de la vida y la muerte en una guerra cruel, caminó hacia la cama y sacó del cajón de su mesita de noche el segundo diario, el que había comprado ella misma y a solas cuando las hojas del que su madre le había regalado estaban todas ocupadas. Era una réplica exacta, el

mismo estampado, y decidió comprarlo así para sentir que escribía sobre el mismo diario. Tenía mucho que escribir y poco aliento para lograrlo...

“Nadie podría entender cómo me siento hoy...

Hoy pudo haber sido el día más feliz de mi vida. Todas hablan de sus fiestas de quince años como el mejor suceso de sus vidas. Mis padres se esforzaron por organizarme un buen festejo... Y lo fue.

Quisiera decírselo, decirles que todo quedó lindo, darles las gracias...

Pero la verdad es que no pude disfrutarlo. Tal vez nadie lo notó: mi sonrisa era falsa y me sentía incomoda. Todos aplaudieron cuando papá habló diciendo que estaba orgulloso de su “señorita” y todas esas cosas que dijo. A mí en cambio, me pareció que hablaba de otra persona, quizá de quien debí haber sido a mi edad, o de quien fui alguna vez, o de cómo ellos quisieran que fuera... No lo sé. Ya no sé quién soy y ni siquiera quién quiero ser. Si tan solo hubiera alguien que pudiera entenderme...

Es todo lo que escribiré hoy... Estoy cansada. Cansada de llorar, cansada de pensar. Solo quiero dormir y no despertar más.”

Cerró el diario, no lo guardó, tal vez porque no le quedaban fuerzas para otro movimiento o porque no quiso hacerlo. Durmió abrazada al diario. Y durmió sin soñar, sin despertar entre las horas de la madrugada, durmió como hacía mucho tiempo no había dormido. Con un deseo en su corazón, un tímido y silencioso deseo: “si tan solo alguien pudiera entenderme”.

En enero el sol despierta con ansiedad, madruga. Cansado de dormir amanece más temprano de lo normal; sus rayos bañan el valle sin bondad y se impone con fuerza despertando el mundo de las sombras que se apoderan de cada rincón. Los árboles se desnudan sin pudor, dejando caer sus hojas sobre los suelos, compitiendo contra las sombras por conquistarlos. Las flores se esconden tímidamente y el verde reposa. La lluvia se ausenta. El cielo se muestra alegre y pintoresco: en el día resplandeciente y altivo y en las noches coqueto y presumido, vestido de estrellas. La luna crece en enero y alardea de estar en sus mejores noches. Pero es innegable el hecho de que le sientan bien las noches de enero. Perturba a los amantes, a los que aman la vida y aman la muerte, a los que aman el amor e incluso a los que aman el odio. Excita el alma de los soñadores e incita a soñar a quienes han renunciado a hacerlo.

<< ¡Que se extinga mi luz en enero! Será mi muerte, la suerte de la esperanza de un renacer...>> escribió Santiago Morles, el eterno poeta del pueblo, el niño tocado por el indio.

Solamente la brisa conserva su carácter, solamente ella es inmutable. Pasea con gracia y frescura.

Se abren las ventanas en enero desde el amanecer para recibir la compasión de la brisa que regala los últimos aromas de diciembre y parece susurrar a su paso las palabras de poeta: “la esperanza de un renacer”.

Y es lo que necesitaba Rubia a sus quince años recién cumplidos y, sin quererlo, y luchando contra ello, tal esperanza comenzaba a crear un abismo dentro de su abismo. Le pasaba a veces, cuando veía sonreír a sus amigas acompañadas por el chico de sus sueños durante el receso en los pasillos del liceo. Optó por desaparecer durante los recesos. También lo sentía algunas noches cuando abría su diario para escribir y era asaltada por el deseo de que existiera alguien que pudiera entenderla, con quien pudiera conversar con verdadera libertad y ser ella: la melancólica, llena de pasión y lágrimas. Deseaba a alguien a quien pudiera revelar sus interrogantes y mirar a los ojos sin miedo a nada. Alguien que le inspirara sonrisas verdaderas, junto a quien olvidar no fuera ya un arduo trabajo diario, sino que la ayudara a olvidar que quería olvidar para no recordar más el olvido. Se obligó a no escribir sobre el diario con la misma frecuencia para evitar ese sentimiento y solo escribía cuando la carga emocional era tan pesada que no le quedaba respiro para deseos tontos. Se hizo más solitaria, y se confinó más al encierro en su habitación. Pero la soledad pesaba mil kilos más y su tranquilidad desesperaba, tanto como desesperaba chocar contra la realidad de haber olvidado quién era ella realmente, pues los recuerdos de su niñez feliz confabulaban contra ella pestañeando sin ser evocados, como los últimos aromas de diciembre entre la brisa fresca de los eneros de sombras. Y la felicidad hierde cuando no es más que un recuerdo, y cuando el recuerdo no es congruente con la realidad. Toma la apariencia de una realidad que no fue la nuestra y sólo queda el sabor amargo de la que deseamos y que tal vez todavía nos pertenece. Es el sabor amargo de la insatisfacción.

Fue la última semana de enero cuando se hizo consciente de ello e inició la batalla. Por supuesto, un sábado. Los odiaba tanto como al pueblo, tanto como al liceo y a la congregación, tanto como a todo lo que decía odiar. Aun así, prefería los días de lunes a viernes pues por los menos ocupaba sus mañanas en las clases del liceo, donde prefería estar antes que estar en su casa inventando distracciones para ignorar su incomodidad e insatisfacción, distracciones que a veces eran eficaces y otras no tanto. Los domingos eran opresivos, lentos y agobiantes; sus padres insistían en decirle que ese era el día del Señor y ella pensaba o sentía que tal vez tenían razón porque lo que para ella era el domingo estaba ligado a lo que sentía que era ese “Señor Dios”, si acaso existía: opresivo, lento y agobiante. Por si fuera poco, la mayoría de los domingos, luego del servicio dominical, pasaban el resto del día en Agua Santa, en casa de cualquiera de los que se ofrecían para hospedarlos durante la tarde. Así que, en ese sentido, aun cuando odiaba estar en casa, prefería estar allí y no pasar todo el día en un pueblo en el que vivió por tantos años su abuelo y del cual aun se hablaba en las calles. Por otra parte, la mayoría de los sábados, no menos odiados, los pasaba encerrada en su habitación por largas horas, decía también odiar su habitación pero sentía que allí estaba mejor que en cualquier otro rincón de la casa donde sentía a veces que aun rondaba el fantasma del abuelo, la sala la descartó por el sólo hecho de que allí se encontraba con las fotografías agrupadas en el “espacio de Rubi”.

Encerrada en su habitación optaba por escuchar música o encender la televisión, también entre leer un libro o mudar la apariencia de la estancia:

cualquier cosa para ignorarse a sí misma. Algunos sábados era salvada por Mariana y, aunque a veces sentía odiarla también, otras veces era oportuna para matar el día conversando sobre cualquier tontería.

Pero el último sábado del enero de sus quince años, tenía aun en su alma el mal sabor de aquella noche. Despertó temprano, como siempre aunque no quisiera, abrió la ventana para refrescar la habitación y la brisa no solo parecía traer consigo los últimos rastros ya agonizando del aroma de diciembre sino también los de su infancia, y éstos eran como aderezos al mal sabor en su alma. Trató pero no pudo: la música fastidiaba, nada bueno en la televisión, no podía concentrarse en la lectura, muy cansada para cambiar la apariencia de la habitación y Mariana no llegó. Así que estaba sólo ella en la habitación: un saco de recuerdos que removían sus emociones, causando el efecto de un huracán que todo lo mueve, que todo lo perturba, encendiendo el caos, del cual surgió una frase, una que, sin notarlo, había estado presente en las últimas páginas de su diario: <<Ya no sé quién soy>>. Y trató una y otra vez de ignorarla, pero por más que lo intentaba, no dejaba de escuchar el eco de la que una vez fue su voz... <<Ya no sé quién soy, ya no quiero estar aquí... No quiero estar sola>>.

Era como el silencio hablando, amenazando con evaporar la armadura con la que poco a poco había ido vistiéndose para protegerse y que, repentinamente, la lastimaba, originando una extraña confrontación contra sí misma. Por momentos, creía tomar las riendas de sus pensamientos, resuelta a silenciarse a sí misma... <<Pronto podré irme de aquí>>. Pero no era el pueblo, tampoco la casa, ni siquiera la habitación, y lo sabía, de algún modo lo sabía aunque no

quería saberlo... El "aquí" era mucho más cercano: era ella, ella en el espacio, el tumulto de sentimientos en el que se había encerrado. Era ella el espacio, y seguiría siéndolo a dónde quiera que fuera, allá dónde estuviera. Hasta ahora había forjado sus propias trampas, sin quererlo, tratando de sobrevivir, e insistía en argumentar, cayendo cada vez más profundo en las trampas de su alma y su mente... <<Es mejor estar sola, la gente lastima, es mejor no confiar en nadie. No necesito a nadie...>>.

Por más que insistía, no acababa de convencerse, y aunque por momentos lograba silenciarlo, el sentimiento seguía latiendo, respirando, enviando señales de vida. En más de una ocasión estuvo a punto de sacar el diario y escribir, pero lo sabía, creía saberlo: si claudicaba sería un sábado de llanto eterno. Empezaba a temerle al llanto de la misma forma en que a sus doce años comenzó a temerle a la vida. Habían sido tres años de trampas que amenazaban con oxidarse, pero que ella se obstinaba en reforzar, confabulando contra sí misma, creyendo siempre que era lo mejor; evolucionando cada día más en una criatura que no era ella misma, y que aumentaba la agonía de sentirse extraña, de extrañarse y odiarse, pues en realidad odiaba su intento de ser quién realmente no era. Pero claro, ella era solo una niña de quince años sin un manual para vivir, enfrentado sola un monstruo que aventajaba su edad. Por la tarde, salía de la habitación y entraba de nuevo, sus padres la notaron inquieta, pero, como siempre, esquiva y ensimismada. Hicieron algunos intentos por conversar con ella, pero, como siempre, solo lograron despertar su ira hacia ellos.

Llegó la noche, la voz no callaba y ella no se rendía. La luna se mostró temprano con todo su encanto, Rubia cerró la ventana que había permanecido abierta durante el día, pero antes contempló la luna unos segundos, y al cerrarla suspiró con el mismo deseo en su corazón con el que noches atrás había dormido y que hasta entonces no callaba, aunque sonaba débil aun, añorando un alguien que... Quiso luchar una vez más, pero el día había sido demasiado largo, qué más daba. Mejor era dormir y despertar con fuerza para enfrentar al amanecer al Señor y su día...

Capítulo Once

La luna sonríe en marzo, complacida de inspirar los sueños de los mortales, de perturbarles el alma, de despertar el amor hacia el amor. Sonríe el Creador, el Señor de la luna y el cielo, sonríe de amor por el hombre, porque todo lo ha creado para  el, sonríe dispuesto a atraerlo, a libertarlo, sin importar argumentos, a su tiempo.

Aquel s abado fue solo el inicio de una batalla, una que libraría casi a diario y que record a siempre, cuya victoria podría significar haber perdido, y cuya derrota podría haber sido un camino m as corto a la felicidad que sin saberlo deseaba.

A medida que transcurrían las semanas, el conflicto se hacía m as fuerte y ya no se limitaba a los días s abados ni a las cuatro paredes de la habitación. Ahora era igual de lunes a viernes, en el liceo, en plena clase, en cualquier lugar, divagaba entre los laberintos de su alma. Aquella voz, suya aunque desconocida, la perseguía incluso durante los recesos cuando se perdía de los pasillos de la institución, salía por la entrada posterior y cruzaba hacia el potrero abandonado al otro lado de la calle y se escondía detrás de un enorme cabimo de un siglo de edad. Ahora también la perseguía los domingos en la congregación, en las calles de Agua Santa. La música, la lectura, los programas de televisión, las conversaciones con Mariana, todo parecía encender la llama de aquellos extraños deseos, incluso la fauna y la flora. Y el conflicto crecía cada vez m as haciéndose cada vez m as difícil de ignorar.

Por aquellos días Marcos parecía reforzar sus ataques. En clase, dejaba chocolates sobre el pupitre de Rubia, le enviaba notas con sus amigas y uno que otro sábado aparecía con Mariana en su casa y casi por obligación los acompañaba a la heladería del pueblo, o a sentarse un rato en la plaza. Marcos insistía en proponerle noviazgo, y ella se negaba a cualquier posibilidad matando a Mariana con sus ojos por sus comentarios de cómplice descarada. Al principio, Rubia regalaba los chocolates tan pronto los encontraba en el pupitre o los tiraba a la basura al igual que las notas, que ni siquiera leía. Intentaba esquivarlo en el liceo, y lo lograba casi siempre, pero a veces Mariana se lo imposibilitaba. Cada paso que Marcos daba para conquistarla reforzaba en ella la idea de que él no era más que un baboso. Le chocaba tan sólo verlo. Un sábado apareció junto a Mariana en casa de Rubia con una rosa, era la primera que recibía y la tomó de sus manos con una sonrisa fingida, luego la guardó en la habitación con la determinación de botarla tan pronto como se marchara. En cuanto se fueron volvió a la habitación decidida a romper en pedacitos la rosa, la tomó en sus manos y las palabras de Marcos hicieron eco dentro de la habitación...

<<Rubia, tú eres como esta rosa, con espinas en el tallo, pero tú solo te empeñas en proteger tu corazón, hermoso como esta rosa>>

Cuando Marcos le dijo eso sintió la ira correr por sus venas. Pero ahora, sola en la habitación, se sentía desnuda, conocida, descubierta por él, y eso la lastimó. De repente, sintió que aquel baboso era más profundo de lo que ella había percibido hasta entonces, pero no era posible, él no podía conocer su corazón espinado, él era sólo un pobre diablo, un perdedor que buscaba la forma

de obtener lo mejor de ella para sí... Pero ¿cómo pudo a través de una rosa desnudarla con tal exactitud? ¿Podría ser alguien especial? Sin darse cuenta comenzaba a idealizarlo muy tímidamente como la respuesta a ese “si tan solo hubiera alguien que pudiera entenderme” que no dejaba de titilar en su corazón. ¿Podía ser posible...? No sospechaba si quiera que existiera la posibilidad de que Marcos solo hubiera copiado aquella frase de la escena de una película romántica y que no tuviera ni la más mínima idea de lo que decía, él solo había pensado que, si al Don Juan de la película le resultó, tal vez a él también podría resultarle.

Baboso o no, Rubia miró la rosa y era hermosa. Le quitó el tallo, y abrió el diario para guardarla entre sus páginas. Dudó antes de hacerlo, pero se convenció de que no la guardaba porque el tarado de Marcos se la había regalado, y mucho menos por sus palabras, sino porque, simplemente la rosa, era hermosa. Cerró el diario y lo guardó, pero antes de dormir lo saco de nuevo y en la hoja junto a la rosa apuntó: 16 de marzo de 1995, para así recordar siempre la fecha en que la recibió. El lunes siguiente se encontró de nuevo un chocolate sobre el pupitre después del primer receso de clases, y lo guardó para botarlo luego. Pero olvidó hacerlo y al llegar a casa, luego del almuerzo mientras ordenaba sus cosas, lo encontró, y entonces se dio cuenta de que hacía muchos años que no comía un chocolate, que le gustaba cuando niña y que hubo un tiempo en el que su padre le compraba chocolates casi a diario. Por un instante, extrañó aquellos momentos y fue consciente de que todo el cambio de sus padres hacia ella había sido propiciado por ella. Quitó la envoltura del chocolate dispuesta a darle una sola probadita y botarlo de inmediato pues venía de manos de Marcos, el baboso.

Luego de saborearlo otra probadita no caía mal, y otra y otra más. Se lo comió todo sin sentir ningún remordimiento, después de todo, era solo un chocolate y Marcos no era tan baboso.

No lo había notado pero desde el día de la rosa Marcos dejaba de ser baboso por momentos. No había vuelto a visitarla junto con Mariana, tampoco le había enviado más notas, sólo los chocolates en el pupitre. En una ocasión estuvo a punto de preguntarle a Mariana por él. Sintió extraña la emoción que la embargó un miércoles cuando Mariana y ella caminaban por el pueblo de regreso a casa después del día de clases, y ya casi llegando a su casa Mariana le entregó un sobre.

—Toma, Marcos te envió esta carta el lunes, no te la quise entregar antes porque tú te enrollas mucho.

Rubia la tomó con aparente desprecio, pero sintió una mezcla de alegría y curiosidad y tuvo que esforzarse para no demostrar su emoción. Guardó el sobre en su bolso y siguió caminando como si no le importara. Al llegar a casa escondió el sobre en el mismo cajón donde escondía el diario. No lo leyó en ese momento, intentaba resistirse a la curiosidad y aplacar la ridícula alegría: no era más que un papel enviado por un baboso y no podía permitirse tanta dicha por una carta. La leería, lo haría, seguro que sí, pero antes sería dueña de sus emociones, la leería con desprecio y prejuicio. A medida que transcurría el día no lograba ser dueña, más bien se sentía cada vez más atraída por el cajón, quería leerla pero, a la vez, no quería ceder. Ya de noche, daba vueltas sobre la cama y su mirada caía

siempre sobre el cajón, finalmente y con mucha prisa abrió el cajón y sacó el sobre, lo leyó tan rápido que no le dio tiempo de arrepentirse ni sentir vergüenza por su debilidad. La leyó desesperada, como agonizando, y aumentaba su agonía mientras encontraba frases muy profundas en ella. La leyó más de diez veces, sorprendida cada vez más por la armonía de las frases, por la belleza del estilo, por lo interesante de todo lo que decía. No era una carta de amor, al menos no una declaración de amor, era mucho más profunda que eso, mucho más útil. Era como una colección de frases que le desnudaban el alma, que le daban sentido a lo que sentía desde quién sabe cuándo, que la lastimaban, pero de una forma diferente, que la llenaban de insatisfacción, que aumentaban ese deseo que había nacido en ella sin saber cómo.

“Sola en lo solitario de esta hora de muertes y llena de las vidas del fuego, pura heredera del día destruido...He aquí la soledad de donde estás ausente. Llueve. El viento del mar caza errantes gaviotas. El agua anda descalza por las calles mojadas. De aquel árbol se quejan, como enfermos, las hojas... Me gustas cuando callas porque estás como ausente, y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca. Parece que los ojos se te hubieran volado y parece que un beso te cerrara la boca... Me gustas cuando callas y estás como distante. Y estás como quejándote, mariposa en arrullo. Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza: déjame que me calle con el silencio tuyo. Déjame que te hable también con tu silencio claro como una lámpara, simple como un anillo. Eres como la noche, callada y constelada. Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo...”

Y seguía leyendo, una y otra vez, preguntándose cómo alguien como Marcos podía escribir de esa forma y concluyendo en que era ella quién estaba equivocada respecto a él. Lloró con alguna de las frases, se colgó en otras para pensar en su vida solitaria, en sus temores. Rubia no pudo cuestionar cómo alguien como Marcos podría haber escrito tantas frases en una sola carta de forma armoniosa y con sentido. Guardó la carta dentro del diario y junto a la rosa y más tarde, sin poder dormir aun le abrió una vez más su corazón al diario.

“Tal vez sea Marcos... Sí, tal vez sea él ese alguien que necesito a mi lado. Parece entenderme y no sé cómo, pues no he hablado con él sobre mis cosas, nunca le he dicho cómo me siento. Puede que Mariana tenga razón, tal vez soy muy enrollada. Debería darme una oportunidad a mí misma, quiero sentirme libre.”

Mientras pasaban los días, las palabras escritas por Marcos y memorizadas por ella le hicieron notar que Marcos tenía una sonrisa sincera y tierna, también un brillo en la mirada interesante y además, una caballerosidad que no tenía ningún otro chico en el liceo. Él siempre atento, los chocolates cada mañana, las notas que antes enviaba y que si ahora no enviaba con frecuencia seguro que era por culpa de ella. En ocasiones, sentía que algo no andaba bien, que no debía prestar atención al sentimiento que gradualmente crecía dentro de ella. Pensó que eran sus miedos, sus prejuicios, decidió enfrentarlos, o al menos creyó que lo hacía cuando ante aquellos presagios de desconfianza ocasionales se exhortaba a sí misma con frases como “Rubia, no seas tonta”, “no empieces a enrollarte”. Así, se engañó con una libertad que bien podía ser una ilusión forzada. Es más fácil engañarse a uno mismo y no buscar la cura para las heridas del alma; pero tal

engaño puede abrir aun más las brechas de las heridas y hacer el dolor más profundo, pues una ilusión forzada es ya una decepción anunciada, en silencio tal vez, pero presentida.

Rubia, de repente, ya no se perdía en los recesos, permanecía en los pasillos, y aunque en principio no lo admitía, se quedaba solo para propiciar el encuentro con Marcos. Sin embargo, no había encuentros, ahora parecía que era él quien se perdía y ella moría de desesperación. No era tan grande la institución, se preguntaba por qué no aparecía, se lamentaba del año de diferencia entre ellos, deseó que él cursara el cuarto año de bachillerato junto con ella, y no el quinto. Recorría el lugar con su mirada, disimulando, sin verlo, sabía que él estaba allí pues encontraba siempre el chocolate sobre el pupitre. Se arrepintió de haber sido cobarde, tan tonta y desconfiada, deseó haberlo correspondido antes. Odió sus miedos, odió su odio, su silencio y su encierro, sintió amargura por la amargura que le cambió el carácter, y que le hizo descuidar su apariencia de mujer que florecía. Aprendió a tener cuidado de su apariencia, procuró verse atractiva y linda, se incorporó al mundo que había abandonado, se preguntó cómo había podido estar muerta tanto tiempo. Trató de ser niña de nuevo, se esmeró por sonreír, por socializar, aprendió las canciones de moda que cantaban sus amigas y que antes le parecían tan tontas. Sepultó las noches de llantos por el dolor de vivir, aunque seguía llorando algunas noches, pero el llanto era ahora asunto de amor. Le había cambiado tanto la vida, todo de golpe, todo en tres semanas desde el momento en que leyó la carta de Marcos...

Ahora, el diario sólo hablaba de Marcos, de los chocolates, de las notas cortas pero profundas, de tres o cuatro líneas pero escritas con el alma de un poeta, que sin duda para ella era Marcos y que ella interpretaba con ilusión, lo mismo que amor, amor de ella, el mismo que debía sentir Marcos, pues fue él quien despertó en ella el amor, así lo sentía y no podía estar equivocada. Tres semanas cumplidas y el mundo era más grande, con dos extremos distantes, en uno ella y en el otro Marcos. ¿Por qué no terminaba de reaparecer? ¿Por qué tan distante estando tan cerca? Sus ojos se perdían en el horizonte cada sábado esperando a Mariana, viéndola acercarse, buscando a Marcos junto a ella en la distancia, esperando que ella le entregara otra carta escrita por él. Tres semanas cumplidas, tres sábados y dolía ya la mirada de Marcos que estaba ausente, dolían sus palabras ausentes a las que nunca prestó verdadera atención, pobre Marcos que siempre la quiso, a quien ella no valoró, pobre Marcos, que seguro moría de amor como ella: por su indiferencia, por sus desplantes, por sus sonrisas falsas que seguro había notado, pobre Marcos a quien ella nunca correspondió.

¡Pobre Rubia! Ella, una niña de quince años, que no podía notar, que no podía entender que Marcos era ella, que todos esos sentimientos eran sólo suyos, sentimientos que nunca atendió, que reprimió por tres años, que no escuchó y que ahora proyectaba sobre aquel chico. No entendía que sólo debía mirar más arriba, que lo que necesitaba estaba tan cerca aun cuando ella insistía en alejarse...

Capítulo Doce

Las semanas pasaban con velocidad, se le gastaban los días en leer la carta una y otra vez, en escribir en su diario todo lo que sentía en cada leída. Aunque trataba de suprimirla, la ilusión le brotaba por los ojos, y en momentos su alma parecía trasladarse a otro mundo fuera de ella, fuera de todo. Así la encontró su madre el sábado en el que se asomó a la habitación para decirle que una vez más, Mariana estaba en la casa, que la esperaba en la sala.

— ¡Ah! Está con ese chico... Marcos.

Algo saltó desde su estomago y quedó trabado en su garganta, quedó inmóvil por unos segundos, por suerte su madre no esperó respuesta y así como se asomó, desapareció. Rubia no decidía qué hacer primero, dejó la carta sobre la mesa y corrió al lavabo, al verse en el espejo recordó la carta y volvió a la cama, la guardó, volvió al lavabo y pensó mientras se lavaba la cara que con tan sólo mirarle a los ojos, Marcos podría descubrir que había estado leyendo la carta todo el día. Se cambió de atuendo, se roció perfume y notó que temblaba; se dijo a sí misma “es mejor que te tranquilices ¡Qué podrían pensar Mariana y Marcos!”

Salió de la habitación amarrándose el alma adentro, esforzándose para no perder la voz, tratando de sujetar la tonta sonrisa que se le escapaba. Saludó primero a Mariana con un beso que pensó debía dárselo a Marcos, en cambio se limitó a saludarlo con un “hola” tembloroso y a distancia, con el corazón que estallaba y las piernas volviéndosele aguas. Se sentaron en la sala, frente a las fotos. Marcos las señaló y le dijo que en todas se veía linda, y ella notó que era

cierto. Al cabo de unos minutos Ruth apareció con galletas y refrescos; minutos después llegó Alfonso y se sentó con ellos un rato, en ese espacio de tiempo Rubia no se atrevió a mirar a Marcos, temía que su padre pudiera notar sus sentimientos. Una hora después, Mariana se levantó con su odioso “debo irme”, y junto a Marcos caminó hacia la salida y ella los acompañó. Ya fuera de la casa, en el momento de la despedida, Mariana avanzó unos pasos hacia adelante dejando un espacio vacío para Rubia y Marcos, y él se acercó a ella con la agilidad de un cazador furtivo, ella casi desmayó cuando Marcos la tomó de la mano derecha y le dijo:

— Rubia, no hay un día en el que no piense en ti.

Sorprendida y acorralada, así se sintió. No dudó de sus palabras, tenía que ser cierto, él no podría estar mintiendo ni exagerando, pues ella lo hacía: todos los días, pensaba en él.

— Vamos Rubi, dame una oportunidad, quiero hacerte feliz.

Deseó con todas sus fuerzas tener el valor para abrazarlo y decirle que sí, que le daba no una, sino todas las oportunidades necesarias, que quería ser feliz, ser entendida. En cambio, lo único que pudo decir fue más bien el descuido de lo que tanto estaba cuidando de no decir.

— La carta que me enviaste, la leo todas las noches.

— Te escribiré mil cartas más, solo déjame entrar en tu corazón.

Y sin darle oportunidad a nada dio la espalda con una determinación de uno que está convencido de que lo que hace es justo lo que debe hacer. Ella viéndolo alejarse para acercarse a Mariana y marcharse se apresuró a alcanzarlo y le dijo:

— Marcos... ¿Hablamos mañana?

— Claro Rubia, en el receso de las diez.

Ella volvió a la habitación y pensó que el mundo podía detenerse antes del receso de las diez. ¿Por qué no en el primer receso? ¿Por qué no antes de clases? También sintió alivio, podría pensar en cómo reaccionar, prepararse para la ocasión y mentalizarse a no ser tan tonta.

Y el mundo no se detuvo al amanecer, pero transcurrió con extrema lentitud, las clases se volvieron más aburridas de lo normal, el profesor parecía haber perdido la poca habilidad que tenía. El receso de la primera hora llegó, y ella salió del salón ignorando el mundo, clavando su mirada en las secciones del quinto año del bachillerato. Apenas alcanzó a ver la espalda de Marcos que ya cruzaba a las afueras del liceo por la entrada posterior, esperó a ver si él volteaba, pero no lo hizo. Se unió al grupo de sus compañeras de clase con timidez, caminó con ellas por los pasillos, desayunó con ellas en el cafetín y, al sonar la campana, volvió al salón de clases. Encontró en el pupitre nuevamente una nota, la abrió con ansiedad, no era como las anteriores solo decía “te espero detrás del auditorio en el receso de las diez”. La noche anterior había pensado que tal vez Marcos la sorprendería con una rosa sentado en algún lugar del liceo, y de inmediato justificó la nota pensando que tal vez él tenía en mente algo mucho mejor.

Sonó el timbre del segundo receso y hasta ese momento no lo había notado: el timbre emitía un sonido frío y perturbador. Temblando, caminó hasta llegar al lugar indicado en la nota y allí estaba Marcos esperándola, sin rosas y sin cartas. Ella se detuvo a cierta distancia, y él avanzó lo que restaba para tenerla cerca, la tomó por la cintura y valiéndose de la inmovilidad obvia en ella le dio un beso que ella sintió por un momento como un presagio del mal paso que acababa de dar, así como lo sintió lo ignoró, se dejó besar sin corresponder, no tanto por no saber cómo hacerlo sino por no tener el valor de hacerlo, y más por nerviosismo que por cualquier otra cosa, se separó de él. Él sonrió y tomándole las manos le dijo:

— Te entiendo, estás nerviosa. Además, me he saltado un paso importante: Rubia, ¿quieres ser mi novia?

El tono reflejó que más que una pregunta era una sentencia irreversible y por temor de que le fallara la voz, afirmó con un movimiento de cabeza, Marcos sonrió de nuevo.

— ¿No has tenido novio antes verdad? ¡Soy tu primer amor!

Ella sonrió como una tonta, pensó que él era tan encantador, que ninguna manera sus palabras eran producto de arrogancias, tenía que ser comprensión y consideración. De inmediato, él la tomó por la cintura nuevamente y le dijo:

— Pues los novios se abrazan y se besan, y no te preocupes, que yo seré tu primer amor inolvidable.

La besó de nuevo, y esta vez encontró en ella un torpe intento por corresponderle.

El beso fue interrumpido por el sonido del timbre, frío y perturbador, y él le pidió que saliera ella primero y luego lo haría él. No entendió el por qué debía ser así, pensó que podrían regresar juntos pero no lo cuestionó. Regresó al salón de clases, temblando, como había salido de allí al encuentro con Marcos, pero ahora con el sabor de él en sus labios y con la sensación débil de haberlo percibido diferente al Marcos de las notas y de la carta, sensación débil ante su creencia de que todo era por su inexperiencia y nerviosismo.

Ir al liceo tomó otro sentido: Marcos le daba otro sentido a todo. Aunque las notas se limitaron a ser avisos de “recuerda a las diez te espero ya sabes dónde”, y los encuentros parecían excusas para besos y abrazos, ella no lo notó los primeros días. Marcos siempre la esperaba en la salida del liceo, al culminar las clases, y juntos caminaban en dirección a casa de Rubia, la acompañaba hasta la mitad del camino y cruzaba a la calle dónde él vivía. El resto del camino Rubia seguía sola, pero pensando en las palabras de Marcos, en las cosas que le contaba sobre el día de clases, en cómo veía a sus compañeros, cómo sentía la vida.

Un día, Marcos le dijo que en un mes y medio saldría del bachillerato y para entonces se iría del pueblo, de la Costa Oriental del Lago, se mudaría a Maracaibo, y allí estudiaría en la Facultad de Medicina. Ella agonizó en segundos, qué pasaría con ellos, ella era su novia, cómo pensaba él alejarse de ella, dejarla

sola nuevamente. Pero de inmediato pensó que ya Marcos tenía todo planeado, seguro volvería los fines de semana, la visitaría, se verían de nuevo, él le escribiría cartas desde Maracaibo, seguro ella estaba en sus planes. Después de todo, en un año ella también culminaría el bachillerato, y ella también se iría del pueblo, hasta ese día no sabía a dónde, pero lo supo en ese momento: se iría a Maracaibo, cerca de Marcos.

En pocos días, Rubia había renunciado a su independencia, ignorándola, odiando las soledades en su habitación, dejándose acompañar por el recuerdo de Marcos. Ahora el mundo era tan grande, y ella nuevamente se hacía pequeña, vulnerable. Pero valía la pena serlo de nuevo.

Vivir tenía otro sentido: Marcos se convirtió en su protector. No importaba ser vulnerable y pequeña.

Tres semanas fueron suficientes para notar que Marcos no era lo que ella había imaginado. Los encuentros con él nunca fueron como los había soñado y, de nuevo, se sentía vacía. Marcos solo quería tocarla y besarla, de nuevo era un baboso, y se convencía de que aquella carta no pudo haberla escrito él. La decepción es el único destino de un idealismo que adormece la consciencia frente a la realidad. El idealismo es una fantasía frágil, cuya estructura es de cristal y al chocar contra la realidad estalla en pedazos de cristales que se expanden hacia todas direcciones incrustándose en el alma, y así despierta la consciencia de nuevo; tímida, el alma se esclaviza a los sentimientos negativos. Despierta el

pasado también, confundiendo la consciencia, y se fortalece bebiendo la sangre de las nuevas heridas, haciéndose casi invencible.

La tercera semana, en uno de los habituales y decepcionantes encuentros con Marcos, su intento de tocarla pretendió con ir más lejos de lo normal. Ella le propinó una cachetada, y lo vio levantar su mano contra ella. Tembló, pensó que la golpearía, creyó ver en los ojos de Marcos la misma bestialidad del abuelo, a quien hacía tiempo no recordaba. Pero Marcos no la golpeó, aunque pudo notar en él un exagerado esfuerzo para no hacerlo, en cambio le dijo: “No eres más que una niña tonta”. Ella le dio la espalda y corrió hacia el salón de clases, llorando. Al llegar a casa, corrió a refugiarse en su habitación y pensó que nunca debió haber salido de allí. Gritó en silencio un “nunca más volveré a abrirle mi corazón a nadie”, que evidenció su conclusión de que la esperanza es un veneno.

<<Todos los hombres son egoístas, no hay en quién confiar. Marcos tiene razón: solo soy una niña tonta>>

Aun así, lastimada, no haría treguas con el dolor, lo ignoraría, como aprendió a ignorar la sombra del abuelo. Murió el amor, sin haber nacido; murió el deseo de que alguien pudiera entenderla, cuando apenas nacía.

Un alma herida es un laberinto que entorpece la consciencia de la esperanza. Y el dolor crece y perturba la falsa estabilidad alcanzada, espejismo que al desvanecerse desnuda la tranquilidad y penetra la coraza con la que el corazón que presume de fuerte y descubre que es vulnerable, y es amargo el sabor. Aun así, ya no quiere soñar más, ni desear más: entierra la esperanza. Se

acostumbra al amargo sabor, acaricia con dulzura las heridas, después de todo no son inciertas, son parte de la vida a la cual se acostumbra, las heridas son como un camino ya recorrido, no representa peligro. Marcos vino a evidenciar el precio de la ilusión de un intento, a ser la prueba tangible de las duras consecuencias de desviarse por las desesperadas veredas de la esperanza. Es mejor creer que no hay un destino escrito al cual someter los andares, es mejor vivir una vida simple y no esperar sorpresas. La espera es un caos y atormenta la calma que desespera ante la sed del alma y ante el vacío que nunca es suficientemente profundo.

Y ella es Rubia, la joven, la que cierra la puerta de la adolescencia para entrar por el umbral de la juventud con una herida abierta y que sangra a chorros, un pasado resucitado y una determinación que vacila.

Aquella noche aprovechó la soledad de la casa y salió de la habitación con sus diarios, y en el potrero los quemó. Mientras el sonido de las hojas sometidas al fuego hacía eco en su alma, ella pensaba:

<<Mis días de tonta terminaron>>.

Segunda Parte

Capítulo Trece

Rubia camina por las calles del pueblo, desea posponer el regreso a casa. Camina solitaria, como el eco de la campana de la una que se escucha desde la catedral, como si no existiera nadie más.

Hace una hora estaba almorzando con sus padres y su hija cuando fueron interrumpidos por un toque en la puerta. Vio entrar a aquel obeso anciano que les pidió unos minutos y, al sentarse, pronunció el “traigo noticias de Federico” que la estremeció. A petición de su padre decidió quedarse para escuchar el resto, pero el “lleva días agonizando, y quiere verlos” fue suficiente para no seguir allí. De inmediato abandonó la sala, ciega, sin saber a dónde ir o qué hacer, y así llegó a la plaza del indio desde donde ahora camina de vuelta a casa, ignorando a la gente que está sentada en los porches de sus casas, a quienes caminan por las calles, tratando de calmar la tempestad que arrasa su interior y su tranquilidad.

Pasa frente a la catedral y siente un peso que le impide seguir caminando: son los recuerdos que se empeñan en respirar, yugos sobre sus hombros, cargas en su espalda, cadenas que atan sus pies. Se sienta de nuevo, esta vez en la plaza Bolívar, frente a la catedral y al de la institución donde cursó su bachillerato, y sus ojos reposan sobre la fachada del liceo, allí también reposa su alma.

<<Gabriel>>

Sonríe, al mismo tiempo que un rayo de nostalgia se cuela en su interior, pero la sonrisa se apaga y los ojos se humedecen.

<<Mi ángel Gabriel>>

Se siente tonta, es agradable el sentimiento, como lo fue a sus casi dieciocho años de edad, cuando la esperanza volvió a asomarse, dos años después de su decepción con Marcos. Durante ese tiempo guardó silencio con respecto a las heridas que no quería admitir, causadas por Marcos y sus palabras, que aun hacían eco en su alma. Durante ese tiempo se vio llevada de una intermitencia en su comportamiento y en su carácter, intermitencia que gritaba el dolor que sentía y que intentaba ignorar constantemente. Nuevamente, en el hogar era una sombra, y sus padres se desesperaban por sus actitudes. A veces, era alegre y conversadora y en un momento podía volverse hermética y solitaria. Era como dos personas en una, pero eran dos rebeliones dentro de ella.

La esperanza asomó una mañana de junio de mil novecientos noventa y ocho. El timbre anunció un receso en el horario de clases y salió del salón abandonando la institución por la salida del fondo, como acostumbraba a hacer antes de sus encuentros con Marcos detrás del auditorio. El lugar dónde pasaba los recesos parecía alternar de acuerdo a su estado de ánimo, a veces salía y se unía al grupo de sus compañeras de clase para recorrer los pasillos de la institución o desayunar en el cafetín mientras conversaban; en ocasiones desaparecía de en medio del grupo y ya todas sus compañeras sabían a dónde se dirigía, y la dejaban ir, sin preguntar. Otras veces salía al receso sin saludar e iba directa al potrero abandonado, en donde acostumbraba encender un cigarrillo a escondidas, detrás de un cabimo que la cubría de la vista de todos. Para los profesores más ancianos sus actitudes no eran alarmantes, después de todo, era

la hija de Alfonso Hernández que a su edad había mostrado las mismas actitudes y además, era la nieta del misterioso y desaparecido viejo Federico.

Aquella mañana de junio el aroma del aceite de cabimo bautizaba el valle, la brisa se paseaba por cada rincón y el silencio se dejaba escuchar interrumpido levemente por el eco distante de las aves que cruzaban el cielo: era una vez más primavera, que ya a esas alturas anuncia su pronta despedida. Ella estaba fuera del valle, dentro de sí misma, y dentro de ella no entraban los rayos del sol, reinaba la oscuridad, no se paseaba la brisa, sólo huracanes violentos, sólo cantaba el dolor armado de coraje, su corazón era su propio valle, un valle protegido por el odio siempre presente y a veces neutralizado por las distracciones de la rutina impuesta. Una vez más, pensaba en su única meta seria y constante desde sus doce años: huir del pueblo, lejos de sus padres y de todo aquello que la vinculara a aquella nefasta noche que creyó haber enterrado en el olvido, en la que fue víctima de la maldad de su abuelo. Lejos de lo que le hiciera recordar lo tonta que fue al pensar que Marcos era el hombre de sus sueños, lejos de la iglesia y lejos de todo lo que había formado parte de sus últimos cinco años. Solo le quedaba un mes y medio para culminar el bachillerato y ya había cumplido su mayoría de edad, así que estaba cerca de su tan deseada partida. Detrás del Cabimo, entre fumadas, iba madurando su decisión, su único sueño. Pero una voz interrumpió sus pensamientos:

— Eres demasiado joven y linda para estar fumando.

Como un reflejo ensayado un millón de veces, tiró el cigarro y, con el miedo de haber sido descubierta, volteó hacia donde había escuchado la voz. No reconoció al chico que le hablaba. Sintió alivio al descubrir que era un desconocido, era el inicio del primer fin de semana del mes de junio, el pueblo estaba de feria, así que muchos extraños lo visitaban. En una fracción de segundo, la vergüenza que tenía preparada se convirtió en descaro, y lo miró directamente a los ojos, sosteniéndole la mirada.

— Y tú demasiado atrevido para juzgarme así.

El chico le sostuvo la mirada, y también la sonrisa, miró a su alrededor y aspiró profundamente el aire:

— Es agradable el clima en este lugar, también el paisaje. Es como un pedacito de los Llanos en el Estado Zulia.

Ella guardó silencio, miró a su alrededor y luego lo observó, y dejó que le contagiara su sonrisa. Se sintió diferente por un momento, él la miraba con simpatía que parecía sincera. <<No es del estado Zulia>> pensó, <<su acento es diferente, definitivamente debe estar aquí por la feria>>. Se dio cuenta entonces de su silencio: es vacío el silencio, inoportuno, incómodo. Buscó palabras pero no encontró ninguna apropiada para decir. Y él le dijo:

— ¿Acostumbras a venir a menudo por aquí?

— Sólo cuando no tengo ganas de estar con nadie... — <<qué frías sonaron esas palabras...>> Rubia levantó la mirada y trató de arreglarlas con una sonrisa.

— A veces es necesario estar solo... este parece un buen lugar para pensar, aunque sea acompañado de un cigarro...

— Lo es... - y alzó sus ojos hacia los montes de alrededor, y disfrutó del aroma del aceite de cabimo que no había percibido hasta entonces, ocupada en su torbellino interior.

Él pareció leer sus pensamientos:

— Noté el descenso mientras venía. ¿Es un valle verdad?

— Sí, es uno con una historia interesante.

— Pues tendrás que contármela algún día.

Las últimas palabras del chico la estremecieron. Despertaron su alma, e incitaron el deseo y el temor por el futuro, temor y deseo que hasta ahora habían permanecido dormidos.

— Algún día, quizá...

Era viernes, solo dos días restaban para que la feria terminara y él se fuera. Durante las ferias su padre le prohibía salir de casa y a causa de su rebeldía la obligaban a asistir todas las noches a los servicios de la congregación. En los mediodías, la iba a buscar y no la dejaba caminar por las calles: no había probabilidades de tropezar de nuevo con él. Intentó restarle importancia al forastero, pero la rebelión en su alma se agitaba y una parte de ella le hacía sentir que no era tiempo de internarse en la oscuridad y los huracanes, no cuando el

clima y el paisaje eran como el de los llanos, no cuando que el valle tiene una historia interesante que contar.

— Mi nombre es Gabriel.

— Gabriel..., ¡como el ángel!- respondió ella, y de inmediato atropelló sus palabras - me llamo Rubia.

Sintió vergüenza. << ¿Cómo se me ha ocurrido decir “Gabriel, como el ángel”?, eso ha debido quedarse en mis pensamiento. ¿Por qué mejor no me callo?>>

Y él respondió sonriendo:

— Rubia... es un lindo nombre, y no te preocupes que no he venido a anunciarte que estás embarazada.

Escuchó el eco del timbre indicando que el receso había terminado y debía volver a clase. No quería. Se habría quedado, pero Gabriel le dijo: “vas a llegar tarde a clase”. Y ella se despidió con notable tristeza. Volvió, no al instituto, sino a la oscuridad y los huracanes, a las quejas...

Aquel trece de junio Alfonso fue a buscarla al mediodía, sin sospechar lo que sucedía dentro de ella, que miraba los paisajes por la ventana de la camioneta, esforzándose para no perder la imagen de Gabriel, con los ojos abiertos, deseando verlo caminando por las calles del pueblo, tejiendo alguna excusa para quedarse esa noche en casa y escaparse a la feria y tropezarse de nuevo con él. Llegaron a casa y el almuerzo estaba servido, se sentaron a la mesa

y antes de comer Rubia cerró sus ojos mientras su padre pronunciaba la acostumbrada oración de gratitud por los alimentos. Pero ella no estaba en la mesa, no abrió sus labios para orar. Estaba en el potrero, en el fondo de la institución, inventando otro encuentro con Gabriel en el que él la tomaba de la mano y ella intentaba esquivarlo por timidez y miedo, porque había jurado que nadie más la lastimaría, porque estaba decidida a no abrirle su corazón a nadie, porque no volvería a ser una niña tonta. Pero Gabriel la miró directo a sus ojos y le dijo que no le haría daño, que no sintiera temor y le juró que siempre estaría a su lado y cuidaría de ella y ella cerró sus ojos deseando creerle, y escuchó un “amén” que no pronunció Gabriel, sino su padre, terminando la oración y poniendo fin a su fantasía. Abrió los ojos y se desvaneció la imagen de Gabriel, no sintió más su mano tomando la de ella, de su fantasía no le quedó más que el miedo mientras pensaba <<qué tonta soy, ya no lo veré más, para qué seguir pensando en él>>.

Así transcurrió el fin de semana sin lograr zafarse, a pesar de su esfuerzo, del encierro al cual fue condenada por sus padres como castigo solemne en tiempos de ferias. El lunes siguiente fue a clase lamentando su suposición de la partida de Gabriel. Con ello, alimentó su argumento de que no merecía ser feliz y lo mejor era no pensar si quiera en tal posibilidad, sin embargo, no pudo evitar la disyuntiva entre la inocencia y la amargura. En momentos, deseaba soñar que encontraba de nuevo a Gabriel y le contaba la historia del valle, pero al instante rechazaba la idea menospreciando el arte de soñar, afirmando que era un acto para niñas tontas, otras veces, llegó a envidiar a las niñas tontas.

Durante la semana a la hora del receso escolar caminó hacia el potrero abandonado y se cubrió con el cabimo para fumar, pero no pudo hacerlo. Apenas lo intentaba escuchaba la voz de Gabriel diciéndole “eres demasiado joven y linda para estar fumando”, era como si el eco de sus palabras hubiera quedado atrapado en ese lugar. Aun así, invocaba al odio para recuperar su valor de fumar pero, a cambio, solo conseguía pensar en Gabriel y sonreía al recordar la torpeza con la que dejó escapar aquel “Gabriel, como el ángel”. Repetidamente se sorprendió distraída, mirando el horizonte, contemplando el paisaje y disfrutando por segundos del aroma del aceite que emanaba del árbol, respiraba profundo y cuando el olor parecía tocar su alma abría sus ojos recordando la moraleja de la leyenda del valle y se bloqueaba de nuevo ante la ilusión <<Qué tonta soy, no aprendo>>. El timbre interrumpía sus pensamientos y volvía a su cruel realidad.

Así llegó el viernes y de nuevo en el lugar de sus recesos intentó fumar, esta vez logró encender el cigarrillo venciendo el eco vivo en ese lugar.

<<Ya es hora de olvidar a ese muchacho que sólo vi por diez minutos>> pensó a la primera fumada, y de inmediato escuchó de nuevo “eres demasiado joven y linda para estar fumando”. Resuelta a silenciar el eco incansable que al fin y al cabo venía de adentro de ella y la exponía a un conflicto absurdo se dijo a sí misma en voz alta:

— ¡Ya está bueno Rubia! ¡Recupera la cordura y sigue con tu vida como lo venías haciendo!

Pero la voz le respondió:

— Es un buen pensamiento, por qué no empiezas con dejar el cigarrillo, sería un buen inicio.

En ese momento se dio cuenta de que la voz no provenía de su interior, sino detrás del cabimo, y volteando vio a Gabriel sonriendo. Por segundos pensó que alucinaba, pero era obvio que él estaba junto a ella, y la inocencia venció las cadenas que la dominaron haciéndola sentir esta vez avergonzada por el cigarrillo en su mano y las palabras pronunciadas. Quedó en silencio, preguntándose por qué él estaba allí y en ese momento.

Él parecía poder leer sus pensamientos, y mirándola con ternura le dijo:

— Estoy aquí porque me debes una historia, pero en cualquier momento tocará el timbre y tendrás que volver a clase. ¿Qué te parece si me la cuentas esta tarde? ¿A las seis y media en la plaza frente a la catedral?

A las seis y treinta salieron sus padres hacia la iglesia en Agua Santa y cinco minutos después ella caminaba con ansiedad hacia la plaza Bolívar diciéndose <<Rubia, cuidado con lo que piensas y dices>>.

Al llegar a la plaza observó el cielo que se vestía de cobre para despedirse de la luz del día y cubrirse con el manto nocturno; pensó que tal vez así como el cielo tenía un color intermedio entre el día y la noche, también su alma se vestía de cobre cuando veía a Gabriel. Sonrió al darse cuenta que Gabriel la hacía pensar tonterías. <<Te has vuelto ya una niña tonta>>. Y la voz de Gabriel interrumpió sus pensamientos:

— Que bueno que no te encuentro fumando- dijo él.

Gabriel era un chico de diecinueve años, independiente. De temperamento melancólico, muy reflexivo. Su padre era bisnieto de un alemán que inmigró al nororiente de Santander, Colombia, a finales del siglo diecinueve. Desde allí su abuelo se trasladó en 1937 a Venezuela, estableciéndose en Socopo, un pueblito del Estado Barinas, dónde se casó y tuvo a Esteban Böckeman, su padre. En el año mil novecientos setenta y ocho se casó con Gracia Quintana, y dos años después nació él: Gabriel Böckeman.

Cansado del estricto régimen paterno, heredado del bisabuelo, decidió a los diecisiete años huir de su hogar. Llegó al Estado Zulia, y en la ciudad de Cabimas alquiló una residencia estudiantil y consiguió empleo como conserje de un supermercado de lunes a viernes de ocho de la mañana a dos de la tarde. Dos años después de haber llegado a Cabimas, la fama de la feria del Consejo de Ciruma lo había llevado al pueblo el fin de semana anterior. Y la belleza de Rubia lo había hecho volver.

Aquel fue el primer encuentro de muchos durante tres meses. No fueron en nada parecidos a los que vivió con Marcos. Gabriel reflejaba su interés en ella, pero era distinto, él la miraba con ternura, le hablaba con dulzura, la escuchaba. Pudo pensar y percibirlo como un hermano, pero no podía hacerlo pues se sentía atraída por él y sentía que él también sentía atracción hacia ella. Era un alivio y a la vez una tortura el hecho de que él no lo manifestara. Ella se preguntaba si en verdad él sentiría algo por ella, pero a veces prefería no saberlo con exactitud.

Aquellos días fueron los más maravillosos de su vida. Vivía esperando cada fin de semana, vivía de nuevo y de nuevo esperaba. Estrecharon una amistad inocente, merecida, digna, y se convirtieron en mutuo apoyo. Gabriel le hablaba de sus padres, algunas veces con ira, otras con melancolía. Le contó que a menudo sostenía conversaciones con su madre y ella le suplicaba que regresara a casa. En ocasiones, mostraba deseo y necesidad de volver pero se negaba a ello al recordar el duro trato de su padre.

Un mes después de aquel encuentro casual, Gabriel la visitaba a su casa. Era bien recibido por Alfonso y Ruth, supo ganarse su confianza con su carácter maduro. Una mañana, le pidió a Rubia que lo llevara a conocer el famoso Arroyo del Cardón y ella tembló ante el recuerdo de sus quince años, y aunque intentó negarse, no pudo hacerlo. Sin discusión, aceptó ir caminando.

— ¿Sabes por qué me gusta caminar? Cuando era niño todos los sábados papá y yo caminábamos juntos a algún parque, o plaza, o al zoológico, o cualquier otro lugar, siempre caminando. En el trayecto acostumbraba a contarme historias. Por lo general eran historias de su padre o su abuelo. Me decía que el hombre puede ser víctima de su pasado o puede superarlo y ser grande entre los hombres, y yo lo escuchaba en silencio. A veces no entendía nada de lo que me decía, pero lo memorizaba, porque, viniendo de él, me parecía muy importante. Yo admiré a mi padre, quise ser como él. Un día me dijo que todo hombre lleva dentro de sí un héroe y un villano... “Puedes esclavizarte a tus sentimientos negativos y convertirte en villano, aun así podrás construirte una vida y alcanzar el éxito en lo que te propones, pero un día te sentirás desgraciado y vacío”. Él era mi héroe...

Rubia lo escuchaba en silencio, estaba acostumbrada ya a esos diálogos con él y los disfrutaba, cuando él hablaba el resto del mundo desaparecía para ella. Ese día sentía que todo lo que Gabriel decía lo decía por ella y para ella.

— Daría lo que fuera para ser de nuevo un niño. A veces necesito ver a mi padre como un héroe, si pudiera olvidar todo, si todo fuera mentira... Él volvería a ser mi héroe y no un villano, y tal vez yo también...

Rubia le miraba a los ojos, y notó como se entristecían con la última frase.

— Vamos Gabriel, ¿Qué quieres decir? ¡Tú no eres un villano! Eres... eres una buena persona.

Gabriel se detuvo, y ella también, él se apoyó contra un árbol y la miró, sus ojos aun tristes, su voz temblando, luego bajó la mirada, Rubia se acercó un poco más a él y él le dijo:

— Rubia, una noche me levanté y salí de mi habitación porque escuchaba ruido en la sala. Encontré a mi padre golpeando a mi madre. Le grité que qué diablos le pasaba. Y él volteó y me miró: no era mi padre, estaba como poseído, sus ojos parecían los de un animal. Salí al patio y tomé un estantillo, la sangre me hervía, sentía que iba a explotar, entré corriendo con el estantillo en mis manos: estaba dispuesto a matarlo. Pero encontré a mi madre sola, tirada en el piso, llorando, le grité: “¡Dónde está!” Pero ella solo lloraba, temblaba. Se levantó diciéndome: “suelta eso hijo, no pasó nada, solo era una discusión”. Me abalancé contra el comedor, y lo destruí golpeándolo con el estantillo y sentía que cada golpe lo recibía mi padre. De repente me di cuenta que yo estaba llorando de ira,

que maldecía a mi padre, mis manos estaban sangrando, pero yo no sentía dolor. Me encontré con la mirada de mi madre, estaba llena de terror, paralizada, me miraba de la misma forma que la vi mirar a mi padre mientras la golpeaba, me sentí como una bestia, y en lo más profundo de mí me sentí satisfecho al ver la destrucción que había causado. Le dije a mamá: “si él le pone otro dedo encima lo mato”. Rubia, a veces pienso que soy una bestia.

Ella no parpadeaba, le parecía imposible que todo aquello fuera cierto. Pero lo entendió, ella también había tenido el deseo de matar, había deseado la muerte de su abuelo. Quiso abrazar a Gabriel, hasta entonces guardaban una absurda distancia, sentía que el corazón se le encogía mientras decidía si abrazarlo o no. Cuando casi lo hacía, Gabriel levantó su mirada y con una sonrisa a medias le dijo:

— Será mejor que continuemos caminando, le prometí a tus padres que volveríamos al mediodía.

Y ella, imitando su esfuerzo, con el sabor de un abrazo no entregado, le respondió:

— Cierto, y prepárate porque hoy te pone a cortar leñas, ¡hoy es sábado de parrilla!

Él estiró un poco más su sonrisa.

— ¿Y es que en estos montes no usan gas o carbón?

— ¿Y qué crees? De alguna forma papá te va a cobrar el permiso concedido de llevarte a su princesa al Arroyo del Cardón.

Llegaron al arroyo riendo. Pero Rubia no dejaba de pensar en lo que Gabriel le había contado, era la primera vez que sentía un dolor que no era suyo, y éste se mezclaba con su propio dolor. Pensó que podría contarle a Gabriel su secreto. Lo observó caminar hasta la orilla del arroyo e inclinarse para tomar del agua entre sus manos y beber de ella.

— Gabriel ¿leíste la inscripción del monumento?

— Sí lo hice. Pero cuando me vaya del Estado Zulia ya tengo una razón para volver a este pueblo, no es necesario que beba del agua, pero tengo sed.

— ¿Sí? ¡Seguro tienes que volver para cortarle leña a papá para sus parrillas!

Así fueron siempre sus encuentros: dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás. Halagos, ironías, juegos de palabras. Miradas que decían más de lo que los labios podían atreverse, tímidos toques y empujones que indicaban un mutuo gusto en compañía.

Se sentaron junto al arroyo y por unos minutos guardaron silencio. El clima era agradable, fresco, tranquilo, los árboles estaban inmóviles y el arroyo susurraba con timidez. Rubia luchaba tratando de abrir su corazón y contarle lo sucedido a sus doce años, sentía la extraña necesidad de hacerlo, sabía que Gabriel la entendería, él sabría qué decirle, podía ser transparente con él, llorar

con él. Lo miraba, y volvía su mirada al arroyo. Gabriel también pensaba en ella. Le gustaba como nunca le había gustado ninguna otra chica, y sabía que ella guardaba un secreto, lo traducía de sus silencios, de su mirada melancólica, sus cambios repentinos, él podía sentir su soledad. Quería decirle lo que sentía, el silencio lo invitaba a hablar, en cada encuentro había una ocasión, y esta era una más. Sin embargo, sabía que un día volvería a su pueblo, aunque no quisiera, pensaba que le haría daño y eso no se lo podía perdonar. Pero planeaba volver un día por ella, lo planeaba en silencio, sin prometérselo, no podía obligarla a colgar sus esperanzas en una promesa, estaba convencido de que el futuro era incierto y las promesas frágiles. Tal vez ella lo esperaría, pero ¿qué si algo ocurría y dificultaba su regreso?, ¿qué si ella perdía la oportunidad de vivir por culpa de su promesa?, eso tampoco se lo perdonaría.

— Podría estar aquí toda la vida...

— ¿Aquí, en el arroyo?

— Sí, en el arroyo, en este pueblo.

Interpretó la extrañez con la que Rubia lo miró por el tono de su respuesta.

Y él le preguntó:

— ¿No te gusta tu pueblo?

— Me gustaba antes, pero ya no... Quiero irme... Estoy aburrida... Me aburre este pueblo.

— ¿Aburrida? ¿A dónde te irías?

— No lo sé, a cualquier lugar, tal vez a Cabimas.

— Eso lo dices ahora, pero si te vas extrañarás este lugar, y un día querrás volver. Todo lo que eres está aquí, esta es tu tierra. Es como cuando dejas de ser tú mismo y te obligas a cambiar. Un día te despiertas y te preguntas ¿quién soy yo? Y entonces, quieres regresar a lo que eras y nunca debiste dejar de ser.

— Gabriel, sé de qué hablas, pero tal vez para ser quien debo ser es necesario que me vaya de este lugar.

— Rubia, no importa a dónde huyamos, los fantasmas siempre nos seguirán atormentando. Tenemos que enfrentarlos, son ellos los que deben huir, frente a nuestra presencia o al menos intentar convivir. Sólo así podemos ser lo que debemos ser y sólo así podemos vivir en paz en cualquier lugar. Me gusta este pueblo porque es como el mío, y aquí he entendido que necesito volver, enfrentar a mi padre, perdonarlo, darle otra oportunidad aunque no me la esté pidiendo, tal vez necesite mi ayuda ¿Sabes qué he estado pensando estos días? Que el hombre debe reconciliarse con su pasado para poder caminar ligero en su presente y mirar hacia el futuro sin temores. Y se necesita valor para hacerlo... un día lo haré, no debo pasar toda la vida huyendo. No seas como yo Rubia, enfrenta tus fantasmas.

Notó las lágrimas detenidas en sus ojos azules, eran como nubes cargadas un día soleado y por primera vez cruzó la línea que delimitaba la distancia entre ellos, acarició su cabello y, sonriendo, le dijo:

— Pero no puedo negar que en mi huida la suerte me ha acompañado.

Y ella no tuvo tiempo para pensarlo, y cuando lo hizo, se sintió entre sus brazos. Lo abrazó y lloró. Él supo que lloraba su secreto, pero no hizo preguntas, ni comentarios, permitió que sintiera todo el amor que le brotaba por ella. No fueron necesarias las palabras. Ella se sintió amada.

El arroyo seguía cantando y los árboles comenzaban a bailar al ritmo de su canción, la brisa jugaba con sus cabellos y desde las montañas se escuchaba el canto de un cristofué.

Dos meses después, Gabriel volvió a Socopó, dispuesto a reconciliarse con su pasado, sin conocer el secreto de Rubia, y con la promesa no pronunciada de volver un día y declararle su amor.

Capítulo Catorce

Cabimas es una de las ciudades más desconocidas de Venezuela, sin embargo, sus suelos sostienen gran porcentaje de la economía del país. Rica en petróleo, explotada y marginada sin recibir beneficios por su riqueza extraída, es pequeña, su población no está por encima de los trescientos mil habitantes. Conformada por diez parroquias, sus avenidas principales van desde la “A” hasta la “L”, y las calles que se desprenden de sus grandes arterias llevan los nombres de las principales ciudades y estados del país. Tiene pocos monumentos que recogen las escasas pero significativas historias de la ciudad, como la estatua del “Pobre Juan”, que recuerda los intentos fallidos de sus primeros habitantes por hacer que los gobiernos posaran sus ojos sobre Cabimas y la llevaran a un nivel de modernidad en equilibrio con las grandes urbes del momento. Por esa razón hoy día dicen sus habitantes: “¡Ay, Juan, en esta tierra de Dios, nadie se apiada de vos!”. Juan es el pueblo, Juan es Cabimas. También es un emblema de la ciudad la Plaza El Barroso, que fue construida en el mismo lugar en el que se escuchó por primera vez el grito “¡Petróleo!”, grito que despertó la ilusión y la esperanza en el alma de la ciudad, sin más frutos que la deprimente explotación. El Barroso se convirtió desde entonces en la cuna, el escenario, de las protestas que el mismo gobierno y sus regímenes con el tiempo lograron silenciar, acallando también la esperanza del Pobre Juan. Así, el alma del pueblo se encadenó a la rutina y la desesperanza.

En sus orígenes, sus habitantes se resignaron al anonimato, con la única ambición de sobrevivir y “matar el día”. En su mayoría son educados bajo los

principios católicos, ya que en Cabimas, por cada dos parroquias hay una iglesia católica, la catedral, ubicada en el casco central de la ciudad. Durante la semana mayor la catedral es el punto de partida de las procesiones que le dan vida a las avenidas principales con actos que recuerdan la pasión y muerte de Jesucristo, y a ellos se suman las parrandas que solamente durante la Semana Mayor y la Navidad son alegradas por los conjuntos gaiteros, grupos musicales integrados por instrumentos tradicionales como el furro, el cuatro y la tambora. Así expresaban tanto la devoción del pueblo por el Cristo Crucificado como también la rebeldía que el tiempo había querido ahogar y enmudecer. Un gaitero es considerado en Cabimas un poeta del pueblo, en él hay sentimientos casi únicos, que resultan de la mezcla de la desesperanza heredada inconscientemente y la potente necesidad de romper con ella y luchar contra el sometimiento histórico que envenena el alma del pueblo. Así las gaitas, expresión musical autóctona del Estado Zulia y originada en Maracaibo, parecen ser más hermosas y llenas de sentimientos en los labios de un cabimense que en los labios de cualquier otro zuliano. A través de ellas se asoma el alma adormecida pero original de la ciudad.

“Cabimas, te han marginado del mapa nacional”, tararean los gaiteros de la ciudad. También fue un gaitero el que bautizó a la ciudad como “Cabimas, tierra de cenicientas”.

A principios del año mil novecientos ochenta se aprobó el proyecto de descentralización planteado al gobierno nacional desde la ciudad de Maracaibo. Con ello, el Estado Zulia se ocupó de su propia economía y, con ello, impulsó proyectos educativos y de modernidad en sus ciudades. Se fundó así la

Universidad del Estado Zulia con extensiones en todas las ciudades del estado. Cabimas fue beneficiada por este proyecto; se construyeron dos facultades de la universidad estatal, la Facultad de Economía y la Facultad de Ingeniería. Desde entonces, cada año, jóvenes de ciudades de otras ciudades marginadas también como Cabimas, se trasladan a la tierra de cienientas para ingresar a algunas de las Facultades de la universidad estatal. Esto ha resultado positivo para algunas familias, que han construido habitaciones extras en sus casas para alquilarlas como residencias estudiantiles. Hay en la ciudad residencias exclusivas para hombres y otras exclusivas para mujeres. Los precios de los alquileres son bajos en comparación con los precios en las grandes urbes del estado como Maracaibo y Ciudad Ojeda. Pero Cabimas ha aprendido a ser un pueblo hospitalario, siempre humilde.

El tiempo les ha hecho evolucionar la forma de aplacar la desesperanza y de romper las rutinas sin tener que enfrentarse contra la realidad de despertar frente al anonimato. De esta forma, las plazas principales como La Plaza Bolívar, La Plaza El Barroso, La Plaza Cumaná, entre otras, han venido a ser plataforma de fiestas informales. La mayoría de los fines de semana las plazas son inundadas de vehículos con alto sonido estéreo y en la parte posterior cavas que conservan en frío las bebidas alcohólicas. Las escenas parecen un culto a alguna deidad amante del desorden. Y así distraen la melancolía que no les pertenece, heredada de sus ancestros. Hay también distribuidas en cada parroquia un número considerable de "Terrazas", bares al aire libre, con aire de granja, espacios amplios con chozas informales, con piscinas rudimentarias y ocasionales. En

estos lugares se refugian los más ancianos de la ciudad, y distraen las nostalgias de la edad. También están las tascas, más modernas, con ambientes para cada ocasión semanal, con pistas de baile iluminadas y música más ajustada a un público juvenil.

En el año mil novecientos noventa y nueve Cabimas, la tierra de cenicientas, comenzaba a dar a luz algunas historias de personas que pese a las desventajas económicas y las circunstancias adversas lograban cumplir sus sueños convirtiéndose en emblemas de la ciudad. Las historias causaban cierto nudo en el estomago de algunos de los habitantes más jóvenes que se enfrentaban a la crisis de despertar ante el deseo de imitar la osadía de sus emblemas. Uno de los casos más importantes fue el de Alfredo Gutiérrez, a quien por cariño llamaban Pelito, un joven que desde su niñez se presentaba en las tarimas de los eventos locales y entonaba algunos temas musicales. Huérfano de padre, su madre ciega, era hijo único, y con dificultad logró culminar sus estudios en el bachillerato, al mismo tiempo que trabajaba como buhonero vendiendo mercancías en un puesto del mercado cívico en el casco central de la ciudad. A principios del noventa y nueve el canal de televisión del estado dio inicio a un reality show en el que les daban oportunidad a los jóvenes con inclinaciones artísticas de participar. El ganador recibiría una suma considerable de dinero como premio, además de la grabación y distribución de su primera placa discográfica. Dos meses después Alfredo Gutiérrez “Pelito”, fue proclamado ganador y la ciudad lo recibió con una celebración que sería recordada siempre por todo el dinero que la alcaldía del municipio derrochó en la organización. Entre otras historias, estaba

la de Víctor Mendoza, un pintor local desconocido hasta entonces, que pintaba murales en algunas zonas de la ciudad y dictaba clases gratuitas en la Casa de la Cultura a niños menores de doce años de edad. Ese año, culminando el primer semestre que sería el penúltimo que viviría un régimen político de derecha, Víctor Mendoza fue contratado por el gobierno nacional para pintar un mural en el Salón Bolívar del Palacio Miraflores, la casa presidencial.

Estos eventos despertaron en cierta medida la conciencia del pueblo, y también la atención de habitantes de otras ciudades sobre Cabimas. También algunos empresarios decidieron invertir en la ciudad: se construyeron ese mismo año tres centros comerciales, dos en la Avenida la "H" y uno en el litoral central. También se construyó un cine que vino a ser un fabuloso lugar de distracción para los adolescentes, y aumentaron los clubs nocturnos. Incluso las iglesias cristianas fueron influenciadas y motivadas por las historias que empezaban a escribirse; se organizaban bandas musicales que interpretaban estilos poco tradicionales en las congregaciones, los mensajes bíblicos tomaban aspectos más humanistas y tonos más estimulantes y positivos.

A finales del año mil novecientos noventa y nueve por primera vez en la historia política de la nación fue elegido un presidente de izquierda, su discurso iba dirigido a las clases marginadas por los gobiernos anteriores y tenía un contenido de inclusión que despertó la conciencia colectiva de las ciudades marginadas. El pobre Juan se llenaba de esperanzas paulatinamente, una vez más, la cenicienta soñaba con cambiar su mísera apariencia.

Fue en julio del noventa y nueve que Rubia llegó a la tierra de cenicientas. Alquiló una residencia en la calle Cumaná a pocos metros de la Facultad de Economía donde aspiraría a la licenciatura en contaduría. Pudo haber escogido la ciudad de Maracaibo, pero allá estaba Marcos. Aunque era una ciudad grande y él estudiaba en la Facultad de Medicina, la ahogaba la idea de estar en la misma ciudad de aquel baboso que sólo quiso aprovecharse de ella. Le quedaban como opciones y lugares cercanos al pueblo Ciudad Ojeda y Lagunillas, pero Cabimas tenía una historia particular: era la ciudad en la que Gabriel había pasado los años que estuvo en el Estado Zulia. Sentía curiosidad por conocerla, había algunas calles que él mencionaba con frecuencia, que estaban ligadas al lugar donde trabajó, donde vivió. Ella conocía los nombres, los había memorizado, y sabía que en cualquier momento daría con esos lugares, caminaría por las calles imaginando que pudo haber caminado a su lado. Abrigaba la esperanza de que, si él decidiera volver, llegaría primero a Cabimas y allí podrían encontrarse sin necesidad de volver al pueblo. Sus primeros meses en Cabimas fueron rutinarios, de la facultad a su habitación. A pesar de que la ciudad es pequeña, tal vez cuatro veces más grande que su pueblo natal, le parecía una ciudad muy complicada de recorrer; durante esos meses visitaba a sus padres los fines de semana, allí se encerraba en su habitación. Aunque no se sentía conforme e independiente. Quería la independencia total pero no sabía cómo obtenerla. Pronto descubrió la forma de hacerlo.

Un año después de su llegada a la tierra de cenicientas Rubia había cambiado, aunque gradualmente, no supo percibir desde qué momento dejó de ser la chica de pueblo.

Se adaptó al ritmo de la ciudad. Su acento incluso cambió, más fluido, su tono más fuerte. Silenció las voces que en un inicio le alertaban ante algunas situaciones en las que arriesgaba los principios adquiridos en su hogar. Aprendió el arte cabimense de “matar el día”, y poco a poco, los fines de semana de visitas al pueblo se fueron estirando, dos veces al mes, una vez al mes, una visita bimensual...

La ciudad fue ajustándose en sus ojos al tamaño real, no era tan grande después de todo. Encontró las calles de las que Gabriel le habló alguna vez, pero sujetó las emociones que naturalmente tendrían que surgir del encuentro. Ya no era Rubia la niña, de eso estaba segura, tampoco era la tonta que enterró con la quema del diario, y ahora estaba segura de que no podía seguir siendo la chica que conoció a Gabriel, se lo exigía su nuevo ritmo de vida. Se concentraba en una nueva personalidad, extrovertida, distraída, ligera. Y debía concentrarse muy bien, no era asunto sencillo, pero cada vez avanzaba mucho más. Pronto se reunía con sus compañeros de clase los fines de semanas en alguna plaza, compartía de sus celebraciones, en ocasiones celebraban el cumpleaños de alguno, o el cierre del semestre, la suerte de alguno al encontrar empleo, la tranquilidad de la semana, o el agite de otra semana, en fin, siempre había un motivo para celebrar en alguna plaza, y las bebidas alcohólicas no faltaban en las tertulias nocturnas. A pesar de todo su esfuerzo, algunas noches su mente era un campo de batalla, se sentía

vacía, y algo dentro de ella le reclamaba por su actitud, por su comportamiento, le decía que no era más que una cobarde incapaz de enfrentar su pasado. Esas noches recordaba a Gabriel, sus palabras, pensaba que si no lo hubiera conocido sería más fácil engañarse a sí misma y convencerse de que todo estaba bien y que no había ningún problema con la forma en que actuaba. Con el tiempo aprendió a imitar la libertad de sus compañeros de clase y aprendió a sentirse libre, o al menos eso creyó. Admitía para sí misma que no se sentía del todo satisfecha, pero argumentaba que la satisfacción era un estado emocional inalcanzable, y así, sujetó su insatisfacción a la resignación.

Cinco años después Rubia era completamente diferente, parecía fuerte, inquebrantable, segura. Sólo ella sabía que era una apariencia, una armadura, pero la mayor parte del tiempo lo olvidaba. Actuaba sin cuestionar sus decisiones, sin razonar. Se dejaba llevar por los impulsos y por lo general le atraía todo aquello que despertaba la voz que le indicaba que no debía inclinarse a algún comportamiento. La noche de su graduación, después de la ceremonia, despidió a sus padres prometiéndole a visitarles el día siguiente. Luego, comenzó la celebración con sus amigos, en un club de la ciudad. Embriagada, aceptó la proposición de uno de sus compañeros de clases: se entregó a una aventura sexual. No lo habría hecho antes, los fantasmas del pasado la habrían frenado, o la voz que le recordaba que debía sujetarse a los principios adquiridos en el hogar habría sido ensordecedora. Pero ella era otra, y estaba resuelta a desafiar todo lo que le atemorizara, todo lo que la redujera a un estado inferior al que necesitaba sentirse. Se dijo a sí misma que era una aventura, no había nada que temer,

saltaron las imágenes de la lascivia de su abuelo, y lejos de atemorizarla la estimularon a decidirse por el sí, ante la propuesta de aquel chico de quien apenas sabía que habían compartido algunas cátedras en unos semestres, que venía de otro estado del país y que lo llamaban “el gocho”.

Salieron del club sin que nadie se alarmara por ello, tomaron un taxi que los llevó a un motel en las afuera de la ciudad, apenas entraron el chico se abalanzó hacia ella como sediento de su cuerpo, ella rígida y fría lo detuvo, permanecieron en silencio y le transmitió con su mirada y su actitud que sería ella quien esa noche llevaría las riendas. Transcurrió todo sin placer, al menos para ella, su único objetivo era demostrarse que el pasado estaba muerto, que no había treguas que proponerle, pues ya no tenía influencia sobre ella. Pero se obligó a replantearse su objetivo pues el pasado no había muerto y sí tenía influencia sobre ella, sólo quedaba una opción: seguir actuando, ignorando el pasado sin importar cuánto esfuerzo significara esto.

Así somos a veces, ilusos que pretendemos que las heridas del pasado puedan ser arrancadas, que las huellas puedan borrarse con solamente ignorarlas. El pasado es parte de nuestra historia, ignorarlo es deformar nuestra existencia, es clavarnos contra los errores que seguirán abriendo herida y marcando huellas imborrables.

Capítulo Quince

Ruth despierta. No ha sido un sueño; está recostada junto a su esposo, debajo del frondoso árbol, estrechados sobre la hamaca colgada. Todo es real, recibieron noticias de Federico. Se levanta dejando solo a Alfonso sobre la hamaca, camina hacia la cocina y se sirve una taza de café mientras piensa en las palabras de Alfonso: <<... Lo he perdonado, y sé que tu también...>>. Y aunque así fue, nunca imaginó este día. Sigue caminando hasta la sala y se sienta. Respira profundo, no quiere argumentar. Distrae la vista y queda colgada sobre la galería de fotos frente a ella que capturan los mejores momentos de su hija. Se mezclan sentimientos: alegría y tristeza se funden resultando en melancolía. De nuevo respira profundo, esta vez para soportar el temblor en el corazón que se produce a causa de su esfuerzo por reprimir el llanto silencioso; las lágrimas, como aguas embravecidas de un ancho y profundo mar, se rebelan contra el esfuerzo y se asoman desvaneciéndose antes de poder desbordarse, como se apaga un bólido que atraviesa el cielo en la noche oscura.

¿Quién puede describir el dolor de una madre causado por la impotencia ante el ardiente deseo de cambiar un acontecimiento tortuoso en la vida de su hija? ¿Quién, sino ella, puede sentir la intensidad del conflicto en el alma de su hija?

Allí sentada, sufre una vez más la agonía de cuestionar la eficacia de su desempeño materno, veneno del sentimiento de culpa que hiere a gotas y se alimenta del “debí sospechar que podría pasar” y el “si hubiera sido más

cuidadosa”. Culpa silente que consume adentro, que se niega a la redención, y se autoproclama como el precio del descuido causante de la desgracia de su hija. Lamentos mudos gimen dentro de ella que daría todo, que moriría de ser necesario. Sentada, es el blanco de sus reproches como lo ha sido millones de veces, siempre sentada allí, siempre colgada sobre la galería de fotos.

¿Don o maldición?

Una madre tiende a adjudicarse la responsabilidad de todo evento que marca negativamente la vida de sus hijos.

¿Don o maldición...?

Una vez más, solo ella es responsable, razón por la que nunca ha lanzado reproches contra el cielo, y hoy tampoco lo hará.

Trata de imaginar cómo reaccionará frente al hombre que violó a su hija y que, además, es el padre de su esposo. Ensayá imaginariamente: entra a la habitación y lo ve agonizando, de momento siente cierta satisfacción por el estado de salud del viejo que se refleja en su desgaste físico, se avergüenza del sentimiento satisfactorio e interrumpe el cuadro imaginado.

Lo intenta de nuevo: está frente a Federico, la habitación despidе olor a muerte, no, no es la habitación es el cuerpo del moribundo, se acerca a él y el olor es más intenso, él le habla, pero ella siente repugnancia al respirar su aliento y al instante, se obliga a sentir compasión.

<<No fue tu culpa, yo debí prevenirlo... Tú fuiste víctima de tu mala fortuna>>

A veces es más fácil justificar y redimir a otros de sus culpas, por placer o deber, o por castigo, y así, transferir la culpa sobre unos mismo.

Hay un silencio fúnebre en la casa.

<< ¿Dónde estará Rubia? Hace ya casi dos horas que se fue>>

Crece la desesperación y la ahoga, siente ganas de correr y así recorrer cada rincón del pueblo buscándola, pero las piernas no obedecen a su deseo, la desesperación ha venido a ser como dardos que adormecen sus fuerzas, y siente que en cualquier momento estallará ante la inmovilidad que la ata; lo mismo siente Rubia, sentada en la plaza Bolívar, donde el tiempo transcurre lento como una tortura a cuentagotas. Tiembla al pensar que Rubia pudiera marcharse del pueblo y desaparecer para siempre.

<<No lo hará, ella no es la misma de antes... ¿O tal vez sí?... ¡Dios mío no permitas que nada malo le suceda!>>

Y siente un escalofrío al pensar que le está suplicando al mismo Dios que permitió la violación de su hija. Nubla su mente, se obliga a no pensar, y en su intento fallan los lazos que sujetan a la memoria que se convierte en la plataforma de un solo recuerdo, el que evoca la tarde en la que dobló sus rodillas ante la culpa y se hizo sumisa a sus reclamos.

Cuando Rubia culminó sus estudios universitarios, mantuvo su residencia en Cabimas con la misma costumbre de visitar a sus padres algunos fines de semana. Llegaba los viernes y, bajo la excusa del cansancio de sus jornadas laborales, se encerraba en su habitación de la que salía casi estrictamente en los horarios de comida. Uno de esos fines de semana Ruth notó mucho más extraña a Rubia, y un pensamiento la perturbó hasta el domingo cuando, al mediodía, la oyó vomitando en el baño y la siguió hasta su habitación en dónde la encaró con la pregunta que solo pronunciarla le causó furor.

La pregunta provocó una explosión en Rubia que, como un acto de reproche y castigo, gritó:

— ¡Sí! ¡Estoy embarazada!

Alfonso, alarmado por los gritos, entró en la habitación y Ruth lo puso al tanto.

— ¡Cómo has podido deshonrarnos de esa forma!

Ruth interrumpió el reclamo de Alfonso:

— ¿Qué sucedió con los principios que te enseñamos? ¡Deberías haberte mantenido virgen hasta el matrimonio!

Esas últimas palabras despertaron toda la rabia de Rubia, que de inmediato alzó la voz:

— ¿Cuál virginidad? ¿La que me arrancó el abuelo a los doce años?— Se hizo un silencio absoluto en la estancia— ¡Sí! ¡El viejo Federico me violó! ¿Dónde estaban ustedes? ¡En la iglesia hablando de sus malditos principios!

Alfonso cayó sentado, enlazando sus dedos detrás de la cabeza, su iracunda expresión se mudó a vacía y fúnebre. Ruth frotó sus mejillas con las palmas de sus manos que se encontraron uniéndose frente a los labios. Rubia quedó silenciada a causa de sus propios gritos, y la expresión de dolor en el rostro de sus padres lastimó mucho más su herida y excitó la ira que se tradujo en llanto amargo, como si acabara de sufrir la violación. Cuando sus padres quisieron abrazarla para consolarla, conscientes de que no era el momento de preguntas, escucharon un débil y lastimoso “salgan de la habitación, quiero estar sola”.

Los dos salieron y se sentaron en la sala. Sin palabras, con la mirada inquieta. Alfonso con un <<cómo pudiste papá>> que no dejaban de sonar en su mente, y reviviendo en un instante todos los momentos amargos de su propia adolescencia, resaltando la culpa de su padre en cada uno de ellos. Recordó la mañana en la que no encontró a su madre en la cocina y pestañearon las imágenes de los maltratos de su padre hacia ella, sintió un hilo que unía al pasado y el presente y se levantó impulsado por la ira que lo condenó en la adolescencia, estrelló un golpe contra la pared, deseando que aquella fuera su padre, y cayó de rodillas, dejando reposar su cabeza sobre la pared, llorando de amargura e impotencia al mismo tiempo que iba comprendiendo la razón de las actitudes de su hija durante todos esos años. Deseó tener el valor y la ignorancia de su adolescencia para buscar a su padre con un arma en la mano y asesinarlo, quiso

odiarlo con toda el alma y maldecirlo hasta enmudecer. Ruth luchaba contra la agonía que la paralizaba, veía a su hija frágil y tierna en las manos de aquel hombre. Se preguntaba cómo pudo haber pasado. Se levantó para abrazar a Alfonso que permanecía de rodillas y, mientras lo abrazaba, las palabras de su hija hacían eco en su alma <<Dónde estaban ustedes>>

Finalmente, las lágrimas han vencido, ruedan por las mejillas de Ruth que, paralizada, recuerda ese día. Alfonso entra a la sala y la encuentra sentada frente a las fotos, se sienta a su lado y la abraza diciéndole al oído:

— ¿Te acuerdas de aquella tarde en la que Rubia nos gritó su embarazo y lo que papá hizo con ella?

— Pensaba en ello— respondió Ruth entre sollozos.

— Bien, tú me abrazaste y con una certeza que ni yo mismo me creía te dije: “todo estará bien”. Y así fue, meses después vimos a Rubia cambiar hasta hoy... Tal vez hoy todo estará bien... Aunque ahora mismo ni yo mismo me lo crea.

Capítulo Dieciséis

El nacimiento de su hija la hizo despertar ante su desvío y la aberración de su personalidad y sintió la necesidad de cambiar su estilo de vida. Percibió la distancia entre lo que fue una vez y lo que era ahora. Fue extraña la sensación. Minutos después del parto, apareció la enfermera con su hija, la sostuvo entre sus brazos, no disimuló su asombro ante la fragilidad de aquella criatura y la hermosura que irradiaba desde esa fragilidad.

— ¿Cuál es el nombre de la pequeña?

Rubia no apartó la mirada de la niña para responder a la enfermera. Había estado pesando en muchos nombres, un mes antes del parto decidió que la nombraría al tenerla entre sus brazos y de acuerdo a lo que la niña le transmitiera. Con una sonrisa de satisfacción no sujeta a la resignación, respondió:

— Cristal. Su nombre es Cristal Esther. Cristal, por su apariencia frágil y hermosa y Esther, como su madre.

La última frase le causó escalofríos: “Como su madre”, repitió dentro de ella y entonces relampagueó aquella sensación. En un segundo, definió su vida concluyendo que había sido un desastre, nada tenía que ver con el abuso, o la burla de Marcos, o aquellas experiencias que la sorprendieron, se sintió avergonzada por sus decisiones en cada etapa de su vida, se sintió irresponsable, como si de repente una visión le hubiera reflejado otros caminos alternativos en aquellas etapas, caminos que habían sido obvios y que hasta ahora no había notado. Se sintió indigna. Ella había sido un desastre, no sería justo que esa

pequeña vida estuviera destinada al mismo desastre. Sintió coraje, pero esta vez decidió que ese coraje no la llevaría a un nuevo error, había llegado el momento de rectificar y abrir nuevos senderos, senderos para Cristal. Ahora debía pensar en su pequeña hija. Reconstruiría su vida, ahora nacería una nueva Rubia. Pero no lucharía contra el pasado, no intentaría reconciliarse con él, sería peligroso y tal vez sólo lograría fracasar. Sin saberlo, sin ni siquiera sospecharlo, era atravesada por el mismo sentimiento que atravesó a su abuelo.

La observaba mientras pensaba: su carita blanca, su pequeña nariz... y se detuvo en sus ojos: eran negros, muy oscuros, como los de Alfonso, no azules como los de ella, como los del viejo Federico, eran negros, y sonrió satisfecha, aliviada como si el color de los ojos definiera su destino feliz. En ese instante, encontró la fórmula para lograr su empresa: viviría el presente con cordura, miraría en cada momento los ojos de su niña.

Sus padres entraron a la habitación y la encontraron con la niña entre sus brazos, segundos antes de que la enfermera la tomara. La observaron, y luego la vieron alejarse en los brazos de la enfermera. Se acercaron a Rubia, y fueron sorprendidos por sus palabras:

— Papá, mamá, vuelvo al pueblo.

Alfonso y Ruth cruzaron una mirada de complicidad y alegría que delataba una esperanza cumplida.

Alfonso, en medio de la desesperación y agonía que experimentaron desde el momento en que descubrieron el embarazo de Rubia fuera del marco

matrimonial, visionó la esperanza de que aquel suceso pudiera resultar positivo. Le costó trabajo a Ruth aceptarlo, pero en el momento en que escuchó a su hija comunicar su decisión, supo que una vez más su esposo tenía razón.

Habían pasado siete meses desde el momento en que Rubia fue descubierta y desde ese día no había vuelto al pueblo. Dos días después del parto, Alfonso la llevaba en la camioneta al pueblo, mientras Ruth los esperaba en el hogar. Rubia observaba a través de la ventana la vegetación en el camino. Señalaba algún punto del paisaje, y le decía en tono alegre a la niña entre sus brazos:

— Mira Cristal, aquellas son las montañas de Las Mercedes, un día iremos hasta allá y te contaré sus historias.

Señalaba hacia algún potrero donde las vacas yacían debajo de algún árbol:

— ¡Mira una vaca! Cuando era niña les tenía miedo.

Apuntaba algún árbol:

— Cristal, ese árbol es un samán, su aspecto parece cambiar los días de lluvia.

Alfonso la escuchaba sin voltear su mirada hacia ella. Lloraba por dentro, lloraba de alivio, de emoción. Sentía que recuperaba a su niña. Desde el momento en que Rubia les gritó cómo el abuelo había abusado de ella, Alfonso se sentía culpable, aquella noticia les abrió los ojos a él y a Ruth. Comprendieron todo el

cambio de la hija y se sintieron estúpidos al relacionarlo con la adolescencia. Desde entonces, creían necesaria una conversación con Rubia, pero ella se había alejado completamente de ellos, y cuando ellos la visitaban a la residencia, mostraba una frialdad que sentían como un reproche y más aun, un castigo. No se atrevían a tocar el tema con todo aquel resentimiento obviamente vivo, sabían que no tendría ningún resultado positivo. Desde entonces, esperaban un destello de sensibilidad en ella, escucharla hablar a la pequeña Cristal de esa forma le hacía pensar que el momento estaba cerca. Temía no poder sujetar sus lágrimas si giraba su vista hacia ella.

— Papá, voy a introducir una carta a la directiva de la iglesia solicitando la membresía.

Alfonso hizo un esfuerzo para no temblar de emoción y perder el control del volante, aun de perfil, Rubia pudo notar la alegría en su rostro.

— Me parece un paso muy valiente y maduro de tu parte— Dijo sin mirarla.

Era en realidad un paso que reflejaba valentía y determinación para alguien que, como ella, era consciente de los prejuicios en esos tiempos dentro de las iglesias. Reinaba entonces, y aun en pocas congregaciones del país, el pensamiento de que un hijo de pastores nacía marcado para el ministerio pastoral. Se creaban grandes expectativas alrededor del hijo, como sucedió con Rubia, a quien casi se le obligaba, en su niñez, a sentir inclinación hacia el ministerio pastoral. Si un hijo de un pastor cometía algún error que lo desviaba de las buenas costumbres congregacionales, delimitadas según los criterios cristianos de moral y

fe, era desechado como ministro prospecto, para ellos, el trato era más severo que el que se daba a cualquier otro miembro que cometiera el mismo error. Se daba a entender que la gracia de Dios a los hombres debía ser interpretada desde distintos ángulos. Quienes formaban parte de las juntas directivas congregacionales se hacían percibir como los portadores exclusivos y administradores de la gracia divina. Éstos eran flexibles con algunos casos. Así, eran considerados con las jóvenes que, por alguna razón, se alejaban de la congregación y de la gracia divina, a quienes insistían en llamar “descarriadas”, y al volver y “reconciliarse con Dios” volvían siendo madres solteras, eran aun más considerados y añadían tolerancia a las jóvenes que, siendo madres solteras, despertaban ante la gracia divina y decidían formar parte de la congregación. Pero en el caso de que quien solicitara la membresía fuera una hija de un pastor, siendo madre soltera, aun cuando su “desliz” fue estando alejada de la congregación y de Dios, la gracia y la aceptación debía ser alcanzada por medio de la aplicación de un proceso disciplinario y de observación que le condenaba a un mínimo de un año de inactividad en el que la disciplinada y observada debía mostrar un ciego sometimiento a condiciones como la asistencia ininterrumpida a los servicios principales: la escuela dominical, los servicios de oración de los días martes y el estudio bíblico de los jueves. Aunque para los días en que Rubia tomó su decisión ya no se les llamaba procesos disciplinarios sino de restauración, no dejaba de ser el mismo modelo.

El modelo disciplinario, llamado “restauración”, incrustaba en la consciencia del creyente que los pecados debían ser clasificados como graves y no muy

graves. La clasificación dependía de la cantidad de tiempo de restauración que se le aplicaba a cada caso. El llamado proceso de restauración, lejos de lograr un cambio de actitud en los miembros conseguía reflejar la obsesión hacia cierto orden y pureza congregacional y lograba también amedrentar a los creyentes por sus inclinaciones pecaminosas. De esta forma, la inclinación hacia el pecado se percibía más como una amenaza contra la posición personal alcanzada en la congregación que como un indicador que motivaba a estrechar aun más una relación personal de búsqueda enrumbada a lo divino, a Dios. Por lo tanto, un creyente sometido al proceso de restauración mostraba cambios en su comportamiento, pero, a menudo, eran cambios superficiales, aparentes, sin ninguna transformación interior que garantizaran un futuro fructífero en su vida.

Rubia entró en el círculo de las buenas obras y las apariencias para acallar la consciencia y demostrarse merecedora de ser admitida de nuevo a la membresía de la iglesia, pensando que esto la ayudaría a estar mejor. Pronto, muchos creían que la hija del pastor Alfonso había experimentado un gran cambio. Pero Rubia sabía en su más profundo interior que el odio y la insatisfacción que sentía no se veían aliviados por ese estilo de vida.

Una noche, Rubia arrulló a su hija hasta que quedó dormida. Luego salió de su habitación y encontró a sus padres sentados en la sala. Se sentó frente a ellos, de alguna manera supo que la esperaban. El primero en romper el silencio fue Alfonso:

— Rubia, necesitamos hablar contigo, creo que es el momento.

Su voz sonaba serena y ceremonial, a juzgar por su tono, Rubia sospechó que sería una conversación crucial. Paseó su mirada por el rostro de su padre y luego por el de su madre, Ruth Iloraba. Bajó su cabeza y sus ojos azules se clavaron en el suelo, ya imaginaba de qué se trataba.

— Estos meses han sido un verdadero calvario para nosotros- continuó diciendo Alfonso— ya no podemos soportarlo más. Queremos pedirte perdón. Lo que sucedió aquella noche fue culpa nuestra. Debimos ser mejores padres, más diligentes y protectores.

Los ojos negros de Alfonso se mostraban más oscuros aun. Rubia los percibió airados, embriagados de una furia fundamentada en la frustración. Algo dentro de ella tembló, sintió que aquel temblor derrumbaba una pared que protegía a su alma del sabor amargo que empezaba a invadirla. Reprimió las lágrimas antes de que se volcaran a través de sus ojos. Buscó en su mente un argumento en el cual anclarse y soportar aquel extraño temblor suprimiendo el sabor amargo.

— Por favor papá, no fue culpa de nadie. No había forma de sospechar que...— hizo una pausa de diez segundos que habría prolongado aun más de no haber creído necesario el final de aquella escena— ...el abuelo se comportaría de esa forma.

Aquel argumento eran sólo palabras huecas, improvisadas por la desesperación de querer terminar con todo. Ruth miró a Alfonso y fue él quien esta vez bajó la mirada. Ruth tomó la palabra y al instante, Rubia supo que no

quería escuchar lo que seguía, intentó interrumpir el silencio antes de que su madre pronunciara la primera palabra, pero su intento falló desde el mismo momento en que pensó hacerlo. Sus palabras parecían agonizar y eran soltadas entrecortadamente.

— No Rubia. Nosotros debíamos sospechar todo.

— Mamá, por favor, seamos...

Alfonso la interrumpió:

— Rubia, antes de que nacieras ya tu abuelo lo había hecho, papá era un monstruo.

Rubia no sabía donde poner la mirada, sorteaba entre el rostro de Ruth y de Alfonso. Su mente se volvió defectuosa, no lograba comprender nada, los pensamientos relampagueaban sin tiempo a razonarlos, sin recordar si quiera el anterior cuando aparecía uno nuevo, eran miles por segundo. Lo único que sabía con profunda convicción era que no quería estar allí ni seguir la conversación, que necesitaba un atajo para escapar. Podía hacerlo como lo hizo en la adolescencia, podía gritarles y correr a su habitación, pensó hacerlo, pero recordó que allí encontraría a su Cristal, y entonces, se negó a comportarse como una adolescente. Podía irse del pueblo, al parecer allí nunca el pasado terminaba de morir, pero no podía hacerlo, tenía una responsabilidad, debía ser consecuente con ella. Concluyó con muchas dudas, pero sin tiempo para detenerse en ellas, que la única salida era escuchar a sus padres, aceptar lo que decían, redimirlos con un “los perdono” y olvidar el asunto, o ignorarlo como venía haciendo desde

hacía tanto tiempo y continuar viviendo el presente, sin pensar más en el tema, este debía ser el último episodio de aquella historia que debía suprimir por completo.

Guardó silencio y escuchó. Alfonso comenzó por relatarle la niñez de su padre, de cómo fue abandonado por su madre y cómo sobrevivió en aquellos días. Le contó también como se comportaba a veces en el hogar y lo que descubrió de él: la razón por la que partieron de Quebrada Honda. Luego le relató sobre la estadía en Agua Santa, los maltratos que Federico le propinaba a Asunción hasta que ésta desapareció una mañana. Incluso le confesó sobre sus planes de matarlo siendo él un adolescente. Rubia se sorprendió, no podía imaginarse que su padre hubiera contemplado la posibilidad de convertirse en un asesino, lo miró directo a los ojos, reconoció esa mirada, y Alfonso pareció reaccionar de inmediato, mudando la expresión de sus ojos repentinamente. Entonces ella recordó cuántas veces deseó tener el valor y la suerte de encontrarse con Federico y matarlo, recordó cuántas veces le deseó la muerte donde quiera que se encontrara y recordó también que en miles de ocasiones esperó con ansia noticias de la muerte del asqueroso viejo. A medida que escuchaba a su padre hablar sobre la estadía en Agua Santa iba atando cabos, y comprendió con amplitud los comentarios que escuchó en alguna época y que hacían referencia a la sombra de un pasado oscuro detrás del abuelo. Después de la violación, dio crédito a esos comentarios creyéndolos ciertos para alimentar su desprecio, sin tener idea de cuán ciertos podían ser. Su padre continuaba contándole sistemáticamente, le decía que el día que ella nació marcó un nuevo inicio en la vida del abuelo.

—... Lo noté en sus ojos apenas te miró, mientras yo te sostenía entre mis brazos. Tu nacimiento influyó en él...

Fue sacudida por esas palabras, asoció el cambio del viejo con el suyo propio. El nacimiento de Cristal...

—... Aun así, nunca imaginamos que podría suceder que... Él había cambiado tanto, además., tú eras... Notamos tu cambio tras su partida...Creímos que era una especie de duelo... Él y tu... Ya sabes...

— Al ver que el cambio en tus actitudes era cada vez más alarmante lo atribuíamos a cosas de la adolescencia— Intervino Ruth, que no paraba de llorar.

— Rubia, sabemos que cargaste con la culpa- otra vez Alfonso tomó la palabra—pero si hay un culpable— hizo una pausa y miró a Ruth— la culpa ha sido nuestra. Perdónanos por favor.

Era razonable ahora aquella declaración, solo ellos eran culpables. ¿Cómo habían podido confiar el cuidado de una hija a un hombre como aquel? ¿Cómo pudieron pensar que alguien como aquel monstruo podía albergar buenos sentimientos? Tal vez lo planeó todo desde mucho tiempo antes de que sucediera. ¿Cómo habían podido ser tan descuidados? Todo habría sido distinto si ellos... Pero ya todo había pasado, no había forma de retroceder en el tiempo. ¿Para qué más reproches, para qué hacer más preguntas? Recordó su determinación de unos minutos antes: era el momento de cerrar el último episodio. Su rostro parecía de piedra, no dejó escapar una sola lágrima, parecía calmada, no había forma de

traducir lo que ocurría en su interior y le dio un salto a lo que fuera que estaba pasando.

— Papá, mamá... Entiendo... Lo que pasó ya es pasado, todo es distinto ahora. Los perdono. Creo que ahora es tiempo de mirar el presente y vivirlo sin rollos, estoy aquí para comenzar de nuevo...

Se levantó y extendió sus brazos hacia ellos. Ellos imitaron el movimiento y estrecharon un abrazo por minutos.

Alfonso y Ruth lloraban, y sonreían también. Rubia hacía un esfuerzo para no dejarse sentir rígida. Volvió a la habitación y encontró a su niña profundamente dormida. La observó en silencio...

— Mi niña, Cristal de mi corazón, nunca te dejaré sola, voy a protegerte todos los días de mi vida. Ningún monstruo te tocará, te lo prometo.

Capítulo Diecisiete

<< ¿Cuánto tiempo más estaré aquí sentada? El tiempo no se detendrá, no se ha detenido nunca en mis veintiocho años. ¡Qué tonta soy! No debo temerle a un viejo moribundo. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Acaso no esperé este momento siempre? ¡Hoy tal vez termine esta historia de una vez por todas! Iré y lo miraré directo a los ojos, lo veré agonizar. ¡Sentiré mi desprecio! Su muerte será más dolorosa. Así como lo fue mi vida desde que... desde que me puso sus manos encima. Después de hoy quedará borrado para siempre, no escucharé más su nombre. ¿Eso es lo que quiere? ¿Para qué aparece después de tantos años? ¿Cree que puede contar con mi perdón para morir en paz? ¡Está equivocado! No tengo por qué perdonarlo. No merece ni un mínimo de bondad...>>

El cielo se torna gris. El sol parece debilitarse mientras corre a ocultarse detrás de las montañas, una luna llena se asoma prematuramente, es hermosa la luna, amarilla como un sol, da la impresión de un mediodía nocturno. El reloj de la catedral marca las seis y media. Un silencio sepulcral se apodera del valle, que luce solitario y fantasmal. A lo lejos, se escucha el eco del mugido de las vacas que probablemente son guiadas a los corrales.

La brisa se hace más fría, las nubes van desvaneciéndose gradualmente, se desnuda el cielo poco a poco y va oscureciéndose con ansiedad. Es la noche que se apresura en agosto: mes de treguas, de complicidad entre el sol y la luna. Mes en el que el tiempo juega a su antojo: en el día veloz, y lento de noche.

Los árboles cantan despidiendo el día, alegrando la oscuridad. Las estrellas parecen despertar una por una con el canto de los árboles, bostezan mientras se despojan del sueño y titilan en aumento.

Cambia el aspecto del pueblo en un abrir y cerrar de ojos, ya no es fantasmal, ya no es solitario. La Plaza Bolívar se llena de niños: inocentes, dueños del valle.

— ¡Abuelo ven! ¡Apúrate!

Es una niña de siete años la que grita, su voz es melodiosa y mágica, como el canto de una sirena. Atraviesa el alma de Rubia, que voltea hacia ella, la ve saliendo a toda carrera de una humilde casa a un lado de la plaza. La niña apunta con su cuerpo hacia la calle que lleva a la Plaza del Indio, al otro extremo del pueblo, y su mano derecha se extiende hacia la casa de dónde ha salido mientras un anciano va saliendo de la misma casa, camina lento apoyando sus pasos sobre un bastón, alcanza a la niña y toma su mano extendida mientras le susurra algo al oído que Rubia no alcanza a escuchar, pero ve a la niña sonreír y abrazar por un segundo al anciano para luego obligarlo a caminar a su ritmo acelerado. Rubia observa la escena sonriendo, pero su sonrisa se desvanece de un golpe al notar la oscuridad que la rodea y que se apodera del valle con más fuerza.

Las luces de la plaza se han encendido, las de las calles también. La noche se hace más espesa, casi puede tocarla mientras camina con dificultad de regreso a casa, siente que la noche se le mete por los ojos y conquista su alma, respira la brisa y el frío alcanza la oscuridad dentro de ella, se mezclan y su alma tiembla.

De regreso, pasa de nuevo frente a la Plaza del Indio. Una niña le sonrío, es la misma que vio minutos antes mientras estaba sentada en la Plaza Bolívar, se detiene y le devuelve la sonrisa. Cruzan sus miradas por segundos, y la niña corre y se encuentra con un anciano que está sentado en una de las bancas, se lanza violentamente contra él y lo abraza, el anciano la toma y la sienta sobre sus piernas, Rubia observa el bastón junto a ellos. La niña la mira de nuevo y le sonrío desde el regazo del abuelo apoyando su espalda al pecho del anciano. Rubia queda inmóvil, la oscuridad en su alma se hace más densa, es el frío que comienza a congelar sus emociones, que quema adentro. Ya no sonrío. Ternura y odio se contradicen entre sí, dentro de ella hay una guerra, los sentimientos se enfrentan mudos. Ella respira y en cada bocanada de aire siente que estalla, que cae a pedazos que al chocar se desmenuzan hasta que desaparece, y vuelve a aparecer, y otra vez respira, y otra vez estalla...

Avanza, ahora es más lenta. Finalmente llega a la casa, abre la puerta principal. Alfonso y Ruth están en la sala, sentados, visiblemente listos para salir, al entrar Rubia clava su mirada sobre su niña que está sentada en las piernas de Alfonso. La niña reacciona al verla y sonrío. Nunca ha visto una sonrisa más hermosa y pura, la mira y la siente feliz, segura en las piernas de su abuelo, confiada, recuerda a la niña de la plaza y se niega a seguir recordando, no llegará hasta su propia imagen junto a la de su abuelo. La niña corre hacia ella y se le lanza encima, Rubia la recibe en sus brazos y la lleva a la altura de su pecho. Siente un beso cálido que amenaza la oscuridad en su alma y la frialdad que la quema. La mira directo a los ojos y suspira:

— ¿Pensaban irse sin mí?

Dice sin quitarle la vista a la pequeña.

Alfonso responde:

— Creímos que...

— Ya es la hora— interrumpe Rubia- Acabemos con esto.

Alfonso siente que la frialdad de las palabras de su hija atraviesa su corazón.

Ruth la mira de pies a cabeza, Rubia comprende.

— ¿No esperaran que me ponga un traje de gala? ¿O sí?

Reina el silencio en la sala. Dentro de ellos no: Ruth gime por dentro, Alfonso razona, en una hora se encontrará con su padre, sus emociones se confunden.

Cristal juega con el cabello de su madre. Es linda, su piel es blanca, casi transparente, como una luna nueva, sus ojos negros son como la noche, la oscuridad de sus pupilas hace contraste con la pureza de su alma; ajena a todo, libre, como un día lo fue Rubia. Su sonrisa perturba la intranquilidad, apuesta la suerte de la melancolía, amenaza la fuerza del odio. Rubia se siente segura cuando la sostiene en sus brazos, siente ternura cuando sus pequeñas manos se deslizan sobre su cabello, son tan pequeñas y débiles y aun así transmiten tanto

amor, y Rubia siente todo ese amor que se cuela en su alma turbia. De nuevo desea olvidar, desea encontrar la calma, la paz, la paz verdadera.

¡Cuántos disfraces en tan poco tiempo! ¡Cuán ineficaces han sido!

¿Habrá alguna forma de atrapar aquella paz que a veces titila dentro de ella?

Sino puede cambiar el pasado, sino puede olvidarlo, sino puede ignorarlo...
¿habrá alguna otra forma de ser feliz?

¿Encontraría la paz Gabriel con su “reconciliarse con el pasado”?

¿Existe otra formula fuera de la vida congregacional que pensó la llevaría a una vida plena y que obviamente no fue así?

¿Es acaso el odio una marca imborrable una vez que surge en el alma?

<<Estoy cansada de todo esto, solo quiero ser feliz, solo quiero una vida...
¿no merezco ser feliz? ¿No merezco una vida? Nada más pido una oportunidad.
Quisiera empezar de cero... ¿Qué tengo que hacer?>>

Rubia se estremece. Intenta pasar por alto un oscuro deseo que se rebela dentro de ella una vez más...

<<Si tan sólo al llegar ya estuviera muerto...>>

Se estremece de nuevo, esta vez es un ruido el que interrumpe sus pensamientos, reconoce el rugido del motor de la camioneta de su padre y se

hace consciente de que el silencio en la sala le pertenece a ella y a Cristal.
Camina hacia afuera...

— Ma...— Balbucea Cristal mientras levanta su pequeño brazo para señalar al cielo- ¡Nuna!

Rubia levanta su mirada al cielo, y observa la luna llena, radiante, coqueta... Esboza una sonrisa:

— Sí, mi niña, es la luna.

Se embarca en la camioneta. Alfonso se muerde los labios para no pronunciar un “¿estas lista?”. Ruth lo imita. Cristal extiende sus brazos hacia la abuela y Ruth la arrebató. Rubia se queda sola en el asiento trasero, sola en el valle, sola en el mundo. Una vez más: sola. Sin nada a qué aferrarse, sin un pensamiento para distraerse. Es tan grande el mundo... Tan corta la vida... Intenta distraerse con el paisaje, observa a su derecha a través de la ventanilla: de nuevo pasa frente a la plaza del indio. Busca inquieta a la niña y al anciano del bastón, pero no están. Piensa que tal vez nunca estuvieron allí, que todo pudo haber sido una alucinación, tal vez existieron en su mente y su memoria se agita, no es la primera vez que un pensamiento como este la invade, en su adolescencia lo invocaba a menudo para intentar ignorar el dolor, y en los últimos años antes de unirse a la vida congregacional lo hacía en su infructífero afán de ignorar el pasado.

<< ¿Qué tal si todo esto es un mal sueño?>>

Pero ya no funciona, la verdad, nunca funcionó. Tampoco es buena idea mirar a través de la ventanilla. Vuelve su vista y la fija en Alfonso, él está firme frente al volante, mira el retrovisor y se refleja el rostro de su padre, su rostro difiere de su postura, lo nota angustiado, sus ojos perdidos. Piensa en él. Tampoco ha sido fácil la vida para él. Siempre luchando contra viento y marea para ser un buen padre mientras ella insistía en alejarse. Él llevaba sus propias marcas de las heridas causadas por aquel hombre a quien aun así llamaba padre.

¿Cuántas preguntas habría gritado en silencio? ¿Cuántos reproches habría lanzado contra el cielo? ¿Qué era lo que en realidad lo llevaba a Purgatorio? ¿Escondía tal vez deseos morbosos como los de ella?

Siente una sed desesperada por abrazarlo, quiere llorar a su lado. No sospecha que él piensa en ella, él daría la vuelta y se estacionaría en casa sólo por ella, por protegerla, lo haría si eso fuera lo mejor. Y no es que no le importe su padre. Él quiere verlo, necesita verlo, aunque le causó tanto dolor, aunque lleva las marcas de un millón de heridas, quiere manifestarle su perdón. Pudo haberlo olvidado, pudo haberse obligado a hacerlo, pero no lo hizo, no quiso hacerlo; contrario a eso, rogaba a Dios todos los días por él, por su arrepentimiento, quería darle un último abrazo, un último apretón de mano, y decirle que Dios es amor, amor verdadero, y que aun en su lecho de muerte podía sentir ese amor. Y todo aquello lo hubiera sacrificado por su hija, pero lo sabía, tristemente lo sabía.

— Ma...

La voz de Cristal hace un agujero en el oscuro silencio. Rubia la recibe de nuevo en sus brazos y su mirada se cruza con la de Ruth. Se esquivan de inmediato sin motivos ni razones, es como un reflejo involuntario. Ruth lo hace porque no quiere que ella sienta el peso de su mirada, y no necesita detenerse a mirarla, ella lo sabe todo, lo siente todo, es como si estuviera dentro de ella, y no quiere estar dentro de ella, quiere estar en su lugar. Cambiaría su vida por la de Rubia si encontrara la forma de hacerlo. Rubia es su niña, su niña linda.

<<Dale fuerza Señor, fuerzas y un nuevo amanecer...>>

Ruega, implora... Aun le queda fe, mientras exista, rogará por ella, su existencia no podría tener otro sentido.

Se hace visible un aviso frente a ellos. Alfonso cruza a la dirección que indica la flecha, reduce la velocidad mientras piensa en cuántas veces pasó frente a ese aviso, cómo es que no imaginó que pudiera estar allí. Ruth piensa en la ironía de todo aquello: el nombre del lugar, la vida de Federico y su aproximación al final. Rubia va mutando su alma convirtiéndola en una roca. Alfonso avanza cauteloso, observando todo a su alrededor, siente que ya ha vivido esa noche, el camino se le hace borrosamente familiar, pero es imposible, nunca lo había recorrido antes y lo supo sin esforzarse por entenderlo, fue como una revelación que le mostró en un segundo todas las noches de su niñez que pudiera recordar.

— Aroa— susurra con melancolía— por supuesto.

Ruth lo escucha sin comprender, lo ve sonreír como un niño y ahora comprende.

A lo lejos, Alfonso fija su mirada sobre una figura que se va haciendo cada vez más visible. Un hombre obeso que mira la camioneta sin distracción. Alfonso lo reconoce. Estaciona el auto frente a la casa donde el Gordo Montero está parado, esperándolos. Ruth es la primera en bajar, luego Alfonso. Se toman de la mano y avanzan dos pasos hacia adelante. Alfonso observa la fachada, es como la casa en Quebrada Honda, incluso el paisaje detrás de la casa es como una ventana al cerro.

— Pensé que no vendrían ya.

Alfonso mira a Montero. Sus palabras eran un lamento, era como si ese hombre no hubiera conocido al verdadero Federico, ¿cómo podría mostrar tanta bondad? Entonces concluye en que tal vez fue ese hombre quien conoció al verdadero Federico, no al tigre, ni al viejo, ni siquiera al monstruo. ¿Cómo habría sido su padre todos estos años?

— Tuvimos un retraso, pero aquí estamos— Alfonso voltea y observa a Rubia aun en la camioneta— gira de nuevo frente al gordo— ¿Cómo está él?

Ruth suelta la mano de Alfonso y camina hacia la camioneta. Abre la puerta junto a Rubia y extiende sus brazos para sujetar a Cristal y facilitarle a Rubia el descenso del auto. Pero Rubia no suelta a la niña. Ruth la mira, se encuentran sus miradas y esta vez nadie esquiva a nadie. Ruth tiembla, siente que agoniza, que su respiración se corta, parpadea, y es invadida por un miedo que para ella es irracional. Pero lo entiende y con sus manos acaricia el rostro de Rubia, sus manos se humedecen, Rubia llora y tiembla, se aferra al frágil cuerpo de Cristal

como si fuera un escudo, como si la pequeña niña pudiera protegerla, el color de sus ojos cambia de intensidad, Ruth puede captar la intermitencia en sus ojos, la abraza, Rubia mantiene a Cristal en medio, como un muro. Ruth siente la mezcla de sentimientos, la ira la quema desde el alma de Rubia, el odio, las quejas...

— Quédate aquí, quédate con Cristal en la camioneta, sólo serán unos minutos. Te lo prometo.

Vuelve al lado de Alfonso, él la mira. Ella responde a su mirada y él voltea de nuevo a la camioneta.

— Será mejor que entremos, un minuto más puede ser tarde- dice sin quitarle la mirada a Rubia- No juguemos con el tiempo del viejo.

Montero mira hacia la camioneta y suspira. Empuja su cuerpo hacia adelante amenazando con ir hasta allá y hablar con Rubia, Alfonso gira nuevamente hacia él al sentir su movimiento y lo detiene con la mirada y un gesto de desaprobación antes de que pueda dar un paso.

— Él sólo pronuncia su nombre— dice el gordo Montero, y sus palabras son como un lamento al saber que Rubia no entrará a ver al viejo.

Alfonso escucha con asombro aquella declaración y una vez más siente asombro por el tono del hombre obeso.

— Gracias por todo lo que ha hecho por mi padre— sus palabras desbordaban en sentimiento y honestidad, y luego se volvieron tristes y resignadas— esperemos que ella tenga la capacidad de decidir.

Montero no respondió, y no fue necesario. Aquel hombre parecía acumular en su alma millones de años de sabiduría, así lo percibió Alfonso. Caminaron guiados por él hasta el interior de la casa, y allí el brazo derecho del gordo señaló la puerta de una habitación y Ruth y Alfonso avanzaron. Montero avanzó con ellos como una sombra y apenas ellos entraron, los miró con resignación, y con notable esfuerzo, en contraste con lo que realmente quería, los dejó solos frente al anciano que agonizaba.

Afuera, adentro aun de la camioneta Cristal se ha dormido. Rubia siente que el silencio la derrumba, se siente acechada, sus ojos no se fijan sobre ningún punto del paisaje, recorre con nerviosismo todo a su alrededor una y otra vez. No ha parado de llorar, y en este punto ya no sabe a ciencia cierta el por qué de sus lágrimas, emociones, sentimientos, todo dentro de ella se confunde. Ahora mira a Cristal, envidia su tranquilidad, su pureza. Nuevamente los deseos salen a la superficie, desea una nueva vida, otra oportunidad, una forma diferente de interpretar la vida; desea encontrar el final de todo, un nuevo amanecer, la felicidad que una vez tuvo, despertar y que todo sea un sueño...

Sujetó un grito al sentir un golpe en la ventanilla. Es Ruth y con señas le indica que quite el seguro de la puerta. Lo hace con movimientos pausados, para no despertar a la niña y para cerciorarse de que no hay peligros. Se siente tonta al sentirse en peligro. Ruth se sienta delante de ella y le quita a la niña. Alfonso enciende la camioneta.

— ¿Cómo...?

No puede terminar su pregunta. Y no es necesario, Alfonso la mira a través del retrovisor y siente dolor al ver su rostro empapado.

— Tal vez no sobreviva al amanecer. Pero ha dado un paso importante...

Apoya su mano derecha sobre la palanca junto al volante inclinando su cuerpo hacia adelante, y escucha un portazo que hace temblar el vehículo. Mira hacia su derecha y es Rubia que corre. Rubia corre, sin saber por qué, corre. Pero quiere verlo a la cara, sin pensar en nada entra en la casa. La siente húmeda y misteriosa, no hay muchos objetos adornando la sala, un mueble recostado a la pared a su izquierda, una mesa rustica en medio, frente a ella un pasillo oscuro. Dos puertas a su derecha, y opta por la que más cerca estaba del pasillo adelante. La abre y encuentra de frente la voluminosa figura de Montero de espalda a la puerta. No hay movimientos en aquella figura, con voz cálida y serena, embriagado de emoción, y sin darle el frente, dice:

— Pasa Rubia, hoy es el día.

Rubia lo escucha, su respiración se acelera, la última frase hace eco en su corazón sin perder la fuerza del tono de voz que la pronunció: "Hoy es el día". Es como si él supiera... Es como si realmente fuera el día... Sería posible que... No... Su sangre parece correr a mil por minuto dentro de ella. El gordo se desplaza con agilidad y se para frente a ella, toma su mano derecha y la mira directo a los ojos.

— Él quiere morir en paz, ¿y tú? Tú quieres vivir en paz. Hoy es el día, Rubia... No te engañes, tienes los ojos de tu abuelo.

Es curioso, pero dicho por él suena diferente. Es como si... ¿A que se refiere?... Siente la puerta cerrarse y está sola, frente a una cama, se acerca, está sola frente a un anciano moribundo. El olor era una invocación a la muerte. Se acerca un poco más, a medida que se acerca busca dónde posar sus ojos. Observa una ventana, a través de ella puede ver una fila de araguaneyes floreados, detrás de ellos la luna brilla con fuerza. Un ave se deja ver entre las ramas de uno de los árboles, lo reconoce y su canto la lleva al Arroyo del Cardón junto a Gabriel, su tono de voz, sus palabras...

— Rubia...

Sus ojos tiemblan, aquella voz, aun apagada la perturba. Es la voz del monstruo. Sus manos colgadas junto a la cama tiemblan, siente un calor extraño en su mano derecha, la paraliza, es el anciano, es un roce. Mira hacia la puerta, sus piernas no obedecen, la habitación parece ir reduciéndose y ajustándose a ella... a ellos.

“Tú quieres vivir en paz”. “Hoy es el día Rubia”.

Otro roce, un intento de sujetarse a su mano.

— Rubia...

Algo dentro de ella explota, su alma es un debacle. No es su alma ya, no es ella, de pronto no sabe quién es ella. Se siente desnuda, siente que rechaza el frío en su alma, siente que la oscuridad se amedrenta dentro de ella y va reduciéndose. El temblor va huyendo, es extraño todo lo que va sucediendo. Es

extraña ella. Es como si... Es casi... Su alma ¿dónde está? Sus emociones ¿dónde están? Es como si durmiera y estuviera a un segundo del despertar, es casi como si ¿naciera de nuevo? ¿No es necesaria una decisión? ¿No es necesario un paso hacia adelante? Ahora algo duele, algo dentro de ella, pero ese dolor... Es diferente... Sus ojos... Sus ojos... Es como si hubiera estado ciega... ¿Podría ser posible que Dios...? ¿No debe el hombre inclinarse hacia Él y luego Él...? ¿No hay una regla para todo esto? Su mirada sigue fija en la puerta, su mano colgada junto a la cama, junto al anciano, recorre la superficie de la cama y tropieza con una mano esquelética y desgarrada, no, no tropieza, la ha estado buscando. La sujeta, Rubia lentamente vuelve su mirada hacia la ventana, pero se detiene a mitad del recorrido, y se inclina hacia la mano que sujeta. Humedece sus labios, es como si quisiera decir algo, pero no encuentra las palabras. Dentro de ella, la explosión parece liberar algo en su misma alma, y con ello el odio se escurre entre los laberintos del corazón, sin veneno, inútil, cobarde, huye, huye el odio, ¿a dónde? ¿Qué es eso que le hace huir? ¿Hay una manera de describirlo? Es como libertad, es como una luz que puede sentirse, que va expandiéndose.

— Rubia...

“No te engañes”. “Hoy es el día”. “Paz”.

Los recuerdos van saltando dentro de ella, sin perturbarla, sólo son recuerdos, sólo es el pasado. Puede aceptarse el pasado, es parte de la historia, de su historia, no define lo que ella es, es ella quien lo define, es la forma como mira el pasado. ¿Por qué temerle al pasado? ¿Su existencia no está sujeta

a nuestra memoria? ¿Su sentido no depende de nuestra perspectiva? ¿No es ridículo temerle al pasado? ¿No es tonto dejar que él domine nuestra existencia? ¿Para qué seguir condenada a una vida infeliz? ¿No es absurdo?

Dentro de ella ya no es la misma, no hay dualidad, no hay encrucijadas, todo está claro.

— Abuelo...

Su mirada va ascendiendo de nuevo y por primera vez en dieciséis años ve la cara al abuelo, no al fantasma que la perturbó, no al viejo Federico, ni al tigre, es el abuelo. Es dolorosa la imagen, es como un espectro humano, desgastado, sumiso ante la inminente muerte. Siente dolor, toda una vida perdida, pudo ser diferente. Pudo haber rectificado antes. Y ella... No era tan tarde para ella. No lo es.

Lo mira a los ojos. Sus ojos azules no parecen pertenecerle a ese cuerpo moribundo, hay algo en sus ojos, es como si una luz en sus ojos... ¡Es la luz que ella siente! ¡Ahora puede verla! ¡La ve en los ojos del abuelo! Esa luz... tiene un nombre... Él, el abuelo, se ha acercado a la luz, pero ella... Ha sido la luz quien se ha acercado a ella... alguien colocó cuidadosamente esa luz dentro de ella. Y ahora no puede sujetar las próximas palabras...

— Abuelo, no hay nada que temer... Yo te perdono.

Y recuerda la inscripción en el monumento, en la plaza del indio: “El odio puede llegar a ser un laberinto que nos guíe a conocer la grandeza del amor”.

Epílogo

Sentada frente al río, Rubia escucha el agua cantar entre las rocas y disfruta de la brisa que recorre el valle. Cristal está a su lado, jugando con la tierra. Se siente tranquila, por primera vez en su vida. Tiene paz, y la saborea contenta. Este lugar, al que casi le tenía miedo, se ha convertido en uno de sus rincones favoritos, y le gusta pasar algunas tardes con su hija, para que lo conozca, y siempre tenga un buen recuerdo de él.

El Arroyo del Cardón le trae muchos recuerdos, pero estos ya no vienen acompañados de dolor, sino de esperanza. El río ha sido testigo de su vida, de sus intentos por salir del pozo en el que estaba, del cambio real que ha habido en ella. Conserva también el recuerdo de ese amigo crucial, Gabriel, el ángel de los buenos consejos... tenía razón en muchas cosas...

<<Espero que haya encontrado lo que buscaba... me gustaría contarle lo que me ha encontrado a mí... después de tantos años...>>

Distraída, jugando con su niña, no se da cuenta de unos pasos cautelosos que se acercan.

— Buenas tardes, Rubia— oye a su espalda.

Se da la vuelta y descubre unos ojos conocidos detrás de una gorra. Su rostro se ilumina, pasa del asombro a la alegría, y se levanta de golpe mientras se dibuja una gran sonrisa en su cara.

— ¡Gabriel! ¿Qué haces...? ¿Cuándo...?- y se acerca a él, y, torpemente, intenta un abrazo, y duda, pero finalmente, se lanza hacia él— ¡Cómo me alegro de verte!

Gabriel la estrecha entre sus brazos, Cristal mira asombrada la escena, sorprendida.

— Mamá...

Ambos se giran hacia ella y Rubia trata de explicar:

— Es mi hija...

— Sí, ya sé, estuve con tus padres. Ellos me dijeron dónde encontrarte.

La niña se levanta, observa atentamente a Gabriel, que se agacha hasta su altura:

— Hola, Cristal.

Ella, le mira fijamente, y con su manita, alcanza la suya y le acerca hasta la orilla del río donde tiene sus montañitas de tierra:

— ¡Jugar!

Gabriel mira a Rubia, y ella asiente contenta. Se sientan todos en el suelo.

— Me alegro de que hayas vuelto.

— Y yo de estar aquí.

Rubia es un mundo, tan humano y tan real que estremece. No es sólo ella, es el paisaje que la envuelve, es su interior revuelto, las historias que la orbitan, el poder que hace el milagro en su vida. Junto a ella, descubrimos lugares fascinantes, paisajes sublimes, tanto internos como externos. No podemos más que sumergimos en su historia, emocionamos, sentir con ella, porque, al fin y al cabo, su historia no deja de ser la nuestra (y quien diga que no ha sentido nunca nada de lo que siente Rubia, miente o, lo que es peor, se miente a sí mismo).

Gusmar nos guía en este viaje, consigue hacemos entrar en profundidad en el corazón de los personajes con un trabajo esmerado de introspección y nos lleva a descubrir paisajes sublimes a través de las descripciones con toques legendarios para retomar el aire y sumergimos de nuevo a lo más profundo.



Gusmar Carleix Sosa Crespo, oriundo de Aroa, Estado Yaracuy, Venezuela.

Autor de: Regeneración, Relatos Ateos, Las Caricias del Tiempo, Cuentos Detrás de la Puerta.

Cuentos suyos aparecen en las antologías: “Cuentos Para Morir Leyendo”, “Las 10 Excelentes Historias Jamás Contadas”, “Cuentos Postmodernistas”, entre otras.